

CAPÍTULO III

TRAYECTORIAS NACIONALES EN LA GLOBALIZACIÓN: REVISIÓN Y ALTERNATIVAS A LAS VARIEDADES DE CAPITALISMO

«Los tiempos de cambio son también tiempos de confusión», observa John Ruggie. «Las palabras pierden su significado habitual, y nuestros pasos se vuelven inseguros sobre el que era, anteriormente, un terreno conocido» (1994: 553). Cuando lo que buscamos es caminar firmemente sobre conceptos aparentemente bien establecidos, como Stephen Krasner (1997) hace con el de «soberanía», descubrimos que su uso tradicional está en sí mismo preso en una confusión irremediable.

ARRIGHI (1998: 1)

In this context, different national models of state/economy relations or state/societal arrangements will atone level continue to shape developments in the global economy precisely because of the interaction of their differences; at the same time, however, that very interaction will generate new political pressures for convergence. The post-modern irony of the state is that rather than simply being undermined by inexorable forces of globalization, the competition state is becoming increasingly both the engine room and the steering mechanism of political globalization itself.

CERNY (1997: 274)

A final step in this movement, indicated in Marx's sixth book, would be to study whether, how and how far world market integration generalizes capital's basic contradictions, expands the potential scope and intensity of crises, and makes it harder to overcome them. Even here critical comparative capitalism research may help to explain the specific aetiology of crises, their uneven impact, differential capacities to displace and/or defer crises, and different capacities for struggle and resistance.

JESSOP (2015: 80)

Introducción

En el Capítulo II hemos analizado la dimensión global de los cambios en los procesos de acumulación y regulación del capitalismo a través del enfoque dominante de CVG. Al dar cuenta del origen y evolución de este enfoque, hemos procurado señalar las limitaciones presentes en el cuerpo conceptual que, al tiempo que restringen su comprensión de los factores que dan continuidad estructural a los procesos de desigualación, lo constituyen en un dispositivo institucional neoliberal que opera fragmentando el SG, funcionalizando e integrando subordinadamente a sus actores económicos e institucionales a las redes controladas por las fracciones globalizadas del capital.

Hemos destacado cómo la superación de ello demanda, en primer lugar, la necesidad de revertir el distanciamiento respecto de la TSM, reasumiendo la perspectiva holística y el contenido contradictorio que diferencia en dicho sistema el posicionamiento central o periférico en las cadenas globales. Sin embargo, tal como destacáramos al final del capítulo, no obstante la importancia del realineamiento con la TSM (en cuanto a la perspectiva holística y el reconocimiento del carácter contradictorio del capitalismo), eso no resulta suficiente para superar las limitaciones centrales del enfoque de CVG, vinculadas a la incapacidad del mismo para responder —y analizar eficazmente— la diferencial forma en que los procesos nacionales y macroregionales responden a los procesos de globalización en general y se vinculan a las redes económicas (cadenas) (REG) y políticas globales (RPG) en particular.

Si bien ello resulta relevante tanto en el Norte Global (NG) como en el SG, nos interesa centrarnos en este último escenario por dos razones. En primer lugar, por el ya analizado, renovado —e históricamente postergado— dinamismo y su creciente presencia en el orden económico mundial, en contraste con el regresivo desempeño del NG. En segundo lugar, por la necesidad de explicar la manera en que en dicho marco emergen elementos significativos que contribuyen a explicar las causas de trayectorias divergentes al interior de la periferia, así como a partir de ellas se conforman centros de respuestas, también diferenciados, ante los nuevos procesos y formas de neoliberalización.

Al indagar esta cuestión, la escala nacional requiere necesariamente ser escudriñada en sus fundamentos a partir de preguntas orientadas a precisar: ¿cuáles son los elementos teóricos y metodológicos que la posicionan como significativa para dar cuenta de esas trayectorias? ¿Cuáles son los elementos que surgen como estratégicos para comprender sus especificidades en la periferia? ¿Cuáles son los elementos contextuales que la redefinen e imposibilitan su aplicación estática y monoescalar? ¿Qué importancia tiene ello para el análisis de las trayectorias sociales y económicas diferenciadas que se dan actualmente en el sistema-mundo ante la recreación de las formas neoliberales?

Para hacer frente a esos interrogantes tomamos como partida la recuperación de dicha escala nacional realizada por el dominante enfoque de Variedades de Capitalismo (VC). El escogimiento de este enfoque no resulta de una opción más entre muchas, sino de la extraordinaria relevancia que ha adquirido para abordar el campo del análisis comparativo del capitalismo a partir del reconocimiento de las configuraciones nacionales. Su presencia se ha esparcido no solo espacialmente, adquiriendo tratamiento prácticamente de toda la periferia, sino también en los campos problemáticos, con penetración en una infinidad de campos temáticos como la globalización (Coffey y Thornley, 2009), la democracia (Ido, 2012), el Estado de Bienestar (Pontusson, 2008; Schroder, 2009, 2013) e incluso el federalismo (Turgeon, 2009).

En este capítulo, el abordaje del enfoque se desarrolla considerando brevemente su constitución, expansión y principales críticas. A partir de estas últimas —y los desafíos que las mismas presentan—, pero también de los límites que posee el enfoque institucionalista del que parten, formulamos una redefinición del mismo y procuramos sentar bases para un dispositivo teórico alternativo y plausible, capaz de reconocer un cúmulo de aspectos desconocidos por el mencionado enfoque. Para ello avanzamos a través de tres pasos:

1. La recuperación de las críticas centrales a las limitaciones del enfoque dominante de VC, centradas en torno a: *i*) la apelación a un modelo bipolar de análisis que obliga a encapsular un complejo muy heterogéneo de realidades empíricas en un mismo instrumento/espacio conceptual; *ii*) el análisis monoescalar, dominado por un nacionalismo metodológico, que impide observar precisamente cómo las REG y RPG penetran y configuran la multiplicidad de espacios nacionales y regionales; *iii*) el dominio de un carácter estático en la identificación de las complementariedades institucionales que impiden considerar el cambio, los alcances y el papel del poder en la producción del mismo; *iv*) el opacamiento del Estado como un actor específico, que interviene estratégica y diferencialmente en la conformación de las variedades.

2. En segundo lugar, el análisis articulado de esas limitaciones desde una perspectiva centro-periferia, colocada como una variedad pretérita a partir de la cual los elementos críticos antes indicados adquieren un significado que altera estructuralmente el enfoque de VC y lo habilita para la comprensión de la dinámica jerárquica y desigualadora y, dentro de ella —y al interior de la periferia—, el examen de las variedades de respuestas nacionales y macrorregionales.

3. En tercer lugar, con una explicación de los elementos y lógicas involucrados en la efectiva y diferencial conformación de esas respuestas, procuramos avanzar sobre un aspecto obviado por el enfoque dominante: la recuperación de la dimensión conceptual del capitalismo y, dentro de ese ejercicio, de su estratégica dimensión contradictoria que anida en su constitución y que, al igual que el enfoque de CVG, aparece desplazada de las bases teóricas del enfoque de VC.

Se reconocen en tal sentido tres cuerpos interconectables de contradicciones. Aquella fundante, sustentada tanto en la relación capital-trabajo como en la competencia intercapitalista. Luego la que se conforma sistémicamente por la apropiación privada del excedente y la socialización de las condiciones colectivas de reproducción del capital y la fuerza de trabajo, con las tensiones que se generan en y entre los procesos de acumulación y legitimación. Y finalmente la desarrollada por la reproducción centro-periferia a partir de la generación y apropiación asimétrica de los excedentes, ya analizadas en el anterior capítulo al considerar la presencia y distanciamiento de las CVG con la TSM.

Sobre la base de esas contradicciones —y el reconocimiento de una variedad pretérita centro-periferia que resulta de la última— marcamos como imprescindible entender las variedades a través de la noción de variaciones, concepto que expresa una necesaria perspectiva dinámica de la variedad. Damos cuenta de la erección de, al menos, tres «variaciones» de capitalismo: *a*) las variaciones temporales conformadas a partir de las diferentes fases que conducen el proceso de acumulación; *b*) las variaciones operadas por la periferia ante los cambios generales que tienen lugar desde los centros en cada una de esas fases; y, al interior de la periferia, *c*) las variaciones en las trayectorias nacionales y macrorregionales que marcan las diferenciadas «capacidades de respuesta» —desde la periferia— en esas diferentes fases.

Con relación a esta última variación, y en el marco de esas contradicciones y de las otras dos variaciones, resaltamos el modo en que esas «variadas» trayectorias nacionales desde la periferia y por lo tanto las —variadas— respuestas desde el

interior del SG no se restringen a las «variedades» resultantes de cómo se complementan determinadas instituciones, tal como sucede en la perspectiva dominante de las VC. Antes bien, encuentra sustento esencialmente en la modalidad con la que actúan entrelazadamente los procesos de acumulación y las propiedades y formas de implicación desarrolladas por el Estado *desde* la periferia para insertarse o alternativizar tanto a las RPG como a las REG.

A partir de una superación del «nacionalismo metodológico» y bajo el paraguas de esa triple contradicción y el reconocimiento de las «variaciones» antes señaladas, en este capítulo intentamos retomar la relevancia de recuperar la escala nacional y sus trayectorias para identificar los fundamentos de las respuestas diferenciadas emergentes en el SG respecto del despliegue de esas redes económicas y políticas globales (REyPG) que han motorizado los procesos de neoliberalización y han reestructurado el capitalismo en las últimas tres décadas.

Para consignar los fundamentos de esas respuestas, resulta esencial identificar: *a*) los elementos que demarcan esas trayectorias diferenciadas; *b*) la relación de esos elementos y sus interrelaciones con la conformación de capacidades nacionales diferenciadas —a partir de ello— para responder a las REyPG que derivan de esas trayectorias (responder nacionalmente a los multiscales procesos de neoliberalización que acompañan ese cambio geoeconómico global).

Al identificar estos elementos que configuran las trayectorias nacionales y las formas de respuesta ante la dominancia de las redes globales, destacamos a partir de una perspectiva comparada y diferenciadora de las trayectorias del Este Asiático (EA) y América Latina (AL) dos aspectos esenciales e interrelacionados: *a*) las especificidades que asume la forma de generación y distribución del excedente en determinados escenarios nacionales, a partir de las particularidades, calidades y relaciones que presentan los actores ligados al control y dinamismo de los núcleos nacionales de acumulación; *b*) la diferencial presencia de la calidad —y autonomía— estatal como «segundo núcleo» generador y encargado de orientar esos núcleos de acumulación.

En orden a desplegar el argumento esgrimido, y siguiendo en general la secuencia antes presentada, este capítulo se estructura en cuatro partes: en la primera, retoma de modo bastante sintético las contribuciones que formaron el marco conceptual fundamental del enfoque sobre VC, así como la evolución y difusión del análisis de VC en el escenario periférico (LA y EA). En la segunda, se ordena un conjunto de críticas formuladas en los países centrales a este enfoque para desarrollar luego una articulación de las mismas.

A partir de esas críticas, en la tercera parte, recuperando la dimensión conceptual del capitalismo y su triple dinámica contradictoria, se evalúa la triple variación mencionada anteriormente. Consideramos, en tal sentido, junto a las variedades en el tiempo (capitalismo reproducido a través de distintas fases), las variaciones experimentadas por la periferia ante los cambios en las fases de los centros así como, por último, las presencias de variaciones nacionales y macrorregionales que tienen lugar en su interior.

La cuarta parte está dedicada a esta última variación del capitalismo en la periferia para evaluar cómo su configuración, con determinadas trayectorias nacionales, explica al interior del SG las formas diferenciadas de respuesta a los actuales procesos de neoliberalización.

Para ello, en la última parte el trabajo se identifican aquellos elementos sustantivos sobre los que han sido forjadas esas trayectorias y desde donde emergen capacidades de respuesta diferenciadas. Mostramos en esa dirección el papel fundamental que para ello asumen los dos elementos adelantados: *a*) el núcleo endógeno de dinamización sobre el que se estructura el proceso de acumulación; *b*) y las propiedades del núcleo de implicación estatal.

1. Las variedades de capitalismo: origen teórico, evolución y transferencia desde el centro a la periferia

1.1. Origen y evolución del enfoque de Variedades de Capitalismo

Con antecedentes en los estudios de las especificidades adoptadas por el capitalismo en su interior realizados en décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial (Shonfield, 1965; Gerschenkron, 1962), hacia la década de 1990, al tiempo que muchos bregaban por el reposicionamiento de las regiones (Ohmae, 1995) —y el fin del Estado—nación— como núcleos centrales del desarrollo en la fase del capitalismo global, se desarrolló el enfoque teórico que, con la denominación de Variedades de Capitalismo (VC), procuraba comprender las diferentes trayectorias nacionales en esa fase. En el lapso de una década y media este cuerpo teórico generó un importante volumen de investigaciones institucionales comparativas. Sin embargo, dichos aportes estuvieron centrados en el estudio de las principales economías desarrolladas (Hall y Soskice, 2001), desde donde se han elaborado los tipos o modelos más difundidos de capitalismo. Como veremos posteriormente, este aspecto presenta ciertas limitaciones al momento de pensar en el desarrollo de y desde la periferia.

Dicho énfasis en los países desarrollados se visualiza ya en aquellas contribuciones que dieron lanzamiento al enfoque analizado, como el precursor aporte de Michael Albert (1993), *Capitalism against capitalism*. Su contribución estimuló tempranamente un esquema de interpretación de dos modelos diferenciados, el neoamericano y el renano (conformado principalmente por Alemania, los Países Bajos, Suiza, Escandinavia y Japón). Si bien el autor intentó mostrar que el capitalismo no es «uno e indivisible» sino que «hay varios modelos de economía de mercado que coexisten» (Albert, 1993: 95), concluyó argumentando que el modelo renano presenta cierta estabilidad y dinamismo, por lo que el americano no es indiscutiblemente el más eficaz.

Con el pionero trabajo de Albert comenzó un refinamiento conceptual en el abordaje de las VC. Uno de los principales contribuidores para ello fue David Soskice (1990, 1991), quien expuso un enfoque explícitamente comparativo para el análisis de las instituciones económicas nacionales y estableció la dualidad entre Economías de Mercado Coordinado (EMC) (como las de Alemania, Japón, Suecia, Austria y Noruega) y las Economías de Libre Mercado (ELM) (EE.UU., Canadá e Irlanda). La misma surge de examinar el comportamiento de las empresas con el fin de consolidar una alternativa interpretativa a la concepción centrada en la racionalidad del mercado. En su análisis, las empresas son concebidas en términos relacionales (y no como actores autónomos racionales), es decir, como instituciones sociales

FIGURA 1



FUENTE: elaboración propia con base en Hall y Soskice (2001).

que se vinculan con otras instituciones que se encuentran ancladas nacionalmente. Fundado en esa concepción relacional y en la escala nacional como preferencial, Soskice desarrolló la idea de Sistemas Sociales de Producción (SSP) centrando su atención en los cambios en la organización de los intereses de negocios y su «interpenetración» en las estructuras de gobierno (Peck y Theodorine, 2007). Esos sistemas se configuran a partir del comportamiento de las firmas en cinco esferas o sistemas interrelacionados: *i*) relaciones industriales; *ii*) sistema educativo y de formación profesional; *iii*) *corporate governance*; *iv*) sistema financiero; y *v*) relaciones entre empresas (incluyendo las relaciones con clientes y proveedores, así como la vinculación con otras firmas en cada sector y sus implicancias en temas como innovación y transferencia tecnológica).

Estos aportes fueron retomados posteriormente en el trabajo de Hall y Soskice (2001), consolidado como la principal contribución en torno al examen de VC.¹ En dicha contribución los autores mantuvieron una concepción bimodélica de capitalismo a partir de los tipos definidos por Soskice (1990) (EMC y ELM). Para avanzar en esta caracterización, realizaron un análisis de la variedad institucional centrándose exclusivamente en las empresas y observando un conjunto de competencias centrales y capacidades que las transforma en arenas para la resolución de proble-

1. Tal como expresan los propios autores, las contribuciones de Hall y Soskice estuvieron influenciadas por los aportes de Albert y los de Hollingsworth y Boyer que se retoman a continuación.

mas de coordinación (Hall y Soskice, 2001). Las respuestas que adquieran las empresas con esos conflictos y dentro de esas cinco esferas, sumadas al desarrollo de la economía internacional, configuran una *performance* económica nacional particular, es decir, un modelo de capitalismo específico.

Su principal objetivo fue alcanzar un mejor grado de comprensión de las economías capitalistas considerando la estructura institucional de las mismas, las vinculaciones entre ellas, los actores involucrados y las políticas puestas en práctica. Para explicar las diversas configuraciones que de allí surgen, los autores incorporan la idea de la complementariedad interinstitucional. Desde la perspectiva de los aportes de Hall y Soskice (2001), la idea de complementariedad tiene una gran relevancia para el estudio comparativo ya que sugiere que aquellos países que siguen un tipo particular de coordinación en una esfera de la economía deberían tender a desarrollar prácticas complementarias en otras esferas. En otras palabras, existe una complementariedad institucional debido a que la presencia de una (o su eficiencia) aumenta el rendimiento de la otra que se considera complementaria (Hall y Gingerich, 2009).

En resumen, el enfoque de VC se fue desarrollando motivado por la idea de comprender las diferentes dinámicas seguidas por los países dentro del capitalismo, siendo la noción de complementariedad institucional la más trascendental dentro de este cuerpo teórico. Este último, no obstante, ha encontrado complemento y cualificación a través de otras contribuciones interesadas también en comprender dichas dinámicas, pero poniendo énfasis en otros aspectos que vienen a completar lo revisado hasta aquí.

1.2. Continuidades y profundizaciones del enfoque de VC en los países centrales: los conceptos de Sistema Social de Producción y Sistema Social de Producción e Innovación

En línea con los enfoques de VC, las contribuciones referidas anteriormente surgen de la fusión de los regulacionistas con otros marcos teóricos entre los que se encuentra el trascendental aporte de Hollingsworth y Boyer (1997), quienes plantean diferentes mecanismos económicos de coordinación y su conexión con la noción de Sistema Social de Producción (SSP).

La idea de SSP permite comprender la manera en la cual ciertas instituciones y valores sociales se encuentran integrados en una configuración socioeconómica particular emplazada a nivel nacional, en las que se definen específicas formas de regulación. Dicho sistema es fruto de múltiples arreglos institucionales configurados y condicionados por distintas trayectorias históricas (*path dependence*) de desarrollo capitalista y las variadas formas de existencia y coordinación del mercado y el Estado, así como del capital y la fuerza de trabajo (Hollingsworth, 1998). Es decir, al estar incrustadas en un medio complejo, el comportamiento de las firmas se encuentra influenciado por el dominio que las instituciones tienen sobre las decisiones individuales. Junto con estos aspectos generales, según Hollingsworth (1998), junto a las cinco esferas consideradas por Hall y Soskice (2001), existen otros aspectos relevantes, como las nociones de imparcialidad y justicia sostenidas por capital y trabajo, la estructura del Estado y sus políticas y las costumbres idiosincrásicas de

la sociedad (tradiciones, normas, principios morales, reglas, leyes y fórmulas para la acción).

Más allá de los elementos considerados taxativamente, los autores reconocen que la complejidad de estas configuraciones se debe a la multiplicidad de actores y, por ende, a intereses y lógicas propias, así como a las diversas jerarquías y redes que se establecen. La forma de coordinación dependerá de la combinación de dos aspectos centrales: de la naturaleza de las instituciones que genera el accionar de los actores y de la distribución de poder (Hollingsworth y Boyer, 1997). De este modo, las especificidades de las regulaciones/instituciones en los diferentes espacios nacionales conforman diferenciadas trayectorias históricas que les permiten a los diversos países tener reacciones disímiles en la dinámica global. Expresado resumidamente, la especificidad en las trayectorias conlleva que las diversas sociedades no pertenezcan a un sendero que las conduce a un mismo punto (Hollingsworth, 1998).

Estas contribuciones han sido recualificadas a través de aportes que incorporan al análisis la dimensión de la innovación, entendida como un proceso en el cual interactúan diferentes actores en un contexto institucional particular, dando origen a la noción de Sistema Social de Producción e Innovación (SSPI) (Amable *et al.*, 1997). Con dicha categoría se ha pretendido alcanzar una visión más amplia respecto de las diferentes configuraciones dentro del capitalismo reafirmando el papel central de la complementariedad y la dependencia de ciertas instituciones y formas de coordinación respecto de las otras que le resultan compatibles y dan coherencia al sistema (Amable, 2000). Es decir, aunque es posible trascender el modelo bipolar de Hall y Soskice, existe una reafirmación de la diversidad finita de economías capitalistas, ya que hay instituciones que no son complementarias con otras y, por lo tanto, las combinaciones son limitadas. Asimismo, junto con esta idea de complementariedad, otra noción determina la coherencia de un modelo nacional, y es la de jerarquía entre instituciones, la cual introduce la importancia relativa que poseen una o algunas pocas instituciones sobre el resto (Amable, 2000).

Ampliando a partir de lo indicado en el espectro tipológico del enfoque de VC, estas contribuciones articuladas alrededor del concepto de SSPI han reconocido cuatro modelos: 1) el SSPI basado en el mercado; 2) el SSPI social-demócrata; 3) el SSPI público (o Europeo); y 4) el SSPI corporativo. Dentro de estos cuatro tipos ideales se encuentran reflejados los diversos modelos nacionales de capitalismo, a pesar de que no todos los países están incluidos en esta tipología.

En resumen, el enfoque de VC, así como las contribuciones complementarias asociadas al análisis de SSP y SSPI, aportaron elementos importantes para entender las diferentes configuraciones institucionales nacionales, que poseen cierta coherencia, complementariedad y jerarquía y que son influenciadas por las trayectorias históricas específicas.

1.3. La difusión global del enfoque de VC en la periferia

No obstante los fundadores del enfoque de VC reconocieron inicialmente que su esfuerzo estaba analíticamente centrado sobre los países desarrollados, el abordaje conceptual y tipológico de las VC, como adelantamos, no quedó circunscripto a dichos países. Al igual que ha sucedido con tantos otros emprendimientos asocia-

dos a la manera de comprender la conformación y transformaciones del capitalismo y sus formas de desarrollo, el enfoque de VC ha desarrollado una lógica espacial de emergencia y transferencia que va desde el centro hacia la periferia y no ha dejado casi rincón del globo sin explorar. Con el prestigio logrado en los emprendimientos académicos de los países centrales, el análisis de las «variedades» fue ganando presencia en casi todo el globo, aplicándose el enfoque en escenarios tan disimiles como los del este y centro de Europa, África, Asia y AL.

En el primer escenario, un nutrido grupo de trabajos ha ido desarrollándose desde la segunda mitad de 2000, provisto, con algunos reparos y especificidades, de los elementos analíticos de VC (Crowley, 2005; Feldmann, 2006, 2007; Lane, 2007; King, 2007; Nölke y Vliegenthart, 2009) e incorporando nuevas tipologías para ajustar el marco analítico de las complementariedades institucionales al este y centro europeo. Trabajos como los de Nölke y Vliegenthart (2009) han propuesto ampliar las *Varieties of Capitalism* reconociendo la especificidad de las «economías de mercado dependientes», en donde cobra importancia central la presencia del capital extranjero y el papel que, luego del colapso del socialismo en los años ochenta, han jugado las ventajas comparativas del trabajo con capacitación pero barato, la transferencia de innovaciones tecnológicas dentro de las empresas transnacionales (ETs) y la provisión de capital por vía de la inversión extranjera directa (IED).

Por otra parte, en África los abordajes han tenido un desarrollo más reciente (Vogel, 2009; Nattrass, 2013; Vishnu, 2013) y han encontrado particular énfasis en la experiencia sudafricana. En tanto, AL y Asia, han devenido espacios de particular interés para la indagación de las variedades, con publicaciones especiales, como la realizada en 2009 por la revista *Economy and Society*, con un número focalizado en América del Sur (*Capitalismo Latinoamericano: Política económica y social en transición*), o el número del *Asia Pacific Journal of Management*, dedicado al examen de las Variedades de capitalismo Asiático. Más específicamente sobre y desde el escenario latinoamericano emergió en forma bastante reciente un conjunto de contribuciones (Aguirre y Lo Vuolo, 2013; Boschi, 2011; Ebenau, 2012; Fernández y Alfaro, 2011; Fishwick, 2014), muchas de las cuales, como veremos luego, guardan ya un contenido crítico.

No obstante esto último —y en particular algunos de los señalamientos críticos— el marco conceptual explícitamente observado por la mayor parte de las contribuciones enroladas en el *mainstream* del enfoque han mantenido el esquema tipológico que diferencia las *ELM* y las *EMC* trabajadas centralmente por Hall y Soskice (2001), como analizamos oportunamente. Sin embargo, al igual que con relación a lo analizado en el este europeo, los desarrollos referidos tanto al escenario asiático como al latinoamericano han procurado indicar, ciertamente, que las tipologías que emergen en la periferia no encajan exactamente en las configuraciones identificadas en los países desarrollados, por lo que se han esforzado en resaltar las particularidades distintivas que viabilizan la extensión a esos escenarios.

En el caso latinoamericano se han marcado particularidades que hacen tomar distancia respecto de los modelos liberales y socialdemócratas más representativos del norte europeo y denotan claros «parecidos de familia» con las mencionadas variantes periféricas del centro y sur de Europa y del modelo mediterráneo, destacándose el rol activo del Estado en combinación con la acción del mercado y los procesos de coordinación institucional (Molina; Rhodes, 2007; Schmidt, 2007).

En otros casos, en cambio, se han indicado algunos nuevos y relevantes elementos que otorgan especificidad a las variedades de esos espacios macrorregionales y, por lo tanto, dan mayor amplitud al esquema de «tipologías ampliadas» o «flexibles» requeridas por enfoques como los formulados por Boyer (2005). En esta última aproximación destacaron contribuciones como las de Schneider y Soskice (2009) y Schneider (2009), quienes han sostenido la necesidad de incorporar una nueva «variedad» para entender el escenario latinoamericano: la variedad jerárquica de capitalismo.

De acuerdo con estos autores, bajo el modelo jerárquico las relaciones prevalentes entre las firmas y los otros actores se basan principalmente en órdenes y directivas de aquellos con mayor poder económico. En tal contexto resalta el peso de los grandes grupos domésticos (de origen familiar) y, al igual que lo considerado para el este europeo, la creciente influencia de las ETs, que desarrollan sus actividades como partes de cadenas globales que asignan a AL funciones intensivas en trabajo, asociadas a mercados de trabajo flexibles, fragmentados y de baja capacitación, con alta presencia de informalidad, producto de la escasa densidad de la estructura productiva. Como resultado de ello emerge una forma de «complementariedades negativas» (Schneider y Soskice, 2009; Sánchez-Ancochea, 2009) entre grandes grupos económicos, ETs y el mercado de trabajo, lo que de acuerdo con estos autores explica en buena medida la persistente carencia de innovación, la heterogeneidad estructural y desigualdad de AL.

Por su parte, el escenario asiático ha sido tempranamente abordado por Soskice (1999) en su esquema tipológico de coordinación bipolar, así como por los estudios de los sistemas nacionales de negocios (Whitley, 1992, 2005), e incluso bajo la flexibilización tipológica promovida por el análisis de VC impulsado desde el regulacionismo (Boyer, 2005). Sin embargo, el enfoque de VC pudo encontrar más recientemente un ángulo particularizado de abordaje para este escenario. En la formulación de este abordaje ha actuado como facilitador el contexto de crisis global que afectó al «centro» (principalmente desde 2008) y al potencial de «alternativas dentro del capitalismo» abierto por este escenario a partir del nuevo «consenso de Beijing» (Ramo, 2004; Carney *et al.*, 2009).

Sin apartarse estructuralmente de los elementos trabajados por el enfoque de VC, estas contribuciones han procurado cualificar dicho cuerpo teórico a través de un mayor protagonismo de los actores capaces de relativizar la tendencia determinista de las instituciones e iniciar un análisis de las implicaciones bidireccionales de ambos elementos. Bajo tal propósito, las contribuciones se han movido dentro de un amplio espectro de países y temáticas, con los que se ha buscado precisar aspectos de las VC del escenario asiático. Ello ha comprendido: el soporte a la hipótesis del enfoque de VC sobre el papel de la calidad de la educación y los sistemas flexibles de relaciones industriales (Terjesen y Hessels, 2009); el reconocimiento de las particularidades que aportan los componentes familiares en la formación y gestión de las empresas (Steier, 2009); así como el papel de la calidad burocrática del Estado (Ritchie, 2009). También se han considerado las limitaciones competitivas derivadas de los procesos de concentración (Huegens *et al.*, 2009); la diferencial capacidad de transitar desde etapas de imitación hacia procesos de innovación derivados de la especificidad de la matriz empresario-organizacional (Dodgson, 2009); en tanto que no está ausente el rol de las herencias coloniales en la formación de las

capacidades institucionales o el papel de las tradiciones ambientales-institucionales en la formación de organizaciones complejas (Redding y Witt, 2009).

Sin embargo, la mayoría de este complejo cuerpo de análisis desarrollado en escenarios periféricos, si bien intenta reconocer especificidades en las trayectorias históricas y particularidades en sus actores económicos e institucionales al configurar los patrones nacionales de capitalismo en África, el este y centro europeo, AL o el EA, no ha trascendido la familia conceptual del enfoque de VC. Ello implica que preserva en general, y con pocas excepciones, el propósito central de observar cómo la lógica de las instituciones y sus complementariedades condicionan a —o interactúan explicativamente con— los actores económicos y sus comportamientos.

No obstante sus reparos a la aplicabilidad del esquema bimodélico, estas contribuciones no han logrado trascender el papel de buscadores de subvariantes tipológicas, verificadores de ciertas hipótesis del cuerpo teórico, o bien identificadores de realidades y elementos organizacionales y de comportamiento económico-político-institucional con mayor nivel de cercanía o lejanía respecto de los modelos reconocidos en los centros. Es decir, en su gran mayoría se trata de trabajos que no escapan en general a la estructura instrumental del enfoque de VC propagado desde el centro.

1.4. *Evaluación de las críticas a los enfoques de VC*

Al tiempo que se fue consolidando y expandiendo desde el centro a la periferia, el enfoque de VC ha encontrado un cúmulo de críticas que, nuevamente, han nacido desde los centros académicos de los países centrales y pueden resumirse en los próximos seis *ítems*:

a) Un proceso de reificación de los tipos que conforman las VC, acompañado de un reduccionismo tipológico que limita la captación de especificidades relevantes al considerar variantes nacionales.

Ello es resultado de una propuesta analítica que termina finalmente transformando un cuadro tipológico analítico-racional en una realidad condicionante en la cual se expresa y subsume una multiplicidad de trayectorias nacionales que actúan como casos ejemplificativos de esos «tipos reificados» (Crouch *et al.*, 2009). A la vez, el carácter binario del modelo tipológico impuesto desde la versión dominante conforma un cuadro clasificatorio restrictivo que arriesga sacrificar aspectos distintivos de un sinnúmero de experiencias nacionales subsumidas en esas tipologías (Schmidt, 2007; Allen, 2004; Pontusson, 2005).

b) Un modelo monoescalar cerrado, producto de un «nacionalismo metodológico» (Peck y Theodore, 2007; Crouch y Farrel, 2004).

Existe, finalmente, una dimensión espacial sustantiva en el enfoque de VC. La producción circunscripta a los campos de la economía y las ciencias políticas y una visible ausencia de la geografía económica han obstaculizado la capacidad para dar cuenta de la compleja redefinición de las geografías económicas del capitalismo, con su cambiante involucramiento de las escalas, entre otras cosas para redefinir la lógica constitutiva y funcional de la escala nacional. Efectivamente, el análisis «hermeticamente sellado» sobre la escala nacional (Crouch y Farrel, 2004) no contempla

la forma como otras escalas se involucran, no solo conformando otras espacialidades dentro de un mismo ámbito nacional (Hollingsworth, 1998), sino explicando cómo esa dimensión es configurada y reconfigurada por otras escalas en el contexto de las transformaciones espaciales del capitalismo (Brenner, 2003; Peck y Theodore, 2007). En otros términos, la circunscripción analítica a la escala nacional bloquea la comprensión del papel que cumplen los actores (capitalistas, fuerza de trabajo, Estado) y redes transnacionales, así como las particularidades regionales tanto en la configuración de las especificidades de esas escalas —globales y regionales— (Crouch y Streeck, 1997; Crouch *et al.*, 2009) como en la particularidades que asume la transformación de las dinámicas nacionales. En este último caso, el reescalamiento del capitalismo se asocia con una dinámica multiescalarmente interpenetrada que acompaña su reestructuración espacial y la redefinición de las formas nacionales propias de proyecto fordista-keynesiano (Swyngedouw, 1997; Brenner, 2003).

c) La conformación de un patrón analítico que da prioridad a la estabilidad sobre el cambio y condiciona a éste en su alcance.

Al interior de esa limitante estructura analítica monoescalar, dominada por el nacionalismo metodológico, y a pesar de que los propios fundadores del enfoque han asegurado que el de VC contiene un cuadro conceptual donde los aspectos del equilibrio compatibilizan con el análisis del cambio social e institucional (Hall; Thelen, 2009), lo cierto es que ese cambio aparece altamente condicionado por las rigideces derivadas de las formas de coordinación y complementariedad institucional que dan coherencia a sus dos tipologías y por la dependencia de las trayectorias institucionales que conducen a la inserción en estas últimas. Las empresas quedan, por lo tanto, sujetas a un patrón de respuestas sin variantes respecto de aquellas formas de coordinación y complementariedad que constituyen las restrictivas tipologías compuestas por las ELM y las EMC, y resultan de la específica trayectoria institucional desarrollada por las firmas empresariales (Crouch y Farrel, 2004; Schmidt, 2007; Goodin, 2003). Como bien remarcan Herrigel y Zeitlin (2010), aun los estudios que extienden el análisis de VC hacia las nuevas fronteras quedan autolimitados en su capacidad de explicar el cambio desde la sujeción a las complementariedades institucionales. Atento a que las mutaciones deben darse dentro de ese nivel de coherencia y complementariedad demandado por las tipologías, todo el complejo de trabajos originales y ampliatorios carece de cabida en la consideración de los cambios mayores que involucran transformaciones estructurales en las formas de organización y regulación del régimen político y las relaciones sociales que envuelven a las diferentes fracciones del capital y los vínculos entre este y la fuerza de trabajo. Lo que ha dominado por lo tanto en la visión de VC es un patrón de coordinación empresarial/institucional basado en el equilibrio/estabilidad (Hall y Thelen, 2009), que contiene restricciones para comprender la capacidad de cambio de los actores más allá de esas rigideces tipológicas y las formas de complementariedades que crean las condiciones de equilibrio (Kang, 2006).

d) El dominio de un marco de análisis funcionalista de cambio (Howell, 2003; Boyer, 2005; Amable y Palombarini, 2009).

Esto emerge como producto del sobreénfasis en los mecanismos microeconómico-institucionales que configuran —y condicionan— las formas de coordinación

y operan como los principales elementos al momento de dar cuenta del funcionamiento y de los cambios. La preponderancia de esos mecanismos convive con la relativización del peso de los actores en la configuración y cambio de las instituciones, al tiempo que los actores convocados a protagonizar la especificidad de la variedad capitalista se restringen al campo de las empresas. La propensión a la estabilidad/estática y sus equilibrios en los «juegos de complementariedad» conlleva limitaciones tanto para incorporar a otros actores (Schmidt, 2002) así como para saltar desde el *empresarialismo* microeconómico hacia la consideración crítica de dimensiones sociopolíticas más comprensivas y abarcativas, en la cual se desenvuelven necesariamente lógicas contradictorias y conflictivas (Pontusson, 2005; Boyer, 2005; Deeg y Jackson, 2007). La inexistencia de esa pluralidad de actores, y de la incorporación de esas dimensiones, permite eludir las desiguales relaciones de poder y los intereses contradictorios, lo que alienta el marco teórico funcionalista, orientado a identificar las formas institucionales donde se construyen las compatibilidades y se generan los equilibrios que fundamentan una determinada variante de capitalismo (Howell, 2003).

e) Un determinismo institucional (Deeg y Jackson, 2007; Thelen, 2004; Pontusson, 2005) *estrechamente vinculado a lo anterior.*

Dicho determinismo se comprende desde —y complementa con— esa dinámica funcionalista, que implica una arena de configuraciones institucionales formales e informales (normas, convenciones, etc.) que fijan aquellas modalidades en las cuales puede tener lugar la coordinación conducida por las empresas así como las respuestas generadas por esos actores empresariales a las presiones o cambios exógenos eventualmente emergentes. Compelido por la determinación de esos mecanismos, el marco de acción de los actores (a los que no se les reconoce pertenencia a clases sociales con intereses divergentes) contiene escasa cabida dentro de ese enfoque de VC.

f) La sobrecentralidad en las firmas: la ausencia de la fuerza de trabajo (Fishwick, 2014; Selwyn, 2012; Cumbers *et al.*, 2008) *y la dilución o ausentamiento del Estado* (Schmitz, 2002, 2007).

A la propensión del funcionalismo y determinismo institucional le acompaña la restricción a nivel de los actores encargados de operar los cambios. En tal contexto y en el de esa sobrecentralidad en las firmas, resalta el escaso tratamiento dado a los actores no empresariales. Al igual que en el enfoque de CVG, el de VC desplaza la consideración de la organización de la fuerza de trabajo y su articulación con el modo en que se constituyen las REG (Fishwick, 2014; Selwyn, 2012; Cumbers *et al.*, 2008), al tiempo que diluye o ausenta al Estado (Schmitz, 2002, 2007).

La intervención de la fuerza de trabajo en el enfoque de VC toma lugar, restringidamente en el campo de la regulación de los salarios y las condiciones de trabajo (relaciones industriales), en los mecanismos asociados a su capacitación (educación y entrenamiento), así como en sus formas relacionales de colaboración con las firmas (*corporate governance*). No existe, en cambio, ninguna consideración que permita evaluarle como un actor con una diferenciada organización histórica, que varía en diferentes espacios macrorregionales y nacionales y cuya activación conflictual a partir de sus relaciones contradictorias con el capital contiene siempre

efectos sustantivos sobre las especificidades de la trayectoria nacional y sobre las acciones y posibilidades del Estado para configurarlas (Fishwick, 2014).

En lo que respecta específicamente al Estado, alejándose de la tradición comparativa que hizo del mismo un centro analítico de relevancia (Katzenstein, 1984; Evans *et al.*, 1985), su dilución dentro del complejo de instituciones como una institución más impide, por un lado, observar especificidades determinantes en experiencias como las de España, Italia o Francia (Schmitz, 2002; Molina y Rhodes, 2007), que toman por ello distancia de experiencias más representativas de los modelos de EMC (como Alemania) o ELM (como Reino Unido o EE.UU.); y por otro lado, más genéricamente, la dilución analítica del Estado y su posicionamiento como «una institución más» (Schmitz, 2007), limita la capacidad de observarlo como un elemento central, altamente involucrado en todas las variantes de conformación capitalista, donde se forjan aquellas especificidades del comportamiento institucional que explican las trayectorias diferenciadas (Deeg y Jackson, 2007).

2. Revisitando las críticas a las Variedades de Capitalismo desde la periferia

Las críticas que hemos revisado al enfoque de VC pueden sintetizarse en un conjunto formado por cuatro aspectos:

- a) La conformación de un esquema modélico bipolar de análisis.
- b) La monoescalaridad conducente al «nacionalismo metodológico» para analizar desde un punto de vista espacial las variedades de capitalismo y las restricciones para dar cuenta de los cambios y sus alcances.
- c) La sujeción de las variedades a un análisis de diferenciadas formas de complementariedad institucional, a partir del papel de las firmas, con límites para considerar el cambio y una impronta funcionalista del mismo.
- d) El empobrecimiento de los actores en su configuración conflictual con la ausencia de la fuerza de trabajo y el Estado para la comprensión de las especificidades que dan lugar a las variedades nacionales.

No obstante la pertinencia, estas críticas requieren ser revisitadas desde dos planos complementarios que reubican la recuperación crítica de la escala nacional en línea con los interrogantes que guían este trabajo:

- a) Esencialmente, la mayoría de ellas ha provenido desde perspectivas que son «amigables» con el marco teórico dominante que es criticado y, por ello, en buena medida comparten su edificio conceptual, agregando «aspectos a considerar» o realizando algunas «aperturas». La defensa del enfoque desde los propios críticos, lo que podríamos llamar «críticos internos» (Hancke, 2009), comulga finalmente con la observada extensión del enfoque para analizar nuevas geografías. Para destacar resultados contradictorios (como sucede con China) o indicar especies no encajables o novedosas respecto de los hábitáculos/tipologías identificados/modelados en el centro (Zhang y Peck, 2016), se utiliza el instrumental de las formas de complementariedad/regulación institucional que configura el *mainstream* del enfoque. La calidad de «críticos internos» implica el hecho de compartir el basamento teórico y

deja escaso margen para comprender cómo los elementos criticados podrían ser superados. Al operar «intramuros», dicha superación resulta difícil atento a que se persiste en compartir una lectura que, invariablemente, remite a analizar «variedades» dentro del esquema de complementariedades institucionales. Es decir, variedades que surgen de las «formas regulatorias ligadas a la coordinación de las empresas, la fuerza de trabajo y el sistema financiero» (Herrigel y Zeiltin, 2010).

b) Teniendo como base constitutiva los países centrales, los escenarios periféricos han sido «anexados» para ser tratados con pocas variaciones desde el punto de vista del instrumental. Los estudios de VC marcan una ampliación de escenarios a considerar que, no obstante abonar algunas especificidades, no alteran la estructura de los elementos sobre los que se analizan las formas de complementariedad. La no alteración de elementos constitutivos de la complementariedad institucional por parte de los enfoques críticos y el análisis a partir de esos elementos de escenarios periféricos como anexiones o ampliaciones a los hallazgos empíricos realizados en los países centrales conforman una importante limitación para considerar dos aspectos centrales del marco problemático que guía nuestro trabajo y que hemos dejado claramente planteado desde el Capítulo I: *i)* la presencia estructural de un gran área del sistema mundo, el SG, con su marcado y diferenciador dinamismo en el marco del mantenimiento de la estructura jerárquica y desigualadora dentro de la que se reproduce el sistema capitalista; y *ii)* los procesos divergentes dentro del SG desde la conformación de procesos macrorregionales y dinámicas nacionales específicas.

Al introducir esta realidad del SG y la particularidad que implica analizar los escenarios periféricos, las críticas que hemos revisado del enfoque de VC adquieren un carácter específico y articulado que permite clarificar los aspectos a considerar con relación a las variedades de trayectorias nacionales en la periferia, más precisamente, la manera en que se recuperan superadoramente en estos espacios la escala nacional y las variedades nacionales de capitalismo para entender el dinamismo del SG y las trayectorias diferenciadas en su interior.

Con la incorporación de la periferia —y una perspectiva de análisis desde ella— para evaluar las críticas al enfoque de VC, se va sugiriendo una variación en su entramado conceptual, capaz de reconocer especificidades de esa realidad. Dicha variación conlleva la necesidad de incorporar elementos externos al aparato conceptual del enfoque dominante, a efectos de conjugar la interpretación de los procesos globales y el modo en que se insertan e interactúan con las diferenciadas estrategias nacionales. Al hacer esto, por un lado, recupera vigor la consideración y las formas en que esas estrategias se vinculan con las REyPG y, por otro, la modalidad con la que se conforman diferencialmente esas redes en los procesos de acumulación.

Desde los planos complementarios de análisis anteriormente presentados (*a* y *b*), vale, por lo tanto, un análisis detallado de cada uno de los elementos críticos presentados para considerar lo que estamos evaluando:

a) La crítica sobre los riesgos de la «reificación de un modelo bipolar», como fue señalado, contribuye a comprender cómo dicho modelo, no obstante la relevancia para cuestionar la homogeneizadora unipolaridad neoliberal, se transforma en una

«cárcel tipológica», que impide visualizar las distintas variedades emergentes y termina siendo restrictiva para dar cuenta de la pluralidad de configuraciones, no solo nacionales sino también regionales, que forman el complejo mosaico de arreglos institucionales que dan especificidad a los *performances* capitalistas. No obstante la identificación del problema, los intentos de expandirse identificando nuevas variedades, que proliferan y abarcan, como vimos, áreas como el Mediterráneo, África o AL, no han hecho sino permanecer dentro del sistema de complementariedades institucionales. Dentro de ese sistema, los refinamientos tipológicos finalmente no han hecho los tipos menos rígidos y han permanecido focalizados sobre la estabilidad y la reproducción antes que sobre el cambio (Herrigel, Zeitlin, 2010).

Ahora bien, toda la pluralidad de configuraciones y variedades a ser reconocidas, y todo intento de hacer ello al interior del SG debería tener en cuenta la existencia de una «variedad pretérita» y más general: aquella que se conforma entre dinámicas centrales y periféricas. Como observamos desde el Capítulo I y retomamos en el Capítulo II, vista desde la perspectiva de la TSM, esta variedad de capitalismo (omitida por los enfoques institucionales) se conforma a partir de analizar el capitalismo como un sistema global —que no hace centro en unidades nacionales—, jerárquicamente estructurado con un control diferencial de funciones y procesos de valorización, por parte de actores y espacios de redes o encadenamientos económicos que rigen los procesos de producción e intercambio (Hopkins y Wallerstein, 1977; Arrighi y Drangel, 1986). Como también analizamos en ese Capítulo II la incorporación a las cadenas o REG y la vinculación a ella de los actores nacionales y regionales del SG es alentada como herramienta de desarrollo por los actores transnacionales que controlan las RPG (Fernández, 2013).

La consideración de la(s) variedad(es) de capitalismo(s) bajo este lente, y por esa razón, con la forma inicial de una variedad en la forma centro-periferia, se constituye por medio de aquellos aspectos nacionales donde se radican los actores que controlan las funciones más importantes de los encadenamientos globales capitalistas (países centrales) y aquellos donde se emplazan los que ingresan subordinadamente a ellas, con las funciones menos valorizables (periferias), que operan como controlados o transferidores de valor en esa cadena.

Ello implica un cambio sustantivo en la forma de analizar variedades respecto del enfoque dominante de VC: desde el acento en formas institucionales y sus regulaciones centradas en la preponderancia del «mercado» o la «coordinación institucional» en la organización del capital, el trabajo y sus relaciones, hacia otra que observa las especificidades nacionales desde las particularidades de las relaciones de producción e intercambio y en el tipo de inserción de las diferentes naciones en un sistema global de REyPG donde domina una desigualadora división del trabajo (Frank, 1966; Prebisch, 1986).

La variedad capitalista —centro/periferia—, recuperando la perspectiva de la TSM, establece los condicionantes estructurales —en buena medida externas a los capitalismos nacionales— sobre los que deben leerse los *performances* agregados de los actores y entenderse los procesos de reproducción de las asimetrías y desigualamientos estructurales en el capitalismo. Las formas institucionales que de allí emergen, incluyendo la regulación del salario y su capacitación, las relaciones entre las firmas, el sistema financiero, y las formas de colaboración del trabajo en las firmas, es decir, los elementos que forman en el enfoque de VC la «comple-

mentariedad institucional», quedan atravesados por aspectos ausentes desde un inicio en dicho enfoque, esto es: la constitución y funcionamiento de distintos espacios nacionales en un sistema global, cuya lógica de reproducción jerarquizadora y desigualadora entre aquellos que integran el centro y las periferias se reproduce históricamente bajo la renovación constante de sus arreglos económicos, sociales y políticos (Arrighi, 1994, 2008).

b) Los aspectos antes indicados coadyuvan, en no menor medida, al entendimiento situado desde la perspectiva periférica, de los límites acarreados por la monoescalaridad y, dentro de ella, del nacionalismo metodológico que ha dominado el enfoque de VC. La manera en que este último entiende los procesos o las divisorias al interior del capitalismo a partir de un mosaico interactivo de unidades nacionales diferencialmente conformadas por arreglos institucionales, fija límites para entender dos aspectos fundamentales: *i)* cómo esa estructura globalmente desigualadora y sus condicionantes se conforman y dinamizan a través de las REyPG que hemos venido analizando; y *ii)* cómo los encadenamientos económicos conformados por lógicas productivas —crecientemente— financiarizadas así como las redes políticas, redefinen y penetran variablemente en las distintas instancias nacionales condicionando la formas institucionales con las que se pretenden explicar las VC (Levy, 2008).

Sin perjuicio de la activa e irremplazable —pero diferenciada— presencia de Estados centrales y periféricos que iremos destacando y de las relaciones con estos, las redes y actores políticos y económicos globales se articulan mediante un proyecto potenciado por las fracciones globalizadas del capital productivo y financiero, que intenta horadar las resistencias nacionales, conformando una «clase capitalista transnacional» (Sklair, 2001), compuesta por gerentes *seniors*, consultores, académicos y funcionarios que se entrelazan en sus prácticas y comparten una ideología común. En los términos de Gill (1995, 2002) —y desde un categorial gramsciano—, «a través de las redes y el complejo de flujos financieros, conceptuales, simbólicos que los mismos representan se conforma un “bloque histórico transnacional” que propugna el acoplamiento selectivo de actores, espacios e instituciones del SG a lógicas reproductivas en las que confluyen consensualmente múltiples organismos supranacionales, aparatos estatales y fracciones productivas y financieras del capital».

Los flujos que acompañan las redes y su capacidad de direccionar los mismos por los actores transnacionales que las controlan actúan sobre los diferentes arreglos institucionales y escalares/espaciales en los que descansan las diferentes trayectorias nacionales y combinan espacialmente procesos de fragmentación y homogenización, de territorialización y desterritorialización (Lefebvre, 1991; Sassen, 2005), procesos que implican redefiniciones en la conformación de los arreglos institucionales sobre los cuales el enfoque de VC procura edificar su modelo binario.

Desde esta perspectiva, espacialmente, «los capitalismo» no representan un conjunto de cerramientos nacionales interconectados que realizan un arreglo reproductivo global, sino espacios reconstituidos por la compleja red de flujos con capacidad de penetrarlos y redefinirlos multiescalarmente (Sassen, 2005). En tal sentido, la identificación de las variedades de capitalismo que pueden tener lugar al interior de los espacios nacionales, requiere conocer que la...

[...] globalización es, en efecto, un sistema político-económico, parcialmente localizado en el interior de los Estados nacionales; como resultado, vemos: *a*) una parcial, con frecuencia altamente especializada y por tanto oculta desnacionalización de componentes específicos del trabajo, la economía, la sociedad y la política estatal; y *b*) que los regímenes transnacionales especializados que están siendo implementados para gobernar procesos globales también ingresan al espacio institucional nacional y al territorio geográfico, y que estas dos dinámicas (*a* y *b*) producen una variedad de novedosas fronteras dentro del territorio nacional, el cual frecuentemente puede funcionar en formas espontáneas por la continua demarcación geográfica de los territorios estatales. Un enfoque sobre tales capacidades de crear fronteras nos permite ver algo acerca del territorio y el espacio que es fácilmente ocultado en los análisis más predominantes, los cuales asumen la mutua exclusividad de lo nacional y lo global [Sassen, 2005: 524].

En tanto ello puede considerarse aun desde un plano general, para los espacios nacionales periféricos esta dinámica representa un escenario de interacciones global-nacional no solo co-constitutivo, sino también, y esencialmente conflictual, en el que diferentes variedades nacionales responden diferenciadamente, desde las especificidades de sus trayectorias históricas, al intento de conformar desde esas penetrantes redes económicas y políticas —por consenso y condicionalidad dominantes— diferentes formas de integración y arreglos escalares que no contemplan, en ningún caso, la alteración de las formas de subordinación o el fin de la exclusión de las mismas de los actores económicos e institucionales.

El reconocimiento de la variedad centro/periferia de capitalismo contiene, por un lado, un posicionamiento estructural y conflictivo en lo que hace a la forma selectiva o subordinante de integración a la amalgama de redes (flujos) económicas y políticas configuradas bajo la dominancia de un bloque histórico transnacional de intereses, ideas, acciones, imaginarios, que la intra-mono-escalaridad del enfoque de VC no logra capturar exitosamente. Por otro lado, las diferenciadas formas de respuesta (por acoplamiento o alternativización) a esas redes expresan *nuevas variedades* (nacionales), que denominamos *variaciones* de capitalismo, cuya conformación conlleva un cúmulo de elementos configurados en —y configuradores de— la especificidad de las trayectorias históricas.

Estas *variaciones* y esos elementos resultan sustantivos para la comprensión acerca de la modalidad cómo, con relación a las REG, se integran o viabiliza la inserción en estas a través de las formas productivas y financieras del capital transnacional y sus múltiples variables y selectivas dislocaciones hacia el SG, así como, con relación a las RPG, el modo en que (desde la autonomía o condicionalidad) se establecen los vínculos con la multiplicidad de organizaciones internacionales (OI) encargadas de la regulación o el financiamiento.

c) El tercer aspecto crítico resaltado al enfoque de VC, vinculado al problema de la manera de computar los cambios, encuentra en la configuración centro-periferia y en la lógica (multiescalar) de redes no solo la pertinencia del cambio sino la posibilidad de definir el alcance del mismo. Efectivamente, observado el cambio no como alteraciones (posibles) en las formas de regulación y (re)compatibilización en las formas institucionales (Hall y Thelen, 2009) —algo en lo que, como vimos, reincluyen los estudios que extienden el análisis hacia el SG (Herrigel y Zeitlin, 2010)—,

sino en la posibilidad de «salirse» del posicionamiento periférico, a partir de cambiar estructuralmente sus formas subordinadas de integración a las REyPG. Es decir, de configurar su inserción global con un sistema de producción y regulación institucional con mayor autodeterminación. Las formas diferenciadas de responder —insertarse/alternativizar—, y las distintas condiciones/capacidades para lograrlo, marcan la existencia de «variedades al interior de la periferia». En el referido escenario conflictual, aquellas que logran evitar una integración subordinada/subordinante a las redes globales, lo hacen a partir de la especificidad de las trayectorias sobre las que se conforman sus procesos de acumulación y las formas regulatorias e institucionales de las mismas.

d) En la configuración de estas variedades interviene no secundariamente el último aspecto deficitariamente considerado en el enfoque de VC, esto es el ausentamiento del Estado y la fuerza de trabajo derivado del sobrecentramiento en las firmas. La reversión de dicho ausentamiento se vuelve de gran relevancia para dar cuenta de cómo se han configurado los emprendimientos por procesos de desarrollo, algunos exitosos y otros fallidos.

Desde la perspectiva centro-periferia, en lo que refiere a la fuerza de trabajo, su peso organizativo en las trayectorias nacionales del centro, al tiempo que históricamente ha jugado un papel esencial en impedir la transferencia de los beneficios de las mejoras tecnológicas y de productividad a los términos de intercambio con la periferia (Prebisch, 1986), actúa condicionadoramente sobre el capital, estimulando sus reubicaciones en la periferia (Froebel *et al.*, 1978). El peso organizacional y su impacto a nivel de los salarios ha sido un factor central en el estímulo a los procesos de *offshoring* (Dossani y Kenney, 2004; Quelin y Duhamel, 2003; Girma y Görg, 2003) que acompañan la enorme reestructuración productiva que transformó la periferia en receptora de inversiones y actividades productivas deslocalizadas (Baldwin, 2011). Específicamente en la periferia, esas condiciones de organización y capacidad incidental de la fuerza de trabajo en el Estado, así como su calidad formativa y productividad desarrollada al interior de las diferentes trayectorias nacionales, han actuado como limitantes o habilitantes de las decisiones de deslocalización de actividades y las funciones dentro de las REG. Esas condiciones de organización y capacidad incidental sobre el Estado actúa asimismo ya no solo sobre las «elecciones» del capital global y las REG (particularmente en sus formas más financiarizadas), sino sobre ese propio Estado, en su autonomía y fortaleza para desarrollar estrategias de acumulación. El carácter permanente o cíclico de la intervención autoritaria del Estado para desactivar la organización colectiva de la fuerza de trabajo, y ese papel sobre su autonomía estratégica, se transforman, como veremos más adelante, en un aspecto relevante para explicar las variaciones estratégicas al interior del SG.

En lo que refiere al Estado, siempre bajo esa configuración centro-periferia, su relevancia encuentra fundamento no solo en su especificidad diferenciadora respecto del resto de las instituciones (Weber, 1944), sino también en su indelegable pertinencia para entender dos aspectos señalados, desde los que reinterpretar las variedades de capitalismo.

En primer lugar, las formas en que «los centros» expanden espacialmente sus procesos de acumulación hacia la(s) periferia(s) (Arrighi, 1994). El Estado, dilui-

do por los enfoques de CVG y de VC, ha sido históricamente el elemento ineludible en la combinación del control político territorial y la expansión de los espacios de acumulación. En la concreción de esa dinámica, como venimos señalando desde el anterior capítulo, los centros han sido conformadores de «Estados fuertes» para su expansión, procurando la adaptación operacional de Estados periféricos-débiles (Wallerstein, 1974). Con la conformación y expansión de las RPG y sus nuevos centros decisionales supranacionales, se establece una relación compleja y sinérgica desde la cual se procura acoplar los Estados en la periferia, funcionalizando su operatoria a la acción desplegada desde dichas redes (Robinson, 2007).

En segundo lugar, en ese escenario, resulta esencial destacar que los modos en que desde la periferia se conforman las estrategias nacionales frente a esas redes, no resultan convergentes. La fortaleza y debilidad estatal no se restringe a la divisoria centro (Estados fuertes) periferia (Estados débiles), o entre la OCDE y los países fuera de esa órbita (Acemoglu, 2005), sino que adquiere particular relevancia en el análisis de la variedad de *performances* al interior mismo de la periferia.

En esta última, en función de sus trayectorias locales y de inserción global, determinadas naciones o macrorregiones pueden desplegar *performances* de acumulación diferenciados que viabilizan los —hasta ahora— excepcionales cambios en el posicionamiento periférico. En tanto no se lo posiciona como una institución más, el Estado —y sus diferentes capacidades para conformar un espacio de autonomía decisional— desempeña un papel neurálgico para responder con variable fortaleza/debilidad a las acciones de los actores sociales, económicos e institucionales que intervienen desde el interior y exterior a las delimitaciones nacionales. En lo interno, lo que cuenta es la capacidad para evitar el copamiento corporativo y fragmentador que acompaña las diversas formas de movilización e implicación social (Migdal, 1988), así como la idoneidad para direccionar desde ese ordenamiento a los actores en los procesos de acumulación nacional y regional. Externamente, resulta central la capacidad de conformar un espacio decisional con autonomía estratégica (Evans, 1995) para generar formas de articulación no subordinantes o explotativas respecto de los actores transnacionales que comandan las REyPG y perforan —bajo lógicas de captura— las dinámicas nacionales (Robinson, 2007).

Si revisamos las observaciones críticas y los replanteos para el examen de las variedades de capitalismo desde una perspectiva centro-periferia, emerge en cuanto al enfoque de VC la necesidad de superar:

a) El modelo bipolar de complementariedades institucionales (ELM y EMC) a partir del reconocimiento de otras tipologías que tienen como plataforma en el SG la configuración centro periferia como variedad central, y su vínculo con diferentes variaciones que van tomando lugar tanto en el centro como en la periferia (variaciones *de* y *en* la periferia).

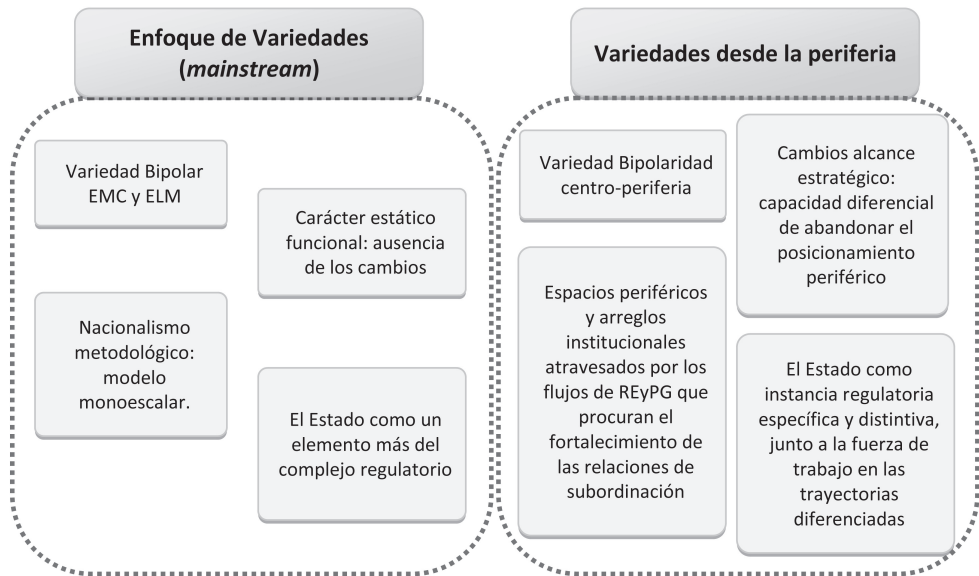
b) El análisis monoescalar y el nacionalismo metodológico, a partir del reconocimiento del penetrante y nacionalmente redefinidor papel de las REyPG —y sus estrategias escalares— sobre las cuales se conforman las relaciones estructurales que diferencian centros y periferias.

c) En el marco de esas multiplicidades de escalas, el carácter comparativo/estático de los diferentes «modelos nacionales» a partir del examen de la especificidad

con que diferentes trayectorias nacionales interactúan con esas redes, además de la evaluación de las *diferenciadas capacidades de cambio* en las diferentes variedades de capitalismo periférico teniendo como parámetro de alcance máximo las capacidades de alterar los posicionamientos periféricos.

d) La ausencia del Estado y la fuerza de trabajo, considerando su implicación en las especificidades de las trayectorias nacionales tanto del centro como de la periferia, evaluando las condiciones de implicación diferenciadas que tienen a lo largo de esas trayectorias y esos ámbitos, y su impacto en la viabilización u obstaculización de esos cambios.

FIGURA 2



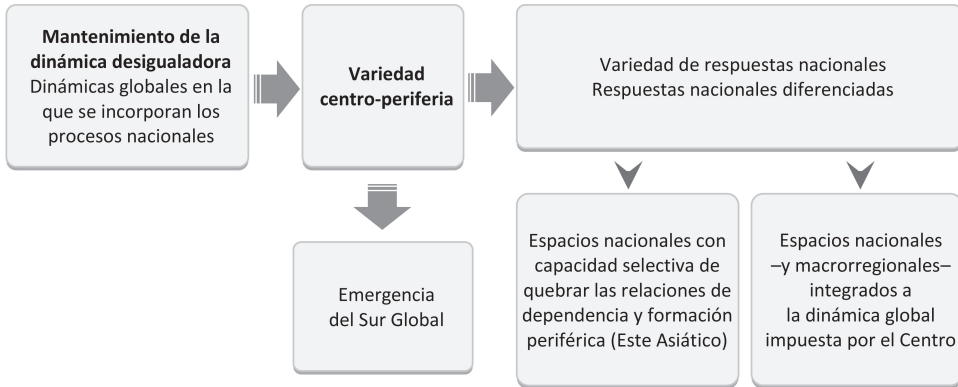
FUENTE: elaboración propia.

La argumentación esgrimida, desde la perspectiva crítica que se posiciona desde el SG, y que reconoce la dinámica centro-periferia, brinda una doble y articulada posibilidad:

a) analizar las variedades de capitalismo dentro un sistema global, funcionando bajo una dinámica global y con una lógica estructural, jerarquizadora y desigualadora que penetra las dinámicas nacionales y las constituye; y

b) poner en consideración cómo, dentro de esa lógica, la conformación de dinámicas centrales y periféricas incluyen, en su interior, trayectorias nacionales capaces de generar respuestas específicas, con calidades para alterar esas dinámicas y su posicionamiento estructural. Existen, por lo tanto, dentro de la periferia, variedades de respuestas nacionales dentro de las cuales es necesario evaluar la capacidad de emergencia de trayectorias —selectivas— capaces de alterar los posicionamientos periféricos.

FIGURA 3



FUENTE: elaboración propia.

3. Identificación de «variedad de variedades» bajo la lógica contradictoria del capitalismo

Tenemos, entonces, una doble variedad de capitalismo dentro de una —hasta hoy— inalterada estructura de reproducción desigualadora, signada por redes globales que penetran y al tiempo interaccionan con diferentes dinámicas nacionales que responden particularizadamente a las mismas. Sin embargo, se debe avanzar explicativamente con relación a interrogantes necesarios que surgen desde allí: ¿bajo qué condiciones tienen lugar esos tan selectivos cambios estructurales emergentes de la variedad de respuestas? ¿Cómo funcionan las dinámicas nacionales dentro de los procesos globales para que emerjan esas diferenciadas respuestas —nacionales y macrorregionales— dentro de la periferia? ¿Cuáles son los elementos esenciales que dan cuenta de esas trayectorias desde el interior de la periferia del capitalismo que hace a algunos permanecer y reafirmar la estructura global desigual y a otros salir de la misma? ¿Cuáles son los actores centrales y las lógicas e intereses que acompañan a la formación de esos elementos?

Estos interrogantes —y los elementos antes expuestos— se inscriben dentro de los cuestionamientos centrales que estructuran este trabajo vinculados a la búsqueda de los fundamentos por los cuales, dentro del mantenimiento de la estructura jerárquica y desigualadora del sistema capitalista global, emergen al interior de la periferia respuestas diferenciadas (respuestas variadas), como lo muestra la exitosa trayectoria del EA (o parte de ella) y su divergente *performance* respecto del resto del SG.

Ahora bien, localizar las respuestas y encontrar esos elementos, demanda por un lado, reinterpretar el funcionamiento periférico dentro de la conformación y dinámica global del capitalismo, y para ello, abordar el aspecto tal vez más problemático (y ausentado) del enfoque de VC: la precisión de su especificidad y de su conformación contradictoria. Un aspecto compartido por difusores y críticos «internos» de este enfoque consiste en actuar a partir de un «mapa de lectura» que «presenta al capitalismo como dado», es decir, como un sistema cuyas variedades constitutivas descansan en última instancia en algún/unos aspecto/s constante/s,

que lo hacen capitalista, pero que no aparecen nunca definidos ni explicados en su dinámica. Como indica apropiadamente Jessop: «Sin embargo, la mayoría de los estudios sobre las variedades de capitalismo (VdC) o la diversidad del capitalismo (DdC) considera, en gran medida, al capitalismo por sentado (al igual que el pez da el agua por sentado)» (2013: 1).

Al no precisarlo desde sus elementos constitutivos y definir sus —mutidimensionales— características dinámicas, el enfoque institucional que, como vimos, domina el análisis de las variedades, desplaza aspectos básicos que forman parte del análisis sistémico y de las complejas relaciones contradictorias que hacen a su dinamismo y, dentro de este, a las relaciones entre procesos globales y nacionales. En este sentido, el enfoque no altera sino que, en gran medida, presenta bajo otras formas otro instrumental y otra dinámica espacial, una forma de abordaje armónica no conflictual que domina también el enfoque de CVG, dejándose en todo momento de precisar conceptualmente su conformación y contradictorio funcionamiento social, institucional y espacial.

En cambio, cuando el capitalismo aparece definido, y desde su constitución se da cuenta de esa compleja dinámica contradictoria, gana viabilidad una reelaboración de la forma de analizar cómo las variedades de capitalismo se construyen, dinamizan y cambian en un escenario contradictorio y desigual de orden global. Más específicamente, a partir de allí abre un escenario analítico completamente diferente para comprender desde la lógica centro-periferia la variedad de variedades del capitalismo. Por lo tanto, junto a la conformación de la/una variedad centro-periferia, tienen lugar otras tres formas, que podemos denominar variaciones, por el componente tanto temporal como espacialmente dinámico que asume:

a) Por un lado, las variaciones del capitalismo que se conforman en el centro, al considerar las mismas no en sus formas estáticas de diferentes modos de regulación institucional que distinguen bipolarmente a una dada instancia nacional, sino en su cambiante y cíclico proceso de transformaciones a través del tiempo, lo que podemos denominar las variaciones temporales.

b) En segundo lugar, a raíz de la propia variedad centro-periferia (variedad preterita), las variaciones espaciales que operan en esta última —observada como un todo—, en función a las variaciones temporales que toman lugar en el centro.

c) Finalmente, al interior de la periferia, las variaciones de respuestas (que son también variaciones espaciales) que expresan las especificidades/diferenciaciones que experimentan las trayectorias nacionales y macrorregionales, con las divergentes posibilidades de cambios capaces de quebrar las condiciones de reproducción.

Estas últimas variaciones (variedad en las variedades) resultan comprendidas a partir de la incorporación de los elementos resaltados como estratégicos: el papel co-constitutivo de las REyPG y su —conflictiva— interacción con las trayectorias nacionales, las formas de interacción de las trayectorias nacionales y macrorregionales y los procesos de cambio a partir de la incorporación del poder en esa intersección entre redes y trayectorias nacionales de la periferia y, finalmente, el papel del Estado como actor específico, conformado con variable autonomía y capacidad de maniobrar —con diferentes coaliciones sociales— en la especificidad de diferentes trayectorias.

Cabe entonces, a través de la recuperación conceptual, la precisión de la dinámica contradictoria bajo las que se desarrollan la variedad y las variaciones temporales y espaciales mencionadas, y donde se hacen presente ese conjunto de elementos previamente mencionados.

3.1. *Reintroducción de la dimensión conceptual/constitutiva del capitalismo: las múltiples contradicciones de la reproducción capitalista (contradicción y dinámica histórica)*

La reinstalación de la dimensión conceptual del capitalismo conlleva la recuperación de una compleja y articulada forma contradictoria de reproducción (triple contradicción) constituida a partir de la forma en que el excedente es generado, apropiado y distribuido, es decir sobre la base de cómo se generan los procesos de acumulación y redistribución. En otros términos, la reinstalación de la dimensión conceptual del capitalismo permite analizar los vínculos entre las dimensiones institucionales —que han formado parte del *mainstream* del enfoque de VC— y la económica política (Nolke, 2011), sobre la cual se reproduce el sistema y sobre la base del cual se configuran las trayectorias institucionales.

Observado en su especificidad, el capitalismo constituye un sistema social específico, estructurado a partir de una relación social (contradictoria) entre el capital, formado a partir de la propiedad privada de los medios de producción y reproducido a partir de la apropiación del valor generado por el trabajador —el otro componente de esa relación— que vende su fuerza de trabajo como una mercancía —solo— compensada por un salario (Marx, 1978).² Precisamente esa formación del trabajo como mercancía es lo que Marx señala como elemento singular de la relación social constitutiva del capitalismo (Jessop, 2013b) y lo que, al mismo tiempo fundamenta su dinamismo a partir de la creación de valor más allá de la subsistencia (plusvalía). Como bien indicara Engels al reseñar *El Capital*: «El capitalista encuentra en el mercado una mercancía que posee la peregrina cualidad de que, al consumirse, engendra nuevo valor; crea un nuevo valor: esta mercancía es la fuerza de trabajo» (Engels, 1980: 85).

Ahora bien, esa relación social, y la conformación de la fuerza de trabajo en esa original mercancía, conforman las bases de un comportamiento contradictorio, representado por la interdependencia antagónica de intereses materiales (Wright, 1997). Desde la perspectiva del capital, el comportamiento persigue la ampliación y apropiación de esas formas de generación del excedente. Por parte de la fuerza de trabajo, engendra las necesarias y posibles acciones orientadas hacia su redistribución y recupero, así como a la reversión de las condiciones de explotación (Wright, 1997)³ a partir de su organización colectiva (Marx y Engels, 1998).

2. Recuerda Marx: «Por tanto, el salario no es la parte del obrero en la mercancía por él producida. El salario es la parte de la mercancía ya existente, con la que el capitalista compra una determinada cantidad de fuerza de trabajo productiva. La fuerza de trabajo es, pues, una mercancía que su propietario, el obrero asalariado, vende al capital. ¿Para qué la vende? Para vivir» (1978: 204).

3. En la definición de la explotación, Wright argumenta que la explotación implica «interdependencia antagónica de intereses materiales». Este define la explotación por medio del principio de bienestar inverso interdependiente, el principio de exclusión y el principio de la apropiación: «el bienestar de los

Junto a esta contradicción fundante se erige otra, asociada a la dinámica de acumulación intercapitalista que habilita la apropiación del excedente. El proceso de acumulación conlleva, paralelamente a la relación social capital-trabajo, un proceso de competencia entre capitales que paradójico y contradictoriamente desencadena una dinámica de concentración y centralización del capital que desplaza actores productivos (perdedores), piramidaliza la captación del excedente y traslada hacia formas financieras gran parte de estos (Baran y Sweezy, 1976; Hilferding, 1973).

Sobre la base de esas formas —contradictorias— fundantes, el capitalismo se ha reproducido históricamente dando lugar a otro sin número de contradicciones (Mészáros, 2001), incluida la propia sostenibilidad del medio natural (O'Connor, 1988), que impulsan sus crisis y constantes intentos de evitar su autocolapso.

Con el objeto de analizar la conformación de las distintas variaciones de capitalismo y sus efectos sobre nuestros interrogantes centrales, interesa aquí concentrarnos sobre otras dos contradicciones complementarias —de alcance sistémico— que permiten un análisis integral de las formas de emergencia y articulación dinámica de las variedades en el capitalismo.

En primer lugar, bajo el propósito de actuar individualmente ampliando los beneficios que aseguran su proceso de acumulación, los actores capitalistas no tienen capacidad de asegurar las condiciones —sociales/colectivas— de la reproducción social. Su acción no actúa auto-ordenadoramente sobre dos aspectos que pueden afectar en forma directa esos beneficios (ganancia): el consumo y las condiciones sociales de vida del trabajador a través del salario y la composición orgánica en el caso de la competencia concentrada en la relación capital-capital. La incapacidad de garantizar las condiciones sociales e infraestructurales de reproducción social de la fuerza de trabajo (vinculadas a su capacitación, su asistencia social, su salud), así como de aquellas no incluidas en los procesos —formales— de acumulación —población excedente— (Offe, 1984) dispara esa nueva contradicción, de orden sistémico con carácter funcional, entre la propensión de los capitalistas a la apropiación privada —y crecientemente concentrada— del excedente y su/la necesidad de transferir a la sociedad, bajo formas ajenas al mercado, las/sus condiciones de reproducción material (O'Connor, 1973).

En los términos sintetizados por Keane, ante esa contradicción: «se aceleran las formas de acción colectiva para remediar las consecuencias de las operaciones de las unidades individuales» (1990: 15), es decir, la necesidad de subsanar la incapacidad del capitalista privado de conformar la legitimidad social (Habermas, 1999), así como de dar continuidad al proceso de acumulación garantizando la realización de los procesos productivos en un contexto de amenazas de crisis por sobreacumulación (Harvey, 2001, 2003). Tanto la subintervención como la sobreintervención del Estado en el intento de operar sobre esa contradicción y esas amenazas lo colocan como disparador central de esas crisis, más específicamente, de las dos grandes crisis operadas en el siglo XX.

La última contradicción, también sistémica, adopta desde lo espacial un carácter *global* y se expresa en la configuración centro-periferia a la que ya hemos referi-

explotadores es a costa de los explotados», «la exclusión de los explotados a partir del acceso a ciertos recursos productivos importantes», «la apropiación de los frutos del trabajo de los explotados por aquellos que controlan los recursos productivos relevantes» (1997: 10).

do para analizar críticamente el enfoque de CVG. Difundida tempranamente por Lenin (1975), y motorizada por el enfoque sistémico de la TSM (Wallerstein, 1974), fue precisada/estilizada hacia ámbitos específicos, como el latinoamericano, por el pensamiento estructuralista y dependentista nucleado en torno a —pero no exclusivamente en— la CEPAL (Prebisch, 1986; Furtado, 1979; Cardozo y Faletto, 1979; Marini, 1973).

La perspectiva compartida por los enfoques centro-periferia, aun en sus heterogéneas presentaciones internas —visibles incluso al interior del pensamiento dependentista—,⁴ transita por la identificación de un proceso de acumulación en el que las formas de producción e intercambio se conforman a partir de una dinámica espacialmente desigual y contradictoria, en la que un área del mundo (el centro) captura selectivamente el grueso del excedente⁵ a expensas de otras áreas —explotadas— (la periferia y semiperiferia) (Wallerstein, 1974).⁶ En este caso, la contradicción no descansa en la relación contrapuesta de intereses y lógicas entre el capital y el trabajo o en la apropiación individual —y concentrada— de rentas con socialización creciente de las condiciones de reproducción, sino en la capacidad desigual de generación y retención de excedentes que determinados espacios (centros) obtienen respecto de otros (periferias) a través de los vínculos entre los procesos de producción e intercambio.

La articulación de estas tres formaciones contradictorias, la contradicción fundacional (resultante de las relaciones capital-trabajo y capital-capital), la contradicción sistémica-funcional (derivada de la incapacidad de capitalistas individuales de asegurar sus condiciones en contextos de creciente concentración y centralización), y la contradicción sistémica global (a partir de las relaciones espacialmente contradictorias de producción/intercambio en la dinámica centro-periferia), interactúan produciendo una modificación constante en cada una de ellas y, al interior del capitalismo observado como un todo,⁷ estimulando transformaciones a lo largo de períodos históricos concretos. En sus tres formas, por lo indicado, existen capturas superpuestas y selectivas del excedente a expensas de la fuerza de trabajo y de las fracciones no concentradas (contradicciones fundantes/dinamizadoras), del conjunto societal que este forma para su reproducción colectiva (contradicción sistémica I —funcional) y de los países o áreas periféricas (contradicción sistémica II —global).

A partir de procesos de constante desigualación y recurrentes crisis, estas tres formas contradictorias despliegan las bases constitutivas de cambios a nivel macrooperados, no obstante, bajo la permanencia de los factores/formas funcionales que generan las contradicciones. Estos cambios, por su parte, se presentan como altera-

4. Para una indagación de las diferencias en los enfoques centro-periferia desde una perspectiva latinoamericana puede consultarse en Kay (1989).

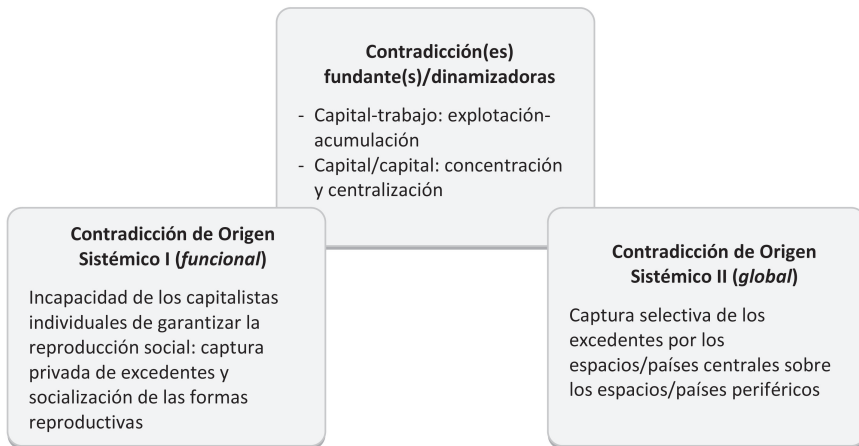
5. Para una consideración del concepto de excedente desde la perspectiva de la dinámica centro-periferia, ver Prebisch (1980), Di Filippo (1998), Furtado (1961, 1978), De Santis (2013).

6. En Wallerstein (1974) el desarrollo histórico del subdesarrollo inevitablemente tiene esa característica: la acumulación de capital por parte de un área del mundo (el centro) a expensa de otras áreas explotadas (la periferia y semiperiferia).

7. La preeminencia del todo, tan presente en Aristóteles y en el despliegue de la dialéctica hegeliana, ha formado parte central de la interpretación holística y dinámica del capitalismo defendida desde el marxismo por expresiones muy diversas, pero que tiene posiblemente su traducción más clara en la perspectiva neohegeliana de Lukacs.

ciones destinadas a superar las crisis, provocadas no solo en los límites para ampliar y redinamizar los procesos de acumulación (en las diferentes formas de sobre-acumulación o subconsumo) (Harvey, 2003), sino también para refrenar los riesgos de una reacción resultante de los procesos de desigualación que minan la legitimidad (Habermas, 1999) o el intento de una recaptura —conflictiva— de los excedentes por la fuerza de trabajo (Bowles y Gintis, 1982).

FIGURA 4



FUENTE: elaboración propia.

A través de esa «triple y articulada dinámica contradictoria» y su multiplicidad de cambios es que encuentran comprensión las «tres grandes variaciones de capitalismo».

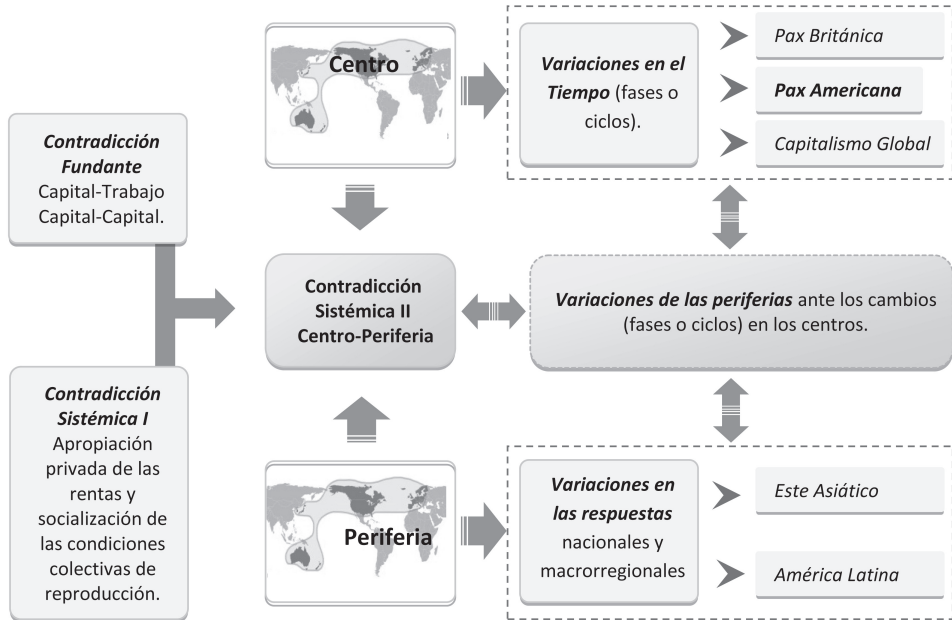
En primer lugar, a partir de la lógica contradictoria fundante y la lógica contradictoria sistémica I (que articula intranacionalmente las relaciones capital-trabajo y capital-capital) a nivel de los países centrales, donde se conforman las variaciones capitalistas en el tiempo a partir de distintas fases de composición, crisis y recomposición.

En segundo lugar, la lógica sistémica II da lugar a la *variedad pretérita* en donde la periferia va desplegando variaciones adaptativas en su contradictoria relación con los centros, a partir de los cambios que se imponen desde esos centros en cada nueva fase y sus crisis.

En tercer lugar, en el marco de esas variaciones, tienen lugar al interior de la(s) periferia(s), variaciones en las formas de organización y «respuesta», cuyos elementos constitutivos marcan trayectorias diferenciadas de países y macrorregiones.

Seguidamente, de manera secuencial y articulada, se analizan esas tres formas de variaciones a partir del reconocimiento de la triple base contradictoria, con el objeto de abordar finalmente, en el examen de la última variación (variación de respuestas), cómo los elementos involucrados intervienen y configuran respuestas diferenciadas.

FIGURA 5



FUENTE: elaboración propia.

3.2. Dinámica contradictoria y Variaciones en el Tiempo de la dinámica capitalista

Las formas de contradicción, crisis y cambios que genera esa triple contradicción, guardan una espacialidad y temporalidad específica, relevante para entender la dinámica global del sistema capitalista. Mientras la contradicción estructural centro-periferia ha tenido en lo espacial un alcance planetario y, en términos de tiempo, un desarrollo histórico de larga duración que excede por mucho incluso los tiempos históricos del capitalismo (Abu-Lughod, 1989), las otras dos contradicciones se han acoplado/articulado plenamente en el siglo XX para explicar la dinámica específica del sistema a partir de un centro de gravedad en la escala nacional.

Durante ese período, las mismas se han involucrado en la producción de las crisis, y han estimulado la superación de las mismas a partir de acuerdos temporales orientados a resolver transitoriamente los dos grandes ítems mencionados: la continuidad de los procesos de acumulación que fundamenta al objetivo central del sistema y la mencionada necesidad de generación de una forma de legitimación social. Sin embargo, el/los «arreglos» se tornan transitorios, generando nuevas crisis, subseguidas de transformaciones orientadas a su superación. Cada arreglo transitorio, supone la capacidad de forjar «un determinado cuadro de soluciones institucionales, entendibles como un conjunto de instituciones complementarias que, a través de diseño institucional, imitación, imposición u oportunidad de evolución, provee una temporaria, parcial y relativamente estable solución a la coordinación

de problemas involucrados en asegurar el orden social, político o económico» (Jesop, 2013b: 6). Esa lógica de cambios y crisis tiene una base de gestación y resolución sistémica nacional, en la que las transformaciones tanto a nivel de los procesos de trabajo como en las relaciones intercapitalistas encuentran un patrón regulatorio sustentado en una implicación más «liberal o regulativa del Estado» (Kotz, 2006). La introducción de esos patrones regulatorios —y el desplazamiento de los antes vigentes—, junto a conformar una nueva fase de relanzamiento a partir de la(s) crisis, han significado la habilidad del sistema capitalista para evitar la «dirección colapsista» que animó buena parte de las teorías críticas sobre el capitalismo, y «...para revivir y renovarse asimismo siguiendo prolongados períodos de relativo estancamiento o crisis» (Lippit, 2006: 4).

La persistencia del capitalismo más allá de sus períodos de inherente crisis (Grahl y Teague, 2000) analizada a partir de la dinámica antes indicada, ha sido considerada especialmente desde mediados del siglo XIX y a lo largo del siglo XX a través de tres fases razonablemente claras, mediadas por dos grandes crisis a partir de las cuales se fueron relevando. Las contribuciones provenientes de los enfoques regulacionistas (ER) (Aglietta, 1976; Boyer, 1989; Boyer y Saillard, 2002; Lipietz, 1988), así como los de la *estructura social de la acumulación* (ESA) (Gordon, 1980; Gordon, Weisskopf y Bowles, 1987),⁸ posicionadas como teorías de alcance/rango medio (Mavroudeas, 2002), han ampliado significativamente la comprensión de las dos primeras fases, así como las crisis devenidas de las mismas. Con sus especificidades —y diferencias— (Mavroudeas, 2006), las distintas expresiones de la ESA y los ER han contribuido a comprender como esas «fases» operan secuencialmente en la gestación de cambios en los procesos regulativos que permiten encausar temporariamente las vinculaciones —contradictorias— entre la fuerza de trabajo y el capital, y las de orden intercapitalistas. A partir de dichos cambios tienen lugar específicos pero, al mismo tiempo, transitorios patrones de acumulación que encuentran —como centro de esa regulación— distintas formas de implicación del Estado (Kotz y McDonough, 2008; McDonough, 1994).

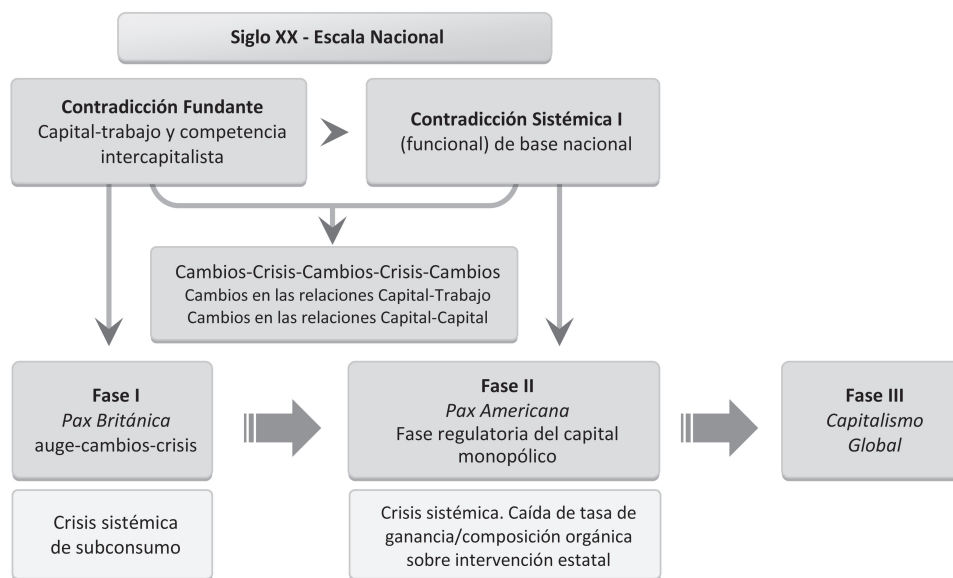
Puede entonces analizarse una primera fase, conformada en torno a la *Pax Británica*, vinculada al capitalismo competitivo y el «consenso liberal» (Cox, 1986), que fue experimentando cambios hacia la última parte del siglo XIX e inicios del XX producto de la transformación taylor-fordista en los procesos de trabajo, así como, a partir de la competencia intercapitalista, del tránsito hacia la forma monopólica y altamente cartelizada de acumulación y regulación. La crisis sistémica, de base nacional, emergente de dichas transformaciones, expresada bajo una forma de subconsumo, hizo eclosión en la tercera década del siglo XX y quedó irresuelta inestabilizadamente a lo largo del período de entreguerras.

8. «La escuela de la ESA fue conformada a finales de la década de 1970 con la obra fundacional de Gordon (1980), a la que se añadieron numerosas contribuciones, incluidas las de Gordon, Edwards y Reich (1982), Bowles, Gordon y Weisskopf (1983), Kotz (1987), Kotz, McDonough y Reich (1994). Esa investigación se centró principalmente en el desarrollo del capitalismo. Propone más específicamente una interpretación de las ondas largas en la actividad económica, otorgando un papel esencial a los cambios institucionales que han marcado la historia contemporánea de los países capitalistas desarrollados. Esta escuela primero reivindicó al marxismo como su anclaje teórico, pero el marxismo que incorpora las aportaciones de diversas investigaciones contemporáneas —del keynesianismo y el movimiento institucionalista en particular» (Diebolt, 2002: 86).

La superación transitoria de dicha crisis a partir de una segunda fase fue forjada bajo la *Pax Americana* y sustentada en la consolidación de un patrón regulativo del capitalismo monopolístico, lo que viabilizó durante la posguerra el patrón histórico de más alto crecimiento, fundado en una inédita capacidad de condicionamiento redistributivo en favor de la fuerza de trabajo sobre el capital. La emergencia de una nueva crisis sistémica —de base nacional— en dicha fase, tuvo lugar ya no bajo la forma de subconsumo y una subregulación/intervención estatal, sino a través de la caída de rentabilidad generada por una multiplicidad de factores asociados a las contradicciones fundantes y sistémicas y bajo una sobreimplicación creciente del Estado, que reflejaba la incapacidad de los capitalistas individualmente de ordenar procesos sostenibles de acumulación y legitimación.

Finalmente, y ante dicha crisis, la salida se produjo a través de la emergencia de una nueva fase, de *Capitalismo Global*, liderada por la selectiva capacidad de determinadas fracciones del capital productivo y —crecientemente— financiero, de capturar la revolución tecnológica y las alteraciones espaciales y temporales bajo las que funciona el proceso de acumulación para superar las restricciones impuestas por la configuración fordista-keynesiana (Jessop, 2005).

FIGURA 6



FUENTE: elaboración propia.

Al mismo tiempo que las formas regulatorias de esta última fase se han presentado menos cristalinas, los mencionados enfoques de la ER y la ESA han lucido menos sólidos al momento de dar cuenta de los elementos y formas que explican la dinámica y grados de coherencia y estabilidad en la nueva fase (capitalismo global), así como la heterogeneidad con la que las diferentes experiencias nacionales (y regionales) se integran a la misma (Jessop, 1990). Sus contribuciones e instrumen-

tal, de medio alcance, se concentraron en las dos primeras fases, signadas por la decadencia de la hegemonía británica, la consolidación del fordismo y la hegemonía estadounidense, y sus respectivas crisis, en tanto no existió a partir de allí consenso sobre la existencia y contenidos de una nueva fase (Lippit, 1997; Retch, 1997).

No obstante, como iremos observando, el análisis de esta última fase resulta estratégico. En primer lugar para interpretar la capacidad adquirida por las fracciones globalizadas del capital para la captura y funcionalización de espacios y actores nacional y regionalmente posicionados, y en dicho escenario observar los reacomodamientos que marcan las relaciones contradictorias entre los procesos globales y las dinámicas nacionales que analizamos previamente; en segundo lugar, bajo lo antes indicado, para conocer la forma cómo toma protagonismo el SG; y, finalmente, para visualizar en su interior las formas acerca de cómo trayectorias —nacionales— previas (en el SG) conforman específicos patrones de respuesta en los procesos de neoliberalización impulsados por esas fracciones del capital global.

3.3. *Primera Fase: la consolidación, apogeo y crisis del «capitalismo competitivo»*

La Primera Fase está marcada por el tránsito del mercantilismo al liberalismo y acompaña la revolución industrial y consolidación de la *Pax Británica*, caracterizándose por un régimen de acumulación basado en la extensión de las relaciones salariales hacia nuevos mercados y segmentos de actividad y la promoción de las formas «competitivas de capitalismo». Esto es una intensa competencia entre capitales y un ciclo de auge y caída, con la competencia de precio jugando un rol central en el gobierno de la actividad económica (Sweezy, 1981). Por su parte, las formas regulatorias sustentaron la protección a la propiedad y el desenvolvimiento activo del «libre cambio».

Sin embargo, desde el último cuarto del siglo XIX y las primeras tres décadas del XX, se fueron operando fuertes modificaciones tanto en los procesos de trabajo sobre los que se edificaron las relaciones capital-trabajo, como en las relaciones intercapitalistas. En lo que respecta a las transformaciones en los procesos de trabajo, las mismas tuvieron lugar por la progresiva introducción de las formas taylorfordistas que dispararon/aceleraron enormemente la productividad (Boyer, 1996). A nivel de la competencia intercapitalista, los cambios estuvieron signados por una acelerada profundización de la dinámica de concentración y cartelización que piramidalizó la captura de esos excedentes (Baran y Sweezy, 1969; Sweezy, 1981).

No obstante, ninguno de los dos procesos contó con el despliegue concomitante de mecanismos regulatorios que viabilizaran la —transitoria— normalización de las formas de realización y reproducción del régimen de acumulación. Los incrementos de productividad y el posicionamiento crecientemente concentrado se fueron inscribiendo dentro de lo que los regulacionistas consideraron el relevo de un *régimen de acumulación extensivo*, fundado en la extensión de la relación salarial y el consumo, debido casi exclusivamente al aumento de la población y un incremento de la tasa de actividad o del número total de horas trabajadas (Bustelo, 2003), hacia un régimen de acumulación intensivo, superador del anterior, basado en un cambio en la capacidad de acumulación a partir de una transformación cualificadora en los procesos de trabajo.

Pero ello no encontró inicialmente un modo de regulación correspondiente con los requerimientos de ese nuevo régimen de acumulación (Boyer, 1996; Bustelo, 2003). Es decir, un patrón regulatorio cuya limitada implicación estatal y normativa resultaba incapaz de coordinar los actores crecientemente concentrados, tanto del mundo del capital como del trabajo y garantizar la demanda que exigen los incrementos de productividad derivados en las transformaciones taylor-fordistas en el proceso de trabajo (Boyer, 1996; Lipietz, 1986). Ese contexto de restrictiva regulación estatal de la relación capital-trabajo y de la propia competencia intercapitalista, colocó al capital —monopólico— «a la ofensiva en su relación con el trabajo y sin admitir compromisos, y una ideología dominante que glorifica el libre mercado» (Kotz, 2006: 8).

3.3.1. *Crisis de los años treinta y de entreguerras*

Los efectos de las acciones derivadas de esa posición ofensiva del capital no resultaron inofensivos. La captura concentrada de los excedentes y su creciente paso a las formas de financiarización (Hilferding, 1973) y el poder crecientemente unilateral de estas fracciones monopólicas del capital abonaron, en no menor medida, a la producción de una crisis emergente como consecuencia de la irresolución de esta limitación para coordinar la realización de los incrementos de productividad. Dicho escenario demandaba un proceso regulatorio tan funcional a la estabilización de la acumulación como a la formación de una legitimidad social que jaqueaba crecientemente el sistema.

Sin embargo, dicho proceso y su efectividad no encontraron existencia inmediata. Durante casi dos décadas se conformó un período de inestable reproducción mediado por la crisis financiera (derrumbe de Wall Street), un período de entreguerras que dio origen en su interior al fascismo como reacción a la propia inestabilidad, la amenaza constante de procesos revolucionarios que cuestionaban —desde el socialismo— la propia existencia del sistema, y la consecuente y paliativa emergencia del «New Deal» en EE.UU. El capitalismo había ido adquiriendo una forma de producción masiva sin consumo (Boyer, 1990; Bustelo, 2003) representando una amenaza tanto a la continuidad del proceso de acumulación como a la legitimidad social e institucional.

3.4. *Segunda Fase: capitalismo organizado bajo regulación del capital monopólico*

La —transitoria— resolución de esta crisis tuvo lugar en la posguerra a través de la conformación de la nueva fase de capitalismo «organizado» (Hilferding, 1981) o «regulado» (Kotz, 2002), en la que los incrementos de productividad potenciados por los patrones fordistas en el proceso de trabajo se encontraron compensados por mecanismos redistributivos a partir de la erección de un patrón regulatorio que involucró estratégicamente al Estado (Kotz y McDonough, 2008).

En ese contexto, la contradicción sistémica I (funcional), potenciada por los procesos de concentración, encontró aplacamiento a partir de un acuerdo —transitorio— entre capital y trabajo logrado en el marco de una intervención fuerte del Estado (Kotz, 2002). En la materialización del «acuerdo-conflictual», esa interven-

ción estatal fuerte conllevaba el desarrollo de formas «ajenas al mercado» destinadas a asegurar un proceso redistributivo que asegurara la capacidad de consumo y realización a una fuerza de trabajo crecientemente organizada (Reuss, 2009),⁹ así como el soporte a las infraestructuras y a un grueso cuerpo de «salarios indirectos» que aunaban las condiciones de legitimidad y dinamismo del proceso de acumulación por medio de la realización de la producción. La fuerza de trabajo adquiriría derechos a esa redistribución a cambio de asegurar la continuidad de la dominancia del capital —particularmente el capital concentrado— dentro del sitio de producción capitalista (Bowles y Gintis, 1982).

En función de compatibilizar la viabilización de las condiciones reproductivas del capital en un escenario de creciente competencia monopólica con la necesidad de potenciar los procesos de legitimación, la «intervención fuerte del Estado» no solo representó un cambio de orden cuantitativo, sino el reemplazo de las formas regulativas que favorecían la fortaleza del capital sobre el trabajo y el proceso de acumulación monopólico sobre las pequeñas formas competitivas del mismo (Kotz, 2003; Lipietz, 1986). Es decir, esa intervención significó un cambio cualitativo que marcaba el fin de la posición «ofensiva» del capital.

Con su nueva implicación —y ante ese nuevo escenario—, el Estado asumió el papel de un «capitalista colectivo» (Offe, 1984) encargado de solventar, a través de formas extra-mercado, las condiciones de reproducción y consumo que el capital privado no podía enfrentar individualmente, es decir, con el propósito de dar continuidad al proceso de acumulación y legitimidad social al sistema en su conjunto.¹⁰

El acuerdo transitorio desplegado bajo el dominio de la *Pax Americana*, no operó bajo un idéntico formato, sino a través de una diversidad de mosaicos de experiencias nacionales de economías mixtas (Shonfield, 1989), en los que, a partir de combinadas dosis de implicación del mercado y el Estado, se fueron sellando idiosincráticamente los diferentes acuerdos corporativos entre capital concentrado y la fuerza de trabajo (Schmitter y Lehmbruch, 1992). En torno a lo que algunos denominaron «capitalismo monopolista de Estado» (Baran y Sweezy, 1966), a lo largo de la posguerra se fue consolidando el *fordismo*, con todas sus variantes nacionales, comprendiendo no solo un revolucionario cambio en el proceso de trabajo sino también un específico modo de desarrollo¹¹ orientado a potenciar «establemente» el proceso de acumulación y sacar al capitalismo de su tendencial crisis.

En ese modo de desarrollo, el momento contradictorio fundante del capitalismo, centrado en la relación capital-trabajo y la «competencia» intercapitalista, así como la crecientemente visible contradicción sistémica I (funcional), operaron temporariamente bajo un anestésico y efectivo «círculo virtuoso» de producción y consumo, incluyendo en el complejo regulatorio y normativo formas de cooptación y legitimación que alcanzaban no solo la redistribución del excedente como «com-

9. En Estados Unidos, la tasa de sindicación nacional se ha triplicado, desde menos del 7 % a casi el 24 % de la fuerza laboral entre 1930 y 1947 (Reuss, 2009).

10. En términos de Poulantzas, el Estado asumió —temporariamente y con relativo éxito— la dificultosa función de reconciliar sus respuestas a los imperativos económicos cada vez más insistentes con las exigencias más generales de asegurar la legitimidad política general y la cohesión social (Poulantzas, 1978).

11. Es decir, un complejo económico institucional que articula un régimen de acumulación y un modo de regulación (Boyer, 1990)

bustible innegociable», sino también una «ideología universalista que representaba las normas en sí, como base de una armonía de intereses» (Cox, 1986: 223). Bajo este escenario general de sinergia, y bajo diferentes especificidades nacionales, el capitalismo encontró tasas inéditas de crecimiento y empleo, a las que no podrá regresar en un futuro, que le valió la etiqueta de «edad de oro» del capitalismo (Boyer, 1984; Gordon, 1980; Marglin y Schor, 1991).

3.4.1. Crisis de finales de los sesenta e inicio de los setenta

Sin embargo, la dinámica expansiva alcanzada a través de esa sinergia duró hasta finales de los años sesenta y principios de los setenta, cuando la fase plena de acumulación fue cediendo dinamismo y una nueva crisis se hizo presente. Una multiplicidad de factores parecieron conjugarse en la producción de la misma, incluyendo aspectos asociados a la rigidez de la producción ante la inestabilidad e internacionalización de la demanda (Piore y Sabel, 1984), los crecientes costos derivados de la fuerza de trabajo y su control (Gordon *et al.*, 1987; Bowles y Gintis, 1982) y los aumentos en la composición orgánica del capital (Lipietz, 1986).

Al tiempo que al menos los dos últimos aspectos (representantes respectivamente de las contradicciones fundantes que vinculan las relaciones capital-trabajo e intercapitalistas) fueron minando la tasa de ganancia y por lo tanto las inversiones en el segmento productivo, la inalterada inhabilidad individual de los capitalistas de resolver la contradicción sistémica fue obligando una creciente intervención de los factores extra-mercado para evitar el colapso del proceso de acumulación y la crisis de legitimidad social. La presencia de esos factores extra-mercado conllevaba un aceleramiento de la implicación estatal para abastecer de legitimidad y condiciones infraestructurales al funcionamiento del sistema en su conjunto, precipitando, producto de ello, una crisis bajo su forma fiscal (O'Connor, 1973).

Aunque esa crisis era presentada por el *establishment* como una crisis de gobernabilidad, asociada a las incompatibilidades dadas entre la democracia de masas con los requerimientos del mercado (Crozier *et al.*, 1975), sus fundamentos radicaban una vez más en el despliegue de sus propias contradicciones y su desembocadura, en este caso, ya no en la debilidad —subconsumista— de la fuerza de trabajo —como sucedió en la crisis antes señalada—, sino inversamente por el acorralamiento del capital monopólico ante la potencialidad organizativa y demandante de los actores afectados por este y la creciente intervención estatal para seguir sosteniendo el proceso de acumulación. Como bien indica Gordon *et al.*, «las crisis en el capitalismo tienen origen bien cuando la clase capitalista es “muy fuerte” o bien cuando es “muy débil”» (1987: 43).

Las condiciones antes mencionadas, daban cuenta que esta última situación dominaba la crisis de esta fase de la acumulación fordista bajo el dominio de la Pax Americana. En tal contexto y bajo los factores antes mencionados, la superación de la crisis se hacía irresoluble bajo los escenarios nacionales del acuerdo y a través de un mecanismo en el que el sostenimiento de la legitimación y el alivianamiento de las condiciones de acumulación, así como la compatibilización de ambos (acumulación y legitimación) se realizaba bajo formas desmercantilizadoras de intervención estatal. Expresadas esencialmente en su forma fiscal, estas no hacían sino asfixiar el proceso de acumulación al condicionar la posibilidad de captura y ex-

tracción del excedente bajo un escenario amenazante de fortaleza de la fuerza de trabajo y una lucha intercapitalista que cuestionaba la captura de los excedentes, las expectativas de las ganancias y consecuentemente las decisiones de inversión que movilizan la acumulación.

Como salida de este escenario, las fracciones concentradas del capital —que estructuraron desde el final de la primera fase—, amenazadas por el colapso del proceso de acumulación que lo motoriza, fueron compelidas a desplegar otro escenario, uno centrado en la formación de una nueva lógica espacio-temporal, devenida en un requisito para formular una respuesta/salida a la crisis y volver a encontrar una superación transitoria a las contradicciones matriciales que la generan.

3.5. La emergencia de una nueva fase: la fase global del capitalismo

Como indicamos anteriormente, la imposibilidad de sostenimiento desde una intervención extra-mercado, esencialmente comandada por el Estado y las crecientes restricciones de este (vía crisis fiscal) de asegurar compromisos implicados en el acuerdo conflictual, aceleraron el despliegue de una nueva lógica reproductiva, un nuevo régimen acumulativo basado en los cambios tempo-espaciales en las formas de producción y realización como en el patrón regulativo institucional de dicho régimen.

Visto desde esta perspectiva espacial, tal vez el principal elemento de cambio que se fue desprendiendo, tanto de la crisis del modo de desarrollo de posguerra como de su intento de superación, ha sido el socavamiento de la economía nacional como un objeto de gestión del Estado (Jessop, 1999) que permitía regular, dentro una determinada frontera, el transitorio proceso de compatibilidad de las formas productivas y consumo que estructuran un régimen de acumulación.

Ahora bien, el análisis de esta mutación demanda poner en consideración la compleja relación entre procesos nacionales —que sirvieron como motores de la fase capitalista de posguerra— y la configuración de los procesos globales. Pero, para ello se requiere tomar distancia de perspectivas como la TSM que, aunque relevante para reconocer la necesidad de insertar el examen de las redes globales en un sistema contradictorio y jerarquizador con escasa variación temporal —como vimos en el Capítulo II—, adolece de la eliminación de los Estados-nación como unidades análisis. Esto impide, entre otros aspectos, percibir el novedoso y conflictual elemento dado por el desplazamiento del espacio nacional como «cárcel» prioritaria de acuerdos (Jessop, 2013*b*; Robinson, 2007) y la reconstitución del espacio global como condición para una alteración del escenario de acuerdos redistributivos (Cerny, 1997; Hirsch, 1996).

La especificidad de esta nueva fase está dada por la capacidad de capitalizar la revolución tecnológica, especialmente las tecnologías de la información (Castells, 1996), ya no meramente como un nuevo gestador de un paradigma tecno-productivo que altera las formas organizacionales y tecnológicas propias del fordismo (Pérez, 2004), sino como un habilitador selectivo del —crecientemente transnacionalizado— capital monopólico. Sobre esa nueva habilidad, este último desarrolla una estrategia de externalización multiescalar y multilocalizada de los procesos productivos y, a partir de ello, de una inédita capacidad de administrar un reingreso

simultáneo, en tiempo real, a una multiplicidad de espacios nacionales, regionales y locales —junto a sus formas estatales—, ahora variablemente articulados y sujetos a los condicionamientos de las fracciones globalizadas y a sus diversificadas estrategias (Hirsch, 1996; Fernández, 2001).

En esta fase del capitalismo y esta —renovada— lógica se inscribe la pertinencia y las debilidades y funcionalidades de las cadenas de valor que hemos *analizado* en el Capítulo II, entendidas como una forma novedosa de reproducción de las empresas transnacionales. Desde mediados de los años ochenta se aceleró la suplantación de las formas de industrialización a través del desarrollo del conjunto de los encadenamientos en los mercados domésticos por la formación de una red productiva globalmente desagregada y, al mismo, tiempo recentralizada (Baldwin, 2011), con distintas funciones que contienen diferentes capacidades de valorización y una constante capacidad de control de las funciones estratégicas por parte de dichas empresas (Dicken, 2003; Gereffi *et al.*, 1994).

Como nos hemos referido en el capítulo anterior, el despliegue de esa lógica productiva contiene un elemento distintivo más que da singularidad al proceso de reestructuración globalizadora. El mismo tiene que ver con el proceso de financiarización de la dinámica de acumulación entendible genéricamente como el «creciente rol de las motivaciones financieras, los mercados financieros, los actores financieros y las instituciones financieras en el funcionamiento de las economías nacional e internacional» (Epstein, 2005: 3). Las formas de financiarización encontraron basamento para su expansión en un irrefrenable proceso de sobreacumulación que ha acompañado la externalización de las bases nacionales, y la caída de las rentabilidades en el segmento productivo, concomitante al estancamiento del mismo (Brenner, 2002; Dumenil y Levy, 2004). Una triplicación de los mercados financieros a lo largo de treinta años (Fine, 2009; Palma, 2009), fue acompañada de nuevas operatorias y actores financiarizados que, a diferencia de la fase de acumulación de posguerra, fueron desplegando progresivamente un comportamiento cortoplacista de obtención de rentas. Al tiempo que fue sobrepasando las formas de ganancias del segmento productivo, ello fue subordinando el comportamiento de dicho segmento a esos comportamientos, con efectos regresivos y relentizadores a nivel del dinamismo del proceso de acumulación, particularmente en los países centrales (Stockhammer, 2004).

En el marco de esa subordinación de la lógica productiva a la financiera, debe entenderse la penetración de los comportamientos financieros en las estrategias de las empresas transnacionales —no financieras— (Krippner, 2005; Orhangazi, 2007; Fine, 2009) que despliegan sus multiescalares estrategias a nivel global y, como vimos en el capítulo II, su control progresivo de esas formas financiarizadas en las CVG (Milberg, 2008; Williams, 2000).¹²

Bajo este nuevo escenario, y como resultado de ello, la lógica de acumulación que configura la nueva fase de *capitalismo global* se ha venido edificando sobre un renovado y contradictorio proceso de reproducción espacio-temporal, formado por

12. Desde principios de la década de 1980, las corporaciones no financieras han aumentado su inversión relativa en activos financieros. Esta inversión financiera repuntó a finales de 1990, y en torno al año 2000, las corporaciones no financieras en su conjunto tenían más de la mitad de sus activos en la forma de activos financieros.

REG crecientemente multilocalizadas y financierizadas que apelan a una dinámica espacial escalarmemente cambiante y diversificada. Con dicha lógica, un complejo de arreglos espaciales e institucionales (Harvey, 2003) es adherido funcionalmente a los requerimientos de dichas redes y sus formas de reproducción, operando como «aterrijajes» selectivos en diferentes escenarios en los que las fracciones financieras y productivas del capital expanden los procesos de acumulación y logran la realización —temporaria— de los procesos sobreacumulados de valorización.¹³

El proceso en forma alguna resulta armonioso, en tanto esa lógica establece una divisoria entre, por un lado, los controladores de flujos y asimiladores selectivos de emplazamientos territoriales —y sus firmas— adecuados para su lógica reproductiva y, por otro, un complejo de actores localizados en esos emplazamientos territoriales que se vinculan a las redes de flujos —que forman las diferentes cadenas globales—, así como otros muchos emplazamientos «no seleccionados» para su integración. En otros términos, se configuran conflictualmente dos lógicas (Jessop, 2006). Una *lógica capitalista del poder* a partir de redes de flujos (materiales e inmateriales) que procuran operar subordinando a las *lógicas territoriales*, donde dominan actores que, en el contexto del contradictorio proceso de globalización productivo y financiero, han quedado «afirmadas» en un «territorio dado» (como la fuerza de trabajo, y fracciones regionales y nacionales del capital —no globalizados— y sus instituciones).

En esa divisoria de lógicas, a partir del dominio de la lógica del capital global —y la forma y articulación a las redes y flujos de las diferentes soluciones espaciales— resultan «asentamientos territoriales» o, en términos de Harvey (2003), «núcleos de acumulación molecular» funcionalizados para la recreación de nuevas formas de reproducción y nuevas modalidades de procesamiento del grupo de tres grandes contradicciones (la fundante y las dos sistémicas) que hemos venido analizando en las respectivas fases.

En todos los casos —y con relación a esas formas de contradicción—, la nueva dinámica fue favoreciendo la lógica reproductiva de las fracciones globales del capital que dominan las cadenas y motorizan dinámicamente los flujos desde los que se seleccionan las soluciones espaciales. Por un lado, con relación a la contradicción fundante, formada desde la confrontación intercapitalista (capital-capital) y la capital-trabajo, la capacidad espacialmente expansiva y su operatoria —financiero-productiva— en tiempo real —lo que Marx llama contracción del espacio por el tiempo— otorga a esas fracciones, y su expresión concreta (las ETs), la capacidad de revertir las mencionadas condiciones defensivas —en cuanto a la fuerza de trabajo— que tendieron a dominar durante la fase anterior.

Asimismo, y apoyadas en la relativa fortaleza para enfrentar las «contradicciones fundantes» (capital-trabajo e intercapitalista), las nuevas formas de reproducción espacio/temporal habilitan a las fracciones globales del capital a comandar las

13. En tal sentido, Harvey indica: «Gran parte de lo que llamamos “globalización” ha sido producida a través de innumerables actividades simbióticas de este tipo que se refuerzan mutuamente (expansión aérea y la construcción de aeropuertos). La “solución espacial” (en el sentido de expansión geográfica para resolver problemas de sobreacumulación) es, en parte, lograda a través de la fijación de las inversiones en el espacio, la implantación de ellas en la tierra, para crear todo un nuevo paisaje» (2001: 28).

REG con un desentendimiento generalizado en la creación de las condiciones que pueden lograr compatibilizar —a nivel «territorial»— las formas de producción/acumulación y las condiciones de reproducción social de los actores territoriales (Hirsch, 1996). La rotura de la «jaula nacional de acuerdos», que facilita ese desentendimiento, alimenta en esta «fase globalizada» una reversión —contradictoria y bifurcante— de las formas de regulación dominantes bajo la fase del «capitalismo organizado».

La dinámica transnacional de las REG actúa tanto a nivel interno como externo de los ámbitos nacionales. En lo interno, las nuevas formas regulativas han venido desplegando variadas modalidades de desnacionalización y desestatización (Jessop, 2006), así como nuevos arreglos escalares centrados en reutilizar la implicación nacional del Estado para favorecer formas de descentralización fragmentantes. Estas formas conminan a la fuerza de trabajo y las fracciones de capital no globalizadas a desarrollar formas combinadas de cooperación y competencia intra e inter local capaces de hacerlas aptas para ser parte de las soluciones espaciales que cubren las demandas reproductivas del capital global (Gough, 2004; Fernández y Cardozo, 2012). En tanto, a través de la promoción de la *gobernanza* se alienta la conformación de modalidades de organización horizontales —no jerárquicas—, con prácticas que se constituyen para asegurar formas autorreproductivas que no solo no afectan el despliegue de ese capital global sino que facilitan la conformación de «nodos de acumulación selectivamente integrados» a las redes de flujos crecientemente financiarizadas y controladas por dicho capital.

Por otro lado, desde el punto de vista externo, ha operado un visible crecimiento en las competencias de las instancias supranacionales con capacidad de actuar —desde un influyente proceso de succión de las capacidades nacionales— a través de un redefinido y complejo cuerpo de normas, regulaciones y programas —con alcance constitucional—, desde los que se promueven intervenciones institucionales sobre las distintas instancias nacionales —y regionales y locales (urbanas)— que van en línea con las modalidades fragmentadoras y «horizontalizadoras» antes descritas. Para ello, desde ese cuerpo de intervenciones institucionales supranacionales se propagan formas de integración selectivas y subalternas (dominación) a partir de combinar el disciplinamiento coactivo de las acciones subnacionales (Gill y Law, 1989; Gill, 1995) con la proliferación de un relato consensual y hegemónico (Cox, 1987, 1995; Chase-Dunn *et al.*, 1994), pleno de «futuros compartidos» y juegos/estrategias «yo gano - tú ganas». Dicho relato, ofrece a los actores y escenarios que conforman la «lógica territorial» la oportunidad de plegarse a las redes de flujos, aceptando formas y condiciones de involucramiento que en forma alguna alteran su subordinación y que en todas sus modalidades procuran instalarse como prácticas necesarias para la prosperidad.

En este segmento de la (re)definición regulatoria —y sus combinadas formas de disciplinamiento consensual— cobra explicación el crecido protagonismo de las RPG motorizadas por organizaciones supranacionales (Levy, 2008; Gill, 1995; Gill; Law, 1993). Dichas redes, y las OI que las conducen nodalmente, han operado complementariamente con las fracciones globales del capital —que dominan las REG— facilitando, por un lado, el desmantelamiento (reducción) de las barreras a la movilidad del capital y su lógica de financiarización, así como su instalación selectiva —con esa lógica y concretando los procesos de «acumulación por desposesión»— en las

«soluciones espaciales» (Harvey, 2003); y, por otro lado, ya más actualmente, operando reconstructivamente (despliegue) a partir de promover un circuito de prácticas, formas organizacionales y lógicas productivas de base local, que atenúan y «absorben» fragmentariamente los efectos —de desestructuración social y espacial— derivados de aquel proceso desmantelatorio, a la vez que optimizan formas de integración subordinadas de las soluciones espaciales o núcleos moleculares de acumulación a las lógicas crecientemente financiarizadas de las cadenas globales.

Como vimos en el Capítulo II, a este ejercicio de los OI pertenece la captura y utilización de categorías como las de CVG —expresión fáctica de la lógica de flujos— promoviendo distintas tecnologías de aprendizaje e instrumentos de financiación que procuran adaptar a los distintos actores de la «lógica territorial» a las —selectivas y variadas— condiciones de incorporación a las redes de flujos globales, expresadas en un diversificado y constantemente recreado cuerpo de cadenas de valor controladas por las ETs. A este ejercicio adaptativo pertenece también la apelación de las RPG y sus principales organizaciones de comando (como el FMI, BM, BID, OMC, UE) a un complejo de conceptos blandos (como los de *clusters*, desarrollo local, responsabilidad social empresaria, etc.) que exaltan los beneficios de la acción colectiva territorial y la autorresolución y sus vínculos tanto con la reducción de la pobreza, como con la competitividad, la productividad y la integración local exitosa a la dinámica económica global.

Ahora bien, este novedoso y socioespacialmente dispersante escenario regulatorio de la «fase global» como un nuevo cuadro de funcionamiento institucional que potencia las estrategias del capital global y la penetración de sus redes, no debe ser; sin embargo, entendido como un simple acoplamiento de los Estados nacionales —y el complejo territorializado de actores— a las imposiciones de redes globales formadas por actores económicos y la emergencia de un «estado transnacional» (Robinson, 2003). Los Estados, en el sentido weberiano del término, aun hoy constituyen una pieza esencial en la comprensión del rompecabezas global y sus interacciones con las dinámicas nacionales. En ese rescate, sin embargo, es imperioso diferenciar Estados centrales y periféricos, y analizar sus relaciones con las ETs que lideran las REG y los OI que nodalizan las RPG.

Por un lado, los Estados centrales operan, en distintos grados y en función de sus intereses domésticos —que incluye su cercanía a los posicionamientos hegemónicos—, en una retroalimentaria vinculación con las ETs (productivas y financieras), cuyas bases operativas de control de los encadenamientos globales se encuentra aun al interior de su territorio. Por otro lado, actúan como actores con intereses directos en la configuración de los organismos supranacionales para el desarrollo de sus contenidos y operatorias, como lo muestran bajo distintas lentes analíticas los abordajes sobre el papel de los Estados nacionales en el escenario europeo (Moravcsik, 1993; 1994) y el reforzado control de EE.UU. sobre instituciones insignias, como el BM (Toussaint, 2014; Rich, 1994) y el BID (Babb, 2009). Se destacan en este último caso no solo aquellos aspectos que hacen al control formal sino —y muy relevantemente— sus mecanismos o canales de incidencia informales (Bland y Kilby, 2012). Ligado a ello, un cuerpo no menor de trabajos científicos ha registrado cómo, a través de dicho control, EE.UU. ha utilizado los organismos claves de financiamiento global, como el FMI (Tracker, 1999; Andersen *et al.*, 2006) y el BM (Dreher *et al.*, 2009, 2010; Kilby, 2009) para favorecer aquellos países que le acom-

pañan en sus estrategias geopolíticas desplegadas a través de las distintas instancias de Naciones Unidas.

Esa dominante presencia de los Estados centrales, en particular de EE.UU. en la dirección de estos organismos, no debe ser leída como la incidencia de una instancia estatal que expresa los intereses de una sociedad nacional en su conjunto (Krasner, 1978), sino el encaramamiento en esas instancias supranacionales, dotadas de fuerte poder regulatorio global, de actores que guardan una estrecha conectividad con todo el complejo de intereses del capital global y expresan la clase transnacional (Scherrer, 2001). En tal sentido, el propio EE.UU. ha sido un oficiador de la muy selectiva presencia de esos actores en la dirección de esos OS, pues como bien ha sido destacado, esa dirección está en manos de expertos corporativos y financieros, no por los votantes de ingreso medio del mundo; por la Tesorería de los Estados Unidos y Wall Street, no por los consumidores de ingresos medios; por los Ministros de Finanzas y Directores de los Bancos Centrales, no por los Ministros de Salud, Trabajo y Asuntos Sociales.¹⁴ Ha sido a través de este complejo de actores que EE.UU. ha incidido claramente en la capacidad de configurar los *staff* burocráticos de estos organismos y desarrollar las improntas analíticas a partir de dispositivos académicos, predominantemente en manos de economistas, que favorecen la apertura de las cuentas de capital, las privatizaciones y el desmantelamiento de aquellos procesos de regulación intranacional que refrenan la penetración de las fracciones de capital que representan sus empresas (Birdsall, 2003).

Ahora bien, no obstante todo lo indicado, la lectura de la implicación de los Estados centrales y su conectividad con los intereses de las fracciones globalizadas/transnacionalizadas del capital no constituyen un camino unidireccional, desde Estados centrales dominantes conformando y controlando indisputadamente los OFI y fijando unilateralmente sus contenidos. A lo largo del tiempo, el complejo organizacional, incluyendo las instituciones de *Bretton Woods*, ha pasado a formar parte de un multidireccionado proceso signado por: *a*) las disputas de actores y Estados que buscan su democratización; y *b*) el desarrollo de las especificidades intraorganizacionales que dan a esas organizaciones cierta autonomía frente a los Estados centrales.

a) En lo que refiere al primer aspecto, no han estado ausentes las demandas por un proceso democratizador, capa de aumentar el involucramiento de los países más vulnerables en el propio gobierno de estas instancias organizacionales, mostrándose incluso diferencias en efectividad en los que logran una gobernanza más democrática (como el BID) respecto de los que no lo reflejan (BM, FMI) (Birdsall, 2003). En tal contexto han crecido las acciones y reclamos democratizadores concretos provenientes desde los grandes países (BRICs) que han bregado por una participación más ecuánime en la dirección y control de los *staff*.¹⁵

b) En lo que refiere al segundo aspecto, estas organizaciones no se forman y actúan simplemente como mandatarias y facilitantes de las preferencias de los Es-

14. Argumento afirmado, a su vez, en expresiones del nobel Joseph Stiglitz.

15. La acción y peso de EE.UU. en la generación de los relevos ha quedado reflejada claramente en la designación en 2012 del director del Banco Mundial: <http://www.reuters.com/article/us-world-bank-geithner-idUSBRE82S1F320120329>

tados nacionales que configuran las RPG. Por el contrario, en el extenso y complejo reescalamiento hacia arriba operado en la fase de capitalismo global (Brenner, 2003), han logrado conformar una lógica organizacional y operativa que trasciende la de los Estados nacionales, a partir de la conformación de su propia impronta burocrática, su propia gestación de mecanismos interventivos y modalidades de acción con los actores sociales, como sus singulares y autóctonos contenidos argumentales (Barnett y Finnemore, 1999). Crecientemente entrelazados, los organismos supranacionales logran operar como creadores de un «conocimiento social» (Barnett y Finnemore, 1999) que pasa a formar parte esencial de la dimensión consensual con la que se construye globalmente la hegemonía (Cox, 1981, 1983, 1987; Gill y Law, 1989) materializada a través de las RPG. A través de esa dimensión y la capacidad de perforación multiescalar de esas redes se procura, por una parte, ganar las adhesiones que requiere —y disolver las conflictividades que amenazan— la expansión de las fracciones globales del capital y sus REG y, por otra parte, viabilizar los intereses geopolíticos y geoeconómicos de los propios Estados centrales, respecto de los cuáles, por lo dicho, no solo no pierden nunca una vinculación, sino que encuentran siempre una acción de celoso monitoreo.

Por su parte, tanto las instancias supranacionales y los Estados centrales desde su compleja y multidireccional relación desarrollan su intervención en la periferia operando —no sobre, sino— a través de sus Estados. Para ello se pone en acción un complejo y múltiplemente disputado juego de intereses, acciones y arreglos multiescalares por medio de los cuales los actores económicos y políticos transnacionales procuran penetrar y capturar las dinámicas/lógicas territoriales, con la propagación de ese complejo de prácticas, y en algunos casos encuentran adaptabilidad pero también, como iremos viendo, diversas y cambiantes estrategias de resistencias por parte de esos Estados.

Precisamente, con referencia a este último señalamiento, es importante entender que la forma como se construyen e interaccionan las lógicas de flujos de capital y las lógicas «territoriales» y sus diferentes operatorias espacio-temporales y, en tal contexto, la modalidad en que los actores de la «lógica territorial» despliegan sus diferenciadas y cambiantes modalidades de vinculación —de acoplamiento o de respuesta autónoma— a las estrategias involucradas en esas redes de flujos, se constituye en un aspecto determinante para identificar, en el marco de las «variaciones temporales del capitalismo» y sus fases, las distintas (variadas) formas de respuestas desde el SG a las RPyEG que dominan entrelazadamente la actual fase global del capitalismo.

Para ahondar en ello, se requiere abordar, en el marco de la variedad pretérita (centro-periferia), dos aspectos adelantados anteriormente que enriquecen y dan continuidad a nuestro análisis sobre las variaciones —como forma dinámica de entender las variedades— y su vinculación a la lógica contradictoria del capitalismo. Primeramente, las variaciones históricas (temporales) de la lógica que vincula a los centros y las periferias y, en segundo lugar, las variaciones en las respuestas nacionales y macrorregionales que emergen al interior de esas variaciones históricas, y establecen desde su especificidad relaciones diferenciales con las REyPG y los actores que le comandan. En otros términos, debemos avanzar en la comprensión de las variaciones *de* la periferia —con relación a los cambios de fases en el

centro—y las variaciones *en* (es decir, al interior de) la periferia, lo cual reintroduce no solo el problema del cambio en el análisis de la variedad capitalista, sino también el alcance —estructural— del mismo.

4. Variaciones *de* la periferia en las variaciones temporales del capitalismo

Como indicamos en el capítulo anterior, la TSM aporta una perspectiva sistémica y holística que es necesario recuperar tanto para extraer categorías estratégicas del análisis de la globalización (como las CVG) del «laberinto» de los dispositivos neoliberales y resituar el análisis de las redes dentro del escenario disputado de intereses, clases y lógicas conflictuales que guían la asimétrica reproducción del capitalismo. También contribuye a la necesidad destacada en este capítulo de abordar las variedades de capitalismo más allá de las propensiones de un nacionalismo metodológico reificador, que coloca a naciones y su Estado-nación como instancias autosuficientes, para comprender desde sus dinámicas internas los comportamientos globales (Medeiros, 2010; Peck *et al.*, 2007).

Ese marco, bajo la relectura de la forma contradictoria del capitalismo, que guía su reproducción (crisis y cambios), resulta pertinente para insertar la tercera y esencial forma de contradicción, aquella que se da entre determinados centros que comandan las funciones estratégicas de las redes de mercancías y las periferias a las que aquellos centros logran, desde su posicionamiento, capturar bajo subordinación y funcionalización o extracción de sus excedentes. Como se indicó anteriormente, más allá de sus especificidades y diferencias originarias, el enfoque de la TSM y las aportaciones dependentistas y estructuralistas latinoamericanas convergen en aportar una perspectiva holística del funcionamiento contradictorio y desigualador del capitalismo, que contiene como sustrato analítico innegociable una comprensión del poder. Más allá de las formas creativas y coproductivas que se le pueda reconocer a ese poder, dicha perspectiva resalta las formas de dominación y hegemonía (Peet, 2007) de diferentes actores —y actividades— sobre otros en el marco de una estructura que contiene una dada trayectoria histórica y un determinado emplazamiento espacial.

Dicha estructura cimienta un soporte bajo el que se edifican y desarrollan las cadenas/redes y en las que se establecen relaciones sociales de producción e intercambio basados en las diferenciadas capacidades de generar y capturar valor de los actores y espacios centrales sobre otros que se ubican —y funcionan— como semi-periferias y periferias, conformando en todos los casos un complejo entrelazamiento institucional en el que se vinculan lo supranacional con los escenarios nacionales y regionales que atraviesan las redes. En tal sentido, la estructura —centro/semi-periferia/periferia— opera como un marco operativo para —y al tiempo es configurada a partir de— un cuadro relacional de agentes e instituciones (Jessop, 2001) históricamente situados que desarrollan sus estrategias y despliegan sus acciones bajo «contextos históricos cambiantes», procurando fortalecer sus posicionamientos bajo ese escenario estructural, pero también, operando bajo las condicionalidades de escenarios estructurales que les sirven como referencia. Ante los cambios contextuales, los actores reformulan estrategias y remodelan constantemente las estructuras a partir de nuevas formas de acción y reproducción y el desarrollo de nuevos ejercicios insti-

tucionales. Sin embargo, como vimos en el Capítulo I, ello ha tenido lugar bajo un mantenimiento de las jerarquías con escasa alteración de la estructura sistémica (Arrighi y Drangel, 1986; Babones, 2005).

Esta configuración desigual y jerarquizadora de las estructuras históricamente construidas, no son neutrales al rodar las acciones y juegos estratégicos de los actores, sino que sirven como referencia y favorecen o potencian determinados actores, espacios y dinámicas temporales-espaciales. Como expresa Jessop:

Las estructuras son, de esta manera, tratadas analíticamente como estratégicas en su forma, contenido y funcionamiento, y las acciones, de ese modo, se tratan analíticamente como estructuradas, más o menos sensibles al contexto, y estructurantes. La aplicación de este enfoque implica el examen de cómo una estructura dada puede privilegiar algunos actores, algunas identidades, algunas estrategias, algunos horizontes espaciales y temporales, algunas acciones sobre otras; y las formas, en su caso, en el que los actores (individuales y/o colectivos) tienen en cuenta este diferencial privilegio a través del análisis «contextual-estratégico» cuando eligen un curso de acción [2001: 1223].

Con esa estructura desigualante e históricamente conformada —a partir de las especificidades nacionales y sus interconexiones globales (Furtado, 1979, 2000)— y su dialéctica conformación con la acción estratégica de los agentes, la dinámica contradictoria que acompaña a estos últimos y a esas acciones, como resultado de su diferenciado y desigual posicionamiento, se traduce en un hecho: la recaptura de excedentes o el establecimiento de autonomías por parte del complejo de «agentes» (actores capitalistas, fuerza de trabajo, organizaciones sociales, estado, etc.) y espacios periféricos se hace a expensas de la pérdida o debilitamiento de las posiciones dominantes —y hegemónicas— de aquellos espacios —y sus actores— localizados en los centros. En dicho marco:

[...] la capacidad de los centros capitalistas y sus Estados para explotar recursos y mano de obra periféricos ha sido un factor principal en la decisión de los ganadores de la competencia entre los contendientes centrales. Y la resistencia a la explotación y la dominación montada por los pueblos periféricos han jugado un papel importante en la configuración del desarrollo histórico de los órdenes mundiales. Así, la historia del mundo no puede entenderse adecuadamente sin la atención en la jerarquía de centro/periferia [Chase-Dunn y Gills, 2003: 8-9].

Ahora bien, en tanto los contextos de esa dialéctica de estructura y agentes, así como las estrategias centro-periferias y su dinámica contradictoria son cambiantes, los escenarios periféricos y sus actores han ido reelaborando formas de acción que actúan especificadoramente sobre los elementos que sostienen la estructura sistémica global, aunque, insistimos, sin alterar sustantivamente la misma. Los «contextos cambiantes» han venido demarcados precisamente por las crisis y nuevas fases del capitalismo, que son conducidas desde el «centro», lo que impone el desarrollo de instrumentos y acciones estratégicas diferenciadas, acorde se imponen las transformaciones y se conforman las nuevas fases y sus lógicas dominantes.

Si se observa a través de las fases —de los centros— que consideramos anteriormente, y se analiza a través de las acciones estratégicas emprendidas ante los «cambios contextuales» por los «agentes» ubicados a uno y otro lado de la dialéctica centro/periferia, esta última ha desplegado tres formas de inserción:

a) La primera de las formas de acción e inserción estratégica ha estado vinculada al plegamiento subordinado de la periferia a la requisitoria de provisión de materias primas asignadas desde el «centro» durante la fase capitalismo competitivo en los centros y sus darwinianos procesos de industrialización consolidados hacia finales del siglo XIX y bajo el dominio hegemónico de Inglaterra (Pinto, 1969; Myint, 1972).

Se trató, por lo tanto, de un proceso de plegamiento de la periferia a la dinámica industrializadora de los centros. Si bien ello no excluía la industrialización de esa periferia (Williamson, 2010), la colocaba subordinadamente respecto de aquella requisitoria, apuntalada a partir de los intereses de oligarquías nativas que dieron soporte coalicional y direccionamiento a Estados estructuralmente débiles, facilitadores de un proceso de integración subordinado. La forma como se conformaba y reproducía la dependencia de la periferia y su subdesarrollo por extracción de excedentes desde el centro, encontró explicación a partir de los desarrollos de Prebisch y Singer, en la desigualdad de los términos de intercambios iniciada hacia finales del siglo XIX y profundizada a lo largo de las primeras tres décadas del siglo XX, con un origen —estructural— en el asimétrico control de los frutos de progreso técnico (Prebisch, 1986, 1962). El plegamiento de las elites económicas locales a dicho proceso de inserción internacional, abonó las limitaciones para conformar, tal como sucedía en los centros, una estructura productiva más diversificada con homogeneización de las productividades sectoriales y universalización en los patrones de consumo, favoreciendo finalmente una estructura social y productiva heterogénea y dualizada (Prebisch, 1986, 1962; Pinto, 1969).

b) La segunda de las formas, que podemos denominar de autonomización relativa o autonomización revertida, se fue gestando a partir del proceso de crisis del capitalismo competitivo y las restricciones aislacionistas que fueron teniendo lugar con la consolidación de la fase monopólica del capitalismo.

Primeramente las restricciones importadoras de los países centrales a partir del período de entre-guerra y particularmente a partir de la crisis del treinta, crearon las condiciones para una acción de autoabastecimiento industrializador por vías sustitutivas. La dinámica de acumulación industriosa y de redistribución negociada con fuerte impronta intranacional que se desplegó al interior de los espacios nacionales con los regímenes de acumulación y sus formas regulatorias en el centro profundizó ese proceso, alentando a muchos Estados de la periferia a reforzar autónomamente su proceso industrializador bajo una estrategia protectora y autonómica contra-direccional a la que se había erigido bajo la anterior fase.

Iniciada, como antes indicamos, antes de la crisis de los años treinta, pero claramente acelerada y consolidada luego de los acuerdos del Bretton Woods con la solidificación de la fase de capitalismo monopólico en los centros, esa industrialización en la periferia no representó un intento de aislacionismo respecto de los centros, sino una redefinición en el patrón de inserción internacional (Ocampo y Ros, 2001). Esa redefinición tuvo origen en la necesidad de revertir los obstáculos a la continuidad del proceso de acumulación presentado por las formas de articulación con los centros forjadas bajo el capitalismo competitivo y actuar ante las propias limitaciones presentadas por los países centrales. En términos generales, no obstante el intento a través de estrategias industrializadoras con creciente implicación estatal, no logró introducir alteraciones estructurales a la dialéctica centro-periferia, sino que, como se indicó acertadamente para el escenario latinoamericano, durante esta vin-

culación a la fase del capitalismo monopólico, el proceso industrializador emprendido en la periferia «si bien cambia la dinámica de la relación no se modifican las causas esenciales de la subordinación periférica» (Di Filippo y Jadue, 1976).

La experiencia latinoamericana dio cuenta que esa autonomización se vio permanente amenazada y finalmente desbaratada por la penetración del capital transnacional, procurando inversiones selectivas que intentaban ocupar los segmentos de consumo de altos ingresos en el mercado interno localizados selectivamente en los grandes centros urbanos que sirvieron antes como complejos exportadores. La presión por montarse sobre los cuellos de botellas de la ISI a partir de una lógica de «desnacionalización y sucursalización» (Sunkel, 1970) alentó la implantación de una matriz tecnológica exógena, escasos enlaces con los actores locales y su direccionamiento a mercados de consumo de sectores de altos ingresos, todo lo cual reforzó antes que alterar la heterogeneidad y dualización social, productiva y espacial (Pinto, 1970; Fajnzylber, 1976; Sunkel, 1970, 1978; Kerner, 2003).

Lo que comenzó siendo una «industrialización forzada» por las circunstancias históricas internacionales, al culminar la fase hacia finales de los años sesenta terminó siendo una industrialización dependiente, carente de autonomía y capacidad de dinamizar el proceso de acumulación a partir de una base científica y tecnológica local. Ello dio fragilidad a la inserción externa, limitó la regeneración de empleo productivo para la mayoría de la población y profundizó la subalternidad periférica al actuar como un canal constante de apropiación de valor por los centros (Astori, 1980).

Fuera del contexto latinoamericano, y en línea con ello, los estudios del papel del capital externo —en la forma de IED— realizados más genéricamente sobre los «países en desarrollo», dieron igualmente cuenta de sus efectos negativos en la capacidad de fortalecer el proceso de acumulación y revertir el cuadro histórico de desigualdades (Dixon y Boswell 1996a, 1996b) históricamente montado por una inserción primario exportadora.

No obstante, si bien el resultado desde lo estructural ha sido el reforzamiento antes que la alteración de la lógica dependentista, como mejor veremos luego, esta forma de inserción de la periferia bajo la consolidación del capitalismo monopólico en el centro, configuró al interior de las mismas un proceso de transformaciones sociales, institucionales y económicas, dominadas por las particularidades nacionales y regionales que, como analizaremos oportunamente, se volverán neurálgicas para evaluar la más reciente —y divergente— etapa de inserción de la periferia bajo la última de las fases: la fase del capitalismo global.

c) La inserción de la periferia bajo la fase global del capitalismo, a partir de la dialéctica de sus agentes (actores) con la estructura y redes de acción controladas desde el centro, se caracterizó por dos procesos complejos y concomitantes que han guiado la última «variación» (capitalista) en la relación centro-periferia y su lógica contradictoria. El primer y más genérico proceso ha estado signado por el reintento desde el centro por obtener —a partir de la acción articulada de las REyPG— un nuevo plegamiento subordinado de la periferia a los requerimientos del capital global en su renovada forma de acumulación financiarizada y en su hegemónico arquitectura regulatoria-institucional supranacional. El segundo proceso se relaciona con las divergentes formas de inserción/respuesta a ese nuevo plegamiento, producto bien de la capacidad de conformar centros autónomos de respuestas o bien de la dominante propensión a un acoplamiento selectivo y subordinado.

4.1. Variación de la periferia en la fase global del capitalismo

Ahora bien, para dar cuenta con mayor precisión de estos dos procesos, es necesario previamente retomar los aspectos contenidos en el examen de la lógica de REyPG y su cambio para actuar superadoramente sobre la crisis del capitalismo, la forma cómo ambas operan especificadoramente en esta fase del capitalismo global en la periferia y su reproducción.

Como indicamos, el salto cualitativo de mayor significación en la fase del capitalismo global ha sido la capacidad de conformar una lógica reproductiva que le permite a las fracciones concentradas del capital (ETs) externalizarse respecto de los escenarios de acuerdos nacionales (Ross y Trachte, 1990; Fernández, 2001) a partir de constituir esas REyPG que penetran esos escenarios y los reconfiguran (Sassen, 2005) alterando sustantivamente las formas características de configuración y resolución de conflictos económicos y sociales empleadas durante la fase anterior del capitalismo (Fernández, 2001). Precisamente, durante el dominio del capitalismo monopolista y las modalidades fordistas de posguerra, la forma como el capital trasnacional operaba en la periferia se sustentaba en la formación desnacionalizadora de filiales —con tecnologías obsoletas para el centro— y el desarrollo de procesos productivos y pautas de realización orientados a mercados internos hiper-concentrados a nivel de los ingresos y del espacio. Junto a la crisis de sobreaumulación que estranguló esa variedad temporal de capitalismo emergió la necesidad de alterar esas formas. El impulso y capitalización de la revolución tecnológica ofreció para ello una excluyente potencialidad a las fracciones monopólicas del capital de externalizarse respecto de los «condicionamientos nacionales» crecidos al compás de las restricciones del entorno keynesiano de posguerra, y desplegar desde una posición ofensiva una «lógica de flujos» que descompone espacialmente los procesos de producción y realización, penetrando selectivamente ciertos espacios nacionales —y regionales— para readaptarles y reconfigurarles de acuerdo a los requerimientos de esa lógica —de flujos— (Jessop, 2006, 2013c) independientemente de las condiciones internas de legitimación (Hirsch, 1995).

Bajo esa nueva dinámica, la lógica reproductiva de la fracción globalizada/trasnacional de capital (ETs) desplaza la prioridad de desarrollar integralmente los procesos productivos bajo modalidades verticalmente integradas dentro de un espacio —nacional— «colonizado», es decir de replicar integralmente un producto dentro de una frontera nacional (Dunning, 1988; Levy, 2005; Dicken, 2011; Baldwin, 2011). En su lugar fue imponiendo una creciente «subcontratación externa» que descompone funcional y espacialmente las actividades, a la vez que las integra y coordina en diferentes cadenas globales con razonable centralización y formas variables de gobierno acorde a la especificidad de las actividades (Gereffi *et al.*, 2005). Como vimos también en el Capítulo II, el resultado global a que conducen estos cambios consiste en estrategias y acciones desarrolladas sobre REG que operan a partir de una multiplicidad de CVG crecientemente financiarizadas que procuran la integración segmentada de actores y espacios subalternos (soluciones espaciales), preservando el control de las funciones estratégicas que aseguran el gobierno de dichas redes (Fernández, 2013).

Controladas estratégicamente por ETs, las lógicas de flujo sobre la que se expanden selectivamente las REG han requerido una redefinición en el patrón regula-

tivo —centrado nacionalmente— de la fase monopólica del capitalismo. La redefinición se ha materializado a partir de RPG, controladas por OI que actúan bajo la lógica del financiamiento y la capacitación, la imposición y la producción del consenso, es decir, sobre formas combinadas de dominación coactiva y consensualidad hegemónica (Robinson, 2005; Gill, 2008).

En la configuración de la nueva fase reproductiva del capitalismo, las acciones estratégicas de los actores que se implican en ambas dimensiones —políticas y económicas— de las redes globales operan simultánea y entretendidamente, configurando espacios de dominio —y disputa. Como indica Levy, «...se trata simultáneamente de un fenómeno económico y político [...] en el cual los actores luchan por la construcción de las relaciones económicas, las estructuras de gobernanza, reglas y normas institucionales y marcos discursivos...», y agrega oportunamente, «...las redes globales de producción así existen dentro del “espacio transnacional” que es constituido y estructurado por élites, instituciones e ideologías transnacionales» (2008: 3-4).

Sin embargo, y por lo ya analizado, el desarrollo de este transnacionalizado y disputado proceso no puede leerse como emergente unidireccionalizado, carente de mediaciones estatales, así como tampoco como dinámicas absolutamente verticales. En primer lugar, como indicamos oportunamente antes de analizar la especificidad de esta fase, tanto las REG como las RPG, y las ETs y los OI que respectivamente las comandan, contienen una relación compleja, sinérgica y con distintos grados y formas de autonomía relativa con los Estados nacionales centrales. En segundo lugar, las RPG y las instancias que las nodalizan y direccionan construyen contenidos simbólicos y materiales a partir de un complejo proceso de conectividades constituidas por entrecruzadas formas de aprendizaje, enseñanza, formas de entrenamiento y modalidades de acción y organización germinadas en forma multilocalizada (muchas veces en instancias organizacionales de la periferia), para viajar multidireccionalmente e integrarse como parte de las cambiantes, diversificadas y siempre readaptadas estrategias y políticas (Peck, 2011).

Todo ello, no obstante, no desplaza sino que recrea y potencia una modalidad de funcionamiento jerarquizadora que afecta de modo subordinante a la periferia al formar parte de dispositivos que combinan el acoplamiento a procesos fragmentarios y horizontalizados de competencia y cooperación de los actores sujetos a la lógica territorial que son invitados a incorporarse —seleccionadamente— a las redes de flujos que tienen sobre sus respectivas redes. La forma en que esa integración jerárquica es promovida, tiene como precondition la capacidad de comando y dirección de las ETs y los OI sobre las REyPG, y la situación diferencial de los Estados centrales y periféricos en la constitución *de* y el relacionamiento *con* dichas redes. En el primer caso (ETs), a partir del control de las funciones estratégicas y de más alta valorización, y en el segundo (OI) a partir del peso que otorga la capacidad de brindar financiamiento, de imponer regulaciones normativas, así como de generar, captar y adecuar los contenidos conceptuales y operativos sobre los que se inspiran los programas internacionales de desarrollo, combinando para ello, como se indicó, disciplinamiento y consensualidad de los actores que pasan a integrar dichas redes e interactuar estratégicamente con sus flujos.

En la conformación de esta compleja estructuración jerárquica, una corriente de investigación teórica y empírica reciente ha avanzado probatoriamente en confirmar, como fue adelantado, la progresiva formación de una clase transnacional

(Sklair, 2001; Robinson y Harris, 2000), que difunde las lógicas de integración subordinada a ambas redes como alternativas no solo de subsistencia sino de progreso de los actores nacional y regionalmente encapsulados en la lógica territorial. En la formación de esa clase transnacional ha operado una élite empresarial transnacional, crecientemente interconectada (Carroll, 2009, 2010; Burris y Staples, 2012) y una multiplicidad de agentes, actores e instituciones que integran una «comunidad de interpretación y acción» desde las que, en ese plano estructural, se procura imponer, facilitar y difundir las nuevas condiciones de reproducción y regulación del capital global (Chase-Dunn 1998; Sklair, 2001). Para ello, la coerción, el aprendizaje y la emulación emergen como las formas de difusión y transferencia de contenidos y acciones (Simmons *et al.*, 2006).

Por lo ya analizado, el papel de los Estados centrales, particularmente del hegemónico, no solo no resulta diluido y subalternizado a la presencia de un «estado transnacional», como algunos sostienen (Robinson, 2007b), sino que su redefinida pero permanente presencia es esencial en la propia edificación de las prácticas e intereses que aúnan a esa «comunidad transnacional de interpretación y acción». Esta se desarrolla por lo tanto conviviendo con un sistema interestatal históricamente desarrollado a lo largo de la historia del capitalismo (Arrighi, 1994), así como con la perseverante presencia de EE.UU. como unidad hegemónica. La intervención de esos Estados centrales resulta esencial en la viabilización, por un lado, de las reconstituidas y reexpansivas estrategias de las fracciones globales del capital, a partir del soporte infraestructural y operativo a las ETs cuyas cabezas matrices se emplazan en su respectivas bases territoriales, a la vez que aportan decisivamente en la conformación —y control— de la arquitectura institucional de la gobernanza global, sobre la que descansan los procesos coercitivos y consensuales a través de las que se expanden esas fracciones.

Ahora bien, desde el punto de vista de la relación centro-periférica, el emergente «bloque histórico transnacional» (Gill, 2008)¹⁶ y su control sobre las redes y sus subordinantes lógicas de flujos no altera —desde la multipolaridad— esa relación, sino que, en todo caso, la reafirma y reproduce como resultado del selectivo asentamiento de las casas matrices y centros organizativos de los actores de ese bloque transnacional en los espacios nacionales —y subnacionales/urbanos— del centro (Carroll,

16. Dicho bloque histórico transnacional, según el propio Gill «...comprende no solo capital transnacional sino también “elementos de los aparatos estatales del G-7” y organizaciones internacionales clave como el Banco de Pagos Internacionales, el Fondo Monetario Internacional (FMI), y la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), aunque podríamos sumar muchas otras organizaciones». En términos de Robinson «este aparato transnacional es una red emergente que comprende Estados nacionales transformados y externamente integrados, junto con foros económicos y políticos supranacionales; esto no ha adquirido aún una forma institucional centralizada. Los foros económicos incluyen al Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio (OMC), los bancos regionales, y demás. Los foros políticos incluyen el Grupo de los 7 y el recientemente formado Grupo de los 22, entre otros, así como el sistema de las Naciones Unidas, la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), la Unión Europea, la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa, y demás. La clase capitalista transnacional ha directamente instrumentado este aparato estatal transnacional, ejerciendo una forma de poder estatal transnacional a través de la configuración multicapa de la estado transnacional. Es a través de estas instituciones globales que la TCC han estado intentando forjar un nuevo bloque capitalista hegemónico global» (Robinson; Harris, 2000, *Towards A Global Ruling Class? Globalization and the Transnational Capitalist Class*).

2012). En línea con la información brindada en el Capítulo I y con la hipótesis premonitoria sobre el reforzamiento de las relaciones desiguales formulada por Hamer a inicios de los setenta al considerar la transformación de las ETs, Carrol concluye con su indagación sobre la formación de la clase trasnacional señalando que,

En efecto, existe una red corporativa trasnacional, pero es mayoritariamente una configuración euro-norteamericana, subrayando la influencia perdurable de una clase dirigente del Atlántico Norte, que ha estado mucho tiempo en el centro del poder corporativo global (Van der Pijl, 1984). [...] La configuración trasnacional es una jerarquía en red constituida a través de la participación selectiva de empresas y directores, y de las ciudades y los países que ellos llaman hogar. Un relativamente pequeño círculo interior de hombres, principalmente europeos y norteamericanos constituyen la red; un número relativamente pequeño de países anfitriones la mayoría de las empresas conectadas, y dentro de esos países algunas ciudades predominan como centros de comando para el poder corporativo global. El capital corporativo basado en el Sur global ha hecho incursiones en esta clase de configuración dominada por el Norte, pero el creciente número de grandes corporaciones con base en el Sur están solo tentativamente vinculadas dentro de la red de élite de las corporaciones conectadas [2012: 368].

Por lo tanto, es desde esos escenarios centrales que, como observamos desde el Capítulo II, las redes penetran los espacios nacionales —periféricos— y los configuran en una relación dialéctica (Sassen, 2007), procurando ampliar la base operativa de los procesos de acumulación y adhiriendo a nuevos actores institucionales y culturales que difunden la perspectiva hegemónica. Es decir, difunden una perspectiva que, presentada y asumida como generalmente beneficiosa, representa selectivamente un fortalecimiento estructural —pero dinámico— de las fracciones globales del capital (Cox, 1996a, 1996b) y sus lógicas de flujos crecientemente financiarizados. El mantenimiento del gobierno de las redes por parte de ese «bloque trasnacional» a partir de la ocupación de los nodos decisionales estratégicos de esas redes, y el activo y sinérgico rol de los Estados centrales en el apuntalamiento de los mismos, representa —bajo la nueva dinámica y el nuevo escenario que se ha venido considerando— una renovada variación *de* la periferia capitalista *dentro* de una hegemónica estrategia económica, institucional y cultural de plegamiento al proyecto dominante del capital trasnacional y sus patrones de creciente y financiarizada mercantilización. Esa estrategia comprende precisamente la inmunización contra —y la desactivación de— las acciones contraestratégicas tendientes a revertir orgánicamente las formas de integración y reproducción impulsadas por las fracciones globales del capital. Su concreción, entre otros aspectos esenciales, ha sido posible a través de la captura y adecuaciones de las organizaciones estatales de la periferia al circuito conceptual y de prácticas impulsado desde las RPG, así como la inoculación de sus dispositivos teóricos y el reclutamiento —y adiestramiento conceptual y operativo— de elites intelectuales de la periferia (Cox, 1996b; Ünay, 2010).

Ahora bien, ese plegamiento de la periferia al centro —operada en la variación de la última fase del capitalismo global— ha tomado lugar, sucesivamente, a través de dos formas fundamentales, inscriptas en las estrategias de desmantelamiento y de reconstrucción neoliberal de las instituciones regulatorias (Peck y Tickell, 2002):

a) Por un lado, a través de una lógica de *desmantelamiento* (reducción), inspirada en el Consenso de Washington (CW) durante los años noventa (Williamson, 1990), donde el complejo trasnacional de actores económicos e institucionales actuaron articuladamente, bajo las modalidades señaladas, para remover las condiciones de intervención que fundaron el proceso de relativa autonomización e industrialización en la periferia, y crearon las condiciones de expansión espacial de los excedentes sobrecumulados y resolución de las contradicciones del capital concentrado, nacionalmente acorralado. Un extenso proceso de «acumulación por desposesión» (Harvey, 2003) más o menos violento, más o menos consensuado por la dominante hegemonía neoliberal, que impuso ideológica y operativamente los «mecanismos autorreguladores del mercado», viabilizó un reposicionamiento de las fracciones globales del capital en la periferia para dar emplazamiento espacial a su capital sobrecumulado que, al mismo tiempo, asumió a través de innumerables procesos de desregulación y privatización y bajo mecanismos crecientemente financiarizados, posiciones estratégicas en el control de actividades de producción y comercialización (Stiglitz, 1998).

b) Los efectos destructivos y desigualadores en lo productivo, social y espacial, sumados a un más que modesto *performance* de crecimiento (Ocampo, 2005) que trajo aparejado esa etapa del CW, así como las crisis (primero la asiática en 1997 y más recientemente la de 2008 en EE.UU.) que acompañaron la expansión de la ideología del mercado autorregulado, ayudaron a configurar una segunda forma de plegamiento periférico al centro. Esta ha estado fundada ya no en desmantelar, sino en construir nuevos dispositivos organizacionales y formas de funcionamiento productivo, espacial y social que amplían y recrean las formas neoliberales de mercantilización, y a través de ellas el poder concentrado y trasnacionalizador del capital global. Para ello se ha ido sedimentando una híbrida ideología, hábil para ligar el «asociativismo productivista y pro-innovador» con la «competencia mercantilizadora» que demanda productividad y eficiencia. Asociatividad, competitividad y eficiencia productiva emergieron como partes de un mismo relato humanista, sensible a los objetivos de revertir la pobreza y el aislamiento industrial y rural de pequeños actores capitalistas excluidos o debilitados (Fernández y Cardozo, 2012).

El nuevo plegamiento de las formas de acumulación periféricas luego de las formas de «acumulación por desposesión» aparece como un recreado patrón neoliberal sustentado en reasociar formas de microkeyneasyanismo y shumpeterianismo con los beneficios «smithianos» de la acción expansiva del mercado (Sheppard y Leitner, 2010). En todos los casos, y bajo sus diversas variantes, los OI que dirigen y controlan las RPG difunden hegemonicamente un camino de «integración productivo e industrial colectivamente beneficioso», que desafía a los actores de la periferia a mejorar colectivamente las condiciones sociales y productivas de la mercantilización para lograr la inserción a las REG (CVG) (OCDE, 2013).

En este nuevo escenario de plegamiento de la periferia al centro bajo el «post CW», emergen conceptos claves como el de CVG, posicionado(s), como vimos en el Capítulo II, como dispositivo(s) neoliberales que disuelve(n) la noción de poder como dominación y transforman a este en una forma de «coproducción colectiva», sin fricciones, sin conflictos, sin dominación (ver Capítulo II). En dicha tarea y bajo esos dispositivos, se inscribe la renovada forma de dominación combinatoria del

disciplinamiento y la consensualidad hegemónica. Es decir, toma lugar la capacidad disciplinante del acceso al financiamiento a través de múltiples programas y las formas promovidas de adecuación —subordinada— a los encadenamientos económicos, junto con aquellas formas basadas en el «convencimiento consensuado», desprendidas de un registro discursivo despolitizante y de supuesta dominancia técnica que pone en diminutivo la conflictividad y las formas contradictorias de reproducción (Swyngedouw, 2014) como condición para argumentar la necesidad de una participación mancomunada, pero localmente fragmentaria, de todos aquellos afectados por el excluyente, subordinante y desigualador poder de las fracciones globalizadas del capital y sus penetrantes lógicas de flujos.

Desde el punto de vista productivo, lejos de la conflictividad y las lógicas colectivas contra-estratégicas y contra-hegemónicas, las referencias impulsadas desde las RPG —y sus organizaciones controlantes— hacia los actores económicos e institucionales de la periferia pasa por el despliegue de acciones —y políticas— «inteligentes» que permiten sumarse «inteligentemente» a las REG (presentadas como CVG). Esta capacidad de sumarse «inteligentemente», ha sido convertida por el relato épico del bloque de poder transnacional que las lidera en condición *sine qua non* para el desarrollo (OCDE, 2013).¹⁷ Complementariamente, en el plano social, la creciente divulgación a través de manuales y seminarios sobre el papel del buen gobierno y el activo involucramiento de la sociedad civil a nivel local y global, lejos de una activación reforzadora del proceso de control social global, ha potenciado un despolitizante y fragmentario (Jaeger, 2007) proceso de legitimación de los actores subalternos y excluidos de esas redes (Fernández y Cardozo, 2012).

Haciendo una apretada síntesis del examen de las variaciones *de* la periferia, se la ha considerado de acuerdo con los cambios que la misma ha ido experimentando a partir de su relación con las diferentes fases y crisis experimentadas por el centro. Al analizar la última fase —la del capitalismo global—, hemos considerado la forma como, lejos de disolverse, se reformula afirmativamente la dinámica centro-periferia a partir de la posición ofensiva del capital global, emergente, como vimos, de la externalización del capital monopólico de las condiciones intranacionales de reproducción dominantes durante la fase de posguerra bajo una situación operativamen-

17. En 2013, en las declaraciones de clausura del lanzamiento de la «Perspectiva Sobre Desarrollo Global» de la OCDE, su Secretario General, Ángel Gurría, señalaba «Como parte de nuestra estrategia de desarrollo, también estamos promoviendo el diálogo sobre políticas y el intercambio de conocimiento entre países sobre las Cadenas de Valor Global (CVGs) y los recursos naturales para el desarrollo. Las Cadenas de Valor Global (CVGs) están abriendo nuevas oportunidades para los países en desarrollo: ellos reducen el costo de importar tanto como de exportar, y profundizan la conectividad con el mercado global. En última instancia, las CVGs pueden ayudar a los países en desarrollo a conectarse con el comercio y el crecimiento de los ingresos. Los países cuyas economías dependen fuertemente de los recursos naturales han sido también beneficiados a partir del aumento de la demanda en las economías en crecimiento. Sin embargo, las economías basadas en recursos corren el riesgo que de rápidamente se agoten los recursos no renovables y queden atrapados en una “maldición de los recursos”. Nuestro trabajo sobre esto ayudará a identificar las opciones para hacer frente a la volatilidad, ampliar la base económica y gravar impuestos eficazmente», para rematar indicando que: «Juntos podemos ayudar a mejorar la política de desarrollo y proporcionar un asesoramiento determinado a los retos específicos de desarrollo a través de políticas industriales inteligentes. Esto se puede hacer sin perder la oportunidad de cambiar hacia economías más fuertes, más limpias y más justas. La OCDE está dispuesta a colaborar con otras instituciones y con personas como usted para que esto suceda» (OCDE, 2013).

te defensiva en la que, no obstante las altas tasas de crecimiento, se hizo insostenible su reproducción hacia finales de los años sesenta. Dicho nuevo posicionamiento representa una renovada capacidad de acción estratégica de ese capital global para reproducir la integración selectiva, subordinada y desigual de los actores «territorialmente encapsulados» a las lógicas de flujos estructuradas a partir de las REyPG. Bajo el dominio de ambas redes y el apuntalamiento estratégico de los Estados centrales, los actores que las nodalizan y comandan (las ETs en el caso de las REG y los OI en las RPG) interpenetran sus lógicas reproductivas —económicas, institucionales y culturales— conformando un «bloque transnacional» de disciplinamiento y hegemonía consensual que recrea la forma de dominación del centro, al tiempo que desliga a los actores transnacionales de la construcción en los espacios periféricos de las condiciones de compatibilidad de los procesos de acumulación y legitimación.

Ahora bien, el desarrollo de esta dinámica no destrona/desactiva la lógica contradictoria centro-periferia y por lo tanto no puede ser leída unilateralmente como un proceso armónico. Ello equivale a señalar dos aspectos esenciales de su construcción:

i) el desarrollo y constitución de las REyPG ha tomado lugar sobre la base de un proceso que, aunque inalterado en la preservación del centro y su dominio, se presenta disputado, conflictivo y complejo. Es decir, lejos ha estado de ser un proceso armónico, unidireccionalmente legible desde el norte; y,

ii) al mismo tiempo, no ha representado un proceso convergente y homogéneo, signado por el fin de la historia, sino heterogéneo y divergente, con respuestas específicas dentro del SG.

En cuanto al primer aspecto, el nuevo escenario regulatorio de la «fase global» del capitalismo, o más bien, el nuevo cuadro de funcionamiento institucional no debe ser entendido como un simple acoplamiento de los Estados-nación a las imposiciones de redes globales formadas por actores económicos en el contexto de la presunta emergencia de un Estado Transnacional (Robinson, 2003), sino como un complejo y múltiplemente disputado juego de intereses, acciones y arreglos escalares, a través de los cuáles también los actores y espacios periféricos —nacionales— desarrollan su papel de agentes con estrategias que tratan de construir su posicionamiento en las REyPG, respondiendo a las mismas o construyendo redes alternativas.

Con referencia al segundo aspecto, las estrategias de los actores periféricos se enmarcan y se condicionan además en estructuras nacionales configuradas históricamente, en el marco de las cuales —o con raíces en el desarrollo de esas formas— emergen diferentes trayectorias, con particulares formas y elementos que fueron conformando, al interior del SG, diferenciadas capacidades para acoplarse a las redes de flujos, o bien para operar alternativamente como un centro de respuesta autónomo. En otras palabras, Estados centrales, REyPG, OI y ETs no operan verticalmente sobre una periferia inerte, que ofrece una misma plataforma de impacto y penetrabilidad. Las acciones y formas de penetración del poder del centro se realizan sobre campos de diferenciada resistencia, variables ductilidades, divergentes condiciones de respuesta en función de la/las forma/s en que los procesos de acumulación y regulación se han conformado históricamente.

Llegados a este punto, estos aspectos nos colocan en el otro punto esencial que cierra el análisis de las variaciones capitalistas, en el que destacamos la necesidad de poner en consideración ya no solo los cambios o variaciones *de* la periferia, sino, antes bien, los cambios *en* (al interior) de la misma. Ello nos conduce al análisis de los procesos, las estructuras y estrategias que parten desde los actores de la periferia, desplegando procesos/dinámicas —nacionales— divergentes, que tiene lugar al interior de la misma y fijan las plataformas históricamente variables de articulación con las REyPG.

5. Variaciones (espaciales) en la periferia en el marco de sus variaciones temporales

Analizar las diferentes «variedades» de capitalismo al *interior* de la periferia, tomando en cuenta las especificidades nacionales y regionales del SG resulta relevante no solo para comprender los fundamentos de los diferentes *performances* desde el punto de vista del desarrollo (Kholi, 2012), sino para apreciar la diferencial capacidad para desarrollar cambios que viabilicen las salidas de los posicionamientos periféricos. Es decir, para conocer cuáles son las «variaciones virtuosas» de las formas capitalistas periféricas e indagar cuáles son sus fundamentos. Identificar esos fundamentos bajo la fase de capitalismo global, permite brindar respuestas sobre las causas actuantes en los diferenciados y divergentes comportamientos que tienen lugar al interior del SG, algo que ha formado parte de nuestros interrogantes centrales, como pudimos apreciar en la Introducción y el Capítulo I.

Como observamos en dicho capítulo, entendiendo el sistema mundo como un todo y al mismo tiempo introducidos dentro de la emergencia del surgimiento del EA en relación comparativa con AL, y acorde a lo que fuimos analizando, dar cuenta de los fundamentos y las condiciones que explican la divergencia —y en buena medida la excepcionalidad— demanda identificar qué elementos y estrategias económicas e institucionales de los agentes que forman parte de las diferentes trayectorias nacionales y macrorregionales configuran la diferencial capacidad de operar bajo las estructuras globales, es decir, de actuar con variable capacidad para alterar el posicionamiento periférico.

Las particulares estrategias y particular configuración de esos elementos (económicos e institucionales), en el marco de una determinada trayectoria histórica, conforma(n) una(s) variable(s) «autonomía(s)» de los agentes posicionados periféricamente que fundamenta su capacidad de respuesta ante el escenario contradictorio que marcan las relaciones centro-periferia y las lógicas territoriales y de flujos. Es decir, conforman la diferencial capacidad de respuesta frente a las estrategias de los actores exógenos que controlan las REyPG en la fase global del capitalismo. Ante ello, y por lo que previamente se ha indicado:

a) los espacios nacionales —y los macrorregionales contruidos sobre ellos— no son subsunciones dentro de las lógicas de flujos de las redes globales, sino campos estratégicos en los que un complejo de actores económicos e institucionales (agentes) cuentan con variables capacidades de elaborar formas —más o menos autónomas, más o menos subalternas— de articulación a las redes;

b) la *capacidad de respuesta* de esos espacios implica, por lo tanto, el divergente —o la variable— autonomía emergente de las distintas trayectorias históricas a partir de las cuales se configuran las modalidades en que tiene lugar el acoplamiento a las redes globales o la construcción de redes alternativas; y c) en tanto la diferencial formación de autonomía explica la —diferencial— capacidad de respuesta, el alcance de esta última da cuenta de la capacidad de cambio dentro de las variaciones capitalistas, enfocándose en aquel(los) cambio(s) que logra(n) expresar alteraciones estructurales por las cuales los espacios nacionales o regionales emergen.

La autonomía que brinda capacidad para desarrollar esos cambios se estructura en: *i*) un conjunto de elementos esenciales y retroalimentarios que refieren directamente a los núcleos de acumulación (NA) y los núcleos de implicación estatal (NIE); y *ii*) cuyas propiedades se han definido diferenciadamente en el SG a partir de las particularidades que presentan las *permisividades externas* y las *viabilidades internas* sobre las cuales se desarrollan las mencionadas trayectorias históricas.

A partir de esos elementos y sus particularidades constitutivas a que dan lugar esas permisividades externas y viabilidades internas se hace posible entonces identificar diferentes variaciones nacionales y macrorregionales *de capitalismo al interior del SG*, variaciones desde las cuales ganan explicación los *performances* diferenciados. Signadas por diferencias sustantivas en su autonomía respecto de las RE-y-PG, esas variaciones se expresan en unos casos como centros de respuesta, que obtienen la capacidad excepcional de operar cambios estructurales/mayores para la salida de la periferia, o bien, más predominantemente, como centros de acoplamiento que, más allá de sus cambios, se afirman en una integración subalterna a dichas redes.

5.1. *Los elementos de la autonomía y las formas/condiciones con las cuales es edificada: un análisis de los núcleos y sus vinculaciones*

Los elementos esenciales y retroalimentarios que conforman las especificidades de las autonomías y capacidades de respuestas nacionales están representados por las calidades adquiridas debido al desarrollo de dos núcleos básicos: el núcleo de acumulación nacional y el núcleo de implicación institucional con epicentro estatal, configurados ambos a partir de un conjunto de elementos diferenciadores. Dichos elementos contienen propiedades que, a efectos analítico/explicativos, pueden desagregarse en forma bipolar, aunque «los grados» en que esas propiedades se hacen presentes, pueden presentar una gran variabilidad de formas históricas de desarrollo, no solo entre las grandes áreas del SG, sino al interior de la mismas, entre los países que las conforman. Como mencionamos, en tanto ambos núcleos operan retro-alimentariamente, las propiedades de cada uno y sus relaciones conllevan implicancias para el otro núcleo y sus propiedades, y la forma como esa relación dialéctica se desenvuelve en determinados procesos históricos y espacios, configura, al interior del SG, las particulares variedades de capitalismo.

El núcleo de acumulación (NA) se configura a partir de tres aspectos/variables relevantes, y sus respectivas dimensiones y efectos, a su vez, sobre las dimensiones externas e internas de los espacios nacionales. Estos aspectos/variables consisten en:

- *El origen y forma de control del capital que domina el ciclo de industrialización y la forma de integración del capital trasnacional al proceso nacional de acumulación.* Importa aquí conocer el origen de quien controla el proceso de acumulación al interior de un espacio nacional. Observado en la fase global del capitalismo, y desde el punto de vista de la REG (y las CVG que las forman), cuenta considerar si el complejo de actividades de mayor dinamismo y generación o retención de valor (*marketing* o diseño o tarea calificada/innovadora de industrialización) así como los actores vinculados a esas actividades se localizan dentro de un determinado espacio nacional, o si, por el contrario, esas actividades u actores resultan externos. De ello pende la configuración de un NA predominantemente endógeno u exógeno, donde opera la dominancia trasnacional en los sectores más relevantes o bien el control de dichos sectores queda subordinado a la gestación endógena de las firmas.

- *La forma dominante de reproducción del capital.* Aquí se distingue aquellas dinámicas fundadas en la generación de plusvalías a través de los procesos de aprendizaje e innovación de aquellas estáticas centradas en las cuasi-rentas provenientes de la capitalización de ventajas comparativas naturales que otorgan rentas selectivas. En otros términos, toma lugar la diferenciación de la generación de excedentes a partir de procesos dinámicos sustentados en la inversión de riesgo y la creación de conocimiento o el centramiento de los procesos productivos en formas estáticas de «captación de excedentes por posesión de rentas naturales». Mientras en la anterior dimensión, como indicamos, el NA asume formas alternativas predominantemente endógenas o exógenas, a partir de este se define su carácter dinámico.

- *El nivel de articulación del capital financiero con el productivo* a partir de formas de valorización desplegadas al interior del sistema financiero y escasa o relativa conexión con el sistema productivo, o condicionadas por el comportamiento de —y la vinculación a— este último. Esta variable actúa como un vector condicionante para la conformación de las otras: así, una auto—reproducción del capital financiero con una articulación débil con el sistema productivo, en los escenarios periféricos limita la capacidad de impulsar un patrón productivo más endógeno y a su vez dinámico, en el que puedan financiarse extensivamente los procesos de aprendizaje e innovación.

Sobre la base de estos tres elementos emergen características de los NA que afectan el «hacia adentro» y «hacia afuera» de los espacios nacionales. Hacia el interior de los espacios nacionales, los efectos distributivos del patrón productivo endógeno y la extensión de la dinámica del conocimiento se traducen internamente en un patrón productivo más complejo y homogéneo a nivel de la productividad y los ingresos, y por tanto más homogéneo socialmente. Por su parte, un proceso de acumulación dominado por un carácter exógeno y aferrado a las rentas naturales conforma un patrón productivo menos denso y una estructura social más desigual y heterogénea. Hacia el exterior, la forma endógena/exógena o rentista/dinámica del núcleo acumulativo impacta y condiciona el patrón de inserción internacional

obtenido. La inserción por las «vías altas» de las REG, es decir en aquellos segmentos de más alta valorización se halla inevitablemente ligada a la dominancia de un patrón endógeno y dinámico, mientras que la preponderancia de un control exógeno asociado a formas de valorización rentistas (sin innovación) alientan una inserción subalterna en los segmentos/funciones de más baja valorización de las CVG.

Estas propiedades del núcleo de acumulación —con sus efectos intra y extra nacionales— están al mismo tiempo afectadas en su conformación y cambios por las calidades desarrolladas por el Núcleo de Implicación Estatal (NIE). En tal sentido, los Estados no solo adquieren un papel fundamental en el despliegue de la lógica global de acumulación y la conformación histórica de los centros de hegemonía cíclica del capitalismo (Arrighi, 1994), sino que sus calidades y funciones estratégicas se vuelven relevantes en la determinación de las particularidades de los NA que se configuran en las distintas trayectorias nacionales. Esas calidades históricamente configuradas se definen en este caso a partir de tres grandes variables:

a) La calidad de la estructura organizacional, entendida a partir de dos dimensiones fundamentales e interrelacionadas:

- La base conceptual/operativa y las formas de reclutamiento del staff burocrático. Al interior de esa dimensión se distinguen dos tipos básicos de configuraciones estatales a indagar: por un lado, aquellas en las que prima la formación de un *staff* político-burocrático cuya perspectiva conceptual ha estado orientada a la implementación de estrategias que priorizan el desarrollo endógeno y competitivo de la estructura productivo/industrial acompañado de un proceso meritocrático de reclutamiento, basado en la «selección de los mejores» acorde a su formación y pertinencia con los objetivos; por otro lado, aquellas configuraciones estatales en cuyo *staff* prepondera una base conceptual y operativa ligada a la cobertura de demandas de actores endógenos y exógenos, así como formas de reclutamiento ajenos a la valoración de la idoneidad y competencia de los servidores civiles.

- La presencia en esas configuraciones estatales de instancias (pilotos o nodales) que articulan internamente las estructuras y flujos de acción del Estado, dando a través de ello cohesividad a su implicación y capacidad de direccionar el proceso de industrialización y acumulación; o bien, alternativamente, configuraciones donde dominan las formas intraestatales predominantemente fragmentarias/fragmentantes, a partir de la ausencia de esas instancias internas de coherentización.

b) La existencia o inexistencia de control y/o capacidad de direccionamiento estatal del financiamiento a los procesos de producción/industrialización, de lo que deriva la capacidad de subordinación del capital financiero a las estrategias productivas orientadas por el estado.

c) Presencia o ausencia de coaliciones sociales que dan soporte a la estrategia de intervención estatal en relación con el NA, considerando para ello la capacidad/incapacidad organizacional e implicativa del Estado sobre el capital, la organización del trabajo y la sociedad civil.

Ahora bien, estos elementos constitutivos de los núcleos y sus propiedades tienen un vínculo dialéctico entre sí. La configuración de las propiedades de los NA va

FIGURA 7



FUENTE: elaboración propia.

condicionando fuertemente las formas o propiedades asumidas por el NIE y viceversa. Asimismo, ese proceso dialógico y codeterminado de ambos núcleos y sus propiedades contiene efectos directos en la forma como las trayectorias nacionales se articulan a las REyPG, es decir, la forma como opera en unos casos como centros de respuestas con capacidad de condicionar la vinculación a esas redes y los actores transnacionales que las controlan y en otros casos como centros de acoplamiento, subordinados a las condiciones de selección que imponen desde esas redes sus actores controlantes y sus lógicas predominantemente financiarizadas.

La formación de centros de respuesta está condicionada por la configuración de NA que tienen como epicentro el desarrollo de un patrón endógeno, sustentado en firmas locales ocupando las actividades centrales de los encadenamientos, y dinámico, fundado en la extensión de procesos de aprendizaje e innovación en los actores productivos de base local. Esa constitución endógena y dinámica resulta el sustrato básico para determinar, hacia adentro, la conformación de una estructura de acumulación económicamente densa, con creciente inclusividad y homogeneización en los patrones de productividad e ingresos, lo que conlleva desde el plano social una modalidad más equitativa de generación y distribución del excedente. Hacia afuera, resulta un condicionante para preservar los márgenes de autonomía de los actores locales y sus lógicas territoriales, creando opciones de encadenamientos alternativos o asegurando funciones de alta valorización en las cadenas de valor «generadas en», o «penetrantes de» los espacios nacionales.

La ausencia de esas propiedades en los elementos del NA, o más bien la presencia de sus reverso, no configura centros —autónomos— de respuesta, sino centros —subordinados— de acoplamiento. Es decir, conforma una vinculación predominantemente subordinada del SG —y de las lógicas territoriales que operan en su interior— a las REG y sus lógicas de flujos. La formación exógena y estática de los NA

de la periferia resulta al interior de los espacios nacionales un combinado limitante para su complejización y, por tanto, un escenario que habilita en su interior la dominancia y profundización de la desigualación y heterogeneidad en la estructura productiva, mientras que en lo externo condiciona el acoplamiento a las funciones y actividades que imponen las ETs que controlan las REG.

Las diferencias contenidas en el NA a partir de sus efectos tanto sobre el desarrollo interno como en la forma de inserción o relacionamiento con las redes globales no solo permite detectar la diferencial posición de diferentes trayectorias nacionales como *centro de respuesta* o *centro de acoplamiento* (producto de la forma en que se establecen desde esas trayectorias las relaciones entre la lógica territorial/lógica de flujos), sino que da cuenta de la diferente capacidad de alterar estructuralmente el posicionamiento periférico y, con ello, de contar con insumos propios para sus estrategias de desarrollo.

Ahora bien, la conformación de los *centros de respuesta* o *centros de acoplamiento* y, por tanto, la diferencial capacidad de alterar el posicionamiento periférico, no se define solo a nivel del NA ni tiene lugar a través de la espontaneidad de las relaciones socio económicas, sino que, en el marco de la lógica contradictoria que hemos venido analizando, se conforma también a partir de una implicación estatal que actúa decisivamente en la gestación de NA y sus propiedades, y en el despliegue de su variable capacidad de condicionamiento y alternativización a las estrategias de plegamiento/articulación funcional y escalar impulsadas desde las REyPG. La forma —y eficacia— de esa implicación encuentra fundamento en las propiedades del NIE como un determinante para edificar y orientar un NA endógeno y dinámico como el indicado anteriormente. En ese NIE domina la calidad meritocrática de su *staff* y estructura de coherentización interna, así como el control de los instrumentos de financiamiento que permiten las acciones de condicionamiento —y/o colaboración condicionada a objetivos— trazados desde el Estado y que no le son impuestos al mismo.

Por su parte, mirado desde la forma como un NA condiciona al NIE, la dominancia de una composición exógena y comportamientos rentistas (adversidad al riesgo y el aprendizaje) en sus actores económicos se asocia a —y muchas veces requiere de— un NIE donde dominan las propiedades inversas a las antes señaladas. Es decir, posee afinidad con la ausencia de la cohesividad interna e incapacidad operativa y condicionadora que ofrecen las formaciones patrimonialistas y clientelares, y la carencia de control sobre herramientas fundamentales como el financiero —y fiscal— para el condicionamiento de los actores económicos que forman el NA.

Finalmente, esas propiedades estatales —desde su vinculación con los NA— inciden sustantivamente sobre la forma en que el propio Estado se vincula con las RPG. Particularmente la falta de instancias coherentizadoras —y cohesivas— de la implicación estatal y la carencia de control sobre el instrumental del financiamiento, al tiempo que inviabiliza el direccionamiento estatal de los actores capitalistas locales hacia la conformación de un NA endógeno y dinámico, posiciona al Estado frágilmente para enfrentar tanto las demandas socioeconómicas provenientes de las insuficiencias del NA como las formas de incorporación dependiente y subalterna impulsadas desde los OI que «asisten condicionadoramente» a esos Estados para responder a dichas demandas. Bajo esa vulnerabilidad, resalta complementa-

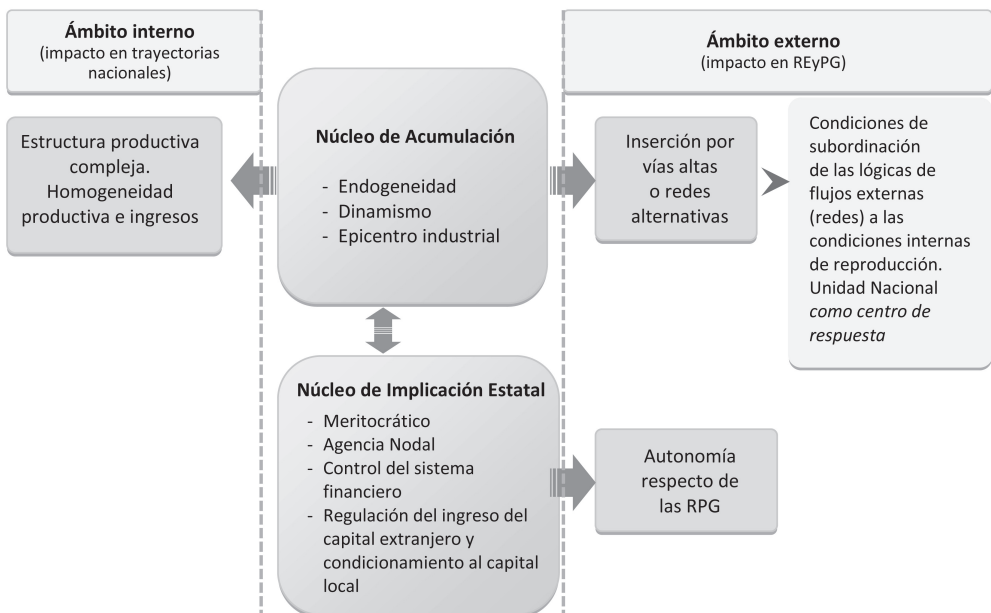
riamente la carencia de capacidad condicionadora y regulativa sobre las formas de inserción de las fracciones transnacionalizadas del capital, productivo y financiero.

En cambio, un NIE con esas propiedades brinda ante esas redes y actores una autonomía organizacional/conceptual y operativa, así como un emplazamiento ordenado con capacidad de regulación y «condicionamiento invertido» tanto en cuanto a los OI que expresan las RPG, como a los actores productivos y financieros internacionales que forman las REG, siendo ello imprescindible para actuar; a su vez, internamente, potenciando las modalidades endógenas y dinámicas del NA.

La variable formación, por lo tanto, de centros de respuesta (dominio de la autonomía) o centros de acoplamiento (dominio de la subalternidad) de las trayectorias nacionales a partir de los elementos que forman los NA y el NIE y sus relaciones (ver Figuras 8 y 9), da cuenta de las diferenciales variaciones que tienen lugar en el interior de la periferia y, a través de ella, de la capacidad de explicar los fundamentos de los cambios que conducen a las excepcionales salidas del posicionamiento periférico.

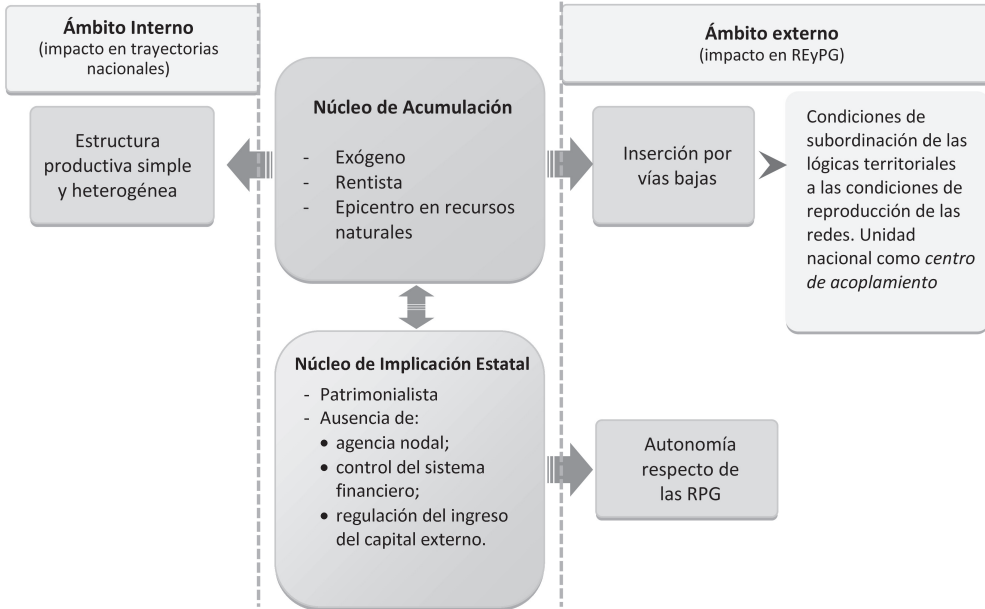
Sin embargo, como indicamos, ello requiere ser analizado dentro del contexto de las especificidades determinadas por las trayectorias históricas que han acompañado a la periferia en el marco de las fases que signaron los cambios globales del capitalismo. Al examinar esas especificidades, surgen claramente un conjunto de elementos complementarios, que operan como condicionantes o habilitantes en la formación de los elementos que componen los núcleos y sus interacciones.

FIGURA 8



FUENTE: elaboración propia.

FIGURA 9



FUENTE: elaboración propia.

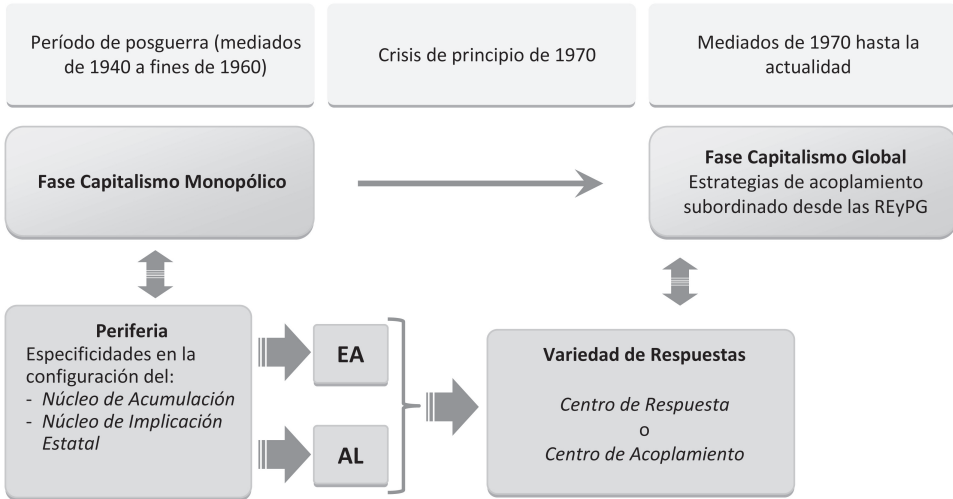
5.2. Trayectorias históricas y condiciones de la autonomía/capacidad de respuesta: permisividad externa y la viabilidad interna

Como vimos a partir del Capítulo I, los cambios operados al interior del SG han tenido lugar dentro de un contexto de inalterabilidad de la estructura centro-periferia, por lo que al analizar las variaciones de la periferia, hemos visto que la misma se inscribe en un cuadro histórico general en el cual el control de las actividades y del complejo institucional se ha manejado con marcadas condiciones estructurales de articulación donde se potencian los actores dominantes de las REyPG.

Ello, sin embargo, no puede —ni debe— opacar dos aspectos que entroncan con el examen del cambio, ausente en los enfoques dominante de VC. En primer lugar, bajo este contexto general, al interior de la periferia operan, no obstante trayectorias —macrorregionales y nacionales— cualitativamente diferenciadas, conformándose el EA como un área específica que se ha destacado por un dinamismo global que sobresale respecto del conjunto del SG. En segundo término, en el marco de esas trayectorias, un conjunto acotado de experiencias nacionales generaron roturas/cambios estructurales, signados por la excepcional capacidad de abandonar su original posicionamiento periférico.

Esa capacidad —excepcional— de operar cambios estructurales no ha emergido descontextuadamente, sino que, como hemos adelantado, se ha gestado bajo trayectorias históricas diferenciadas al interior del SG. La particularidad de esas trayectorias resulta determinante en la conformación de los NA y NIE, así como en las relaciones entre ellos. Sobre esas conformaciones de los núcleos y sus relaciones

FIGURA 10



FUENTE: elaboración propia.

se fundan las diferenciadas «variaciones» experimentadas al interior de la periferia ante las crisis, cambios y fases constitutivas del sistema capitalista a nivel global. Específicamente, y más allá de los aspectos históricos de larga duración, al analizar las trayectorias históricas del EA en comparación con otras áreas del SG (como AL), resulta esencial considerar las particularidades que adquiere la conformación de los NA y los NIE y sus relaciones a partir de la especificidad de las trayectorias históricas que tienen lugar al interior de la periferia al vincularse a los cambios operados en el capitalismo en la segunda mitad del siglo XX. Es decir, a partir de la configuración —en los centros— de la fase del capitalismo monopólico, sus crisis y transformaciones que desembocan en la aun indefinida fase del capitalismo global.

En esas trayectorias históricas, la formación de los más bien excepcionales centros de respuesta experimentados en el EA, o bien de los mayoritarios centros de acoplamiento acaecidos en escenarios como el de AL, encuentra sus aspectos cualitativos más definitivos a partir de la diferencial presencia de elementos condicionantes, nacionalmente exógenos y endógenos, que afectan cada trayectoria, restringiendo o habilitando la configuración autónoma de esos NA y NIE y, por tanto, de las instancias nacionales donde se forman e interactúan. Como bien precisara Helio Jaguaribe, la autonomía en una estrategia de desarrollo nacional emerge como resultado de dos condiciones básicas: la viabilidad nacional y la permisibilidad internacional (Jaguaribe, 1979) que han estado presentes durante esas trayectorias históricas. Ambos factores operan en forma no excluyente sino retroalimentaria sobre la formación de las diferentes propiedades de los núcleos y sus elementos.

Después de esta breve consideración, y observando comparativamente las trayectorias del EA y AL, vale: *a)* analizar las especificidades constitutivas que han presentado ambos núcleos y sus relaciones durante la fase del capitalismo monopólico y su diferenciada capacidad de articulación (como centro de respuesta y de acoplamiento) emergente en la fase del capitalismo global; y *b)* para considerar

luego la forma en que esos condicionantes de viabilidad/interna y permisividad/externa han actuado sobre esas especificidades.

5.3. Los núcleos y sus efectos a través de las variaciones temporales: desde la especificidad en sus trayectorias constitutivas a la formación de los centros de respuesta y acoplamiento

Como observamos, a través de sus variaciones temporales la periferia se articuló en la «fase» del capitalismo monopolístico a partir de una autonomización relativa, que viabilizó tanto en el EA como en AL procesos de industrialización sustitutivos. Indicamos también que, en términos globales, ello no condujo a la autonomía, en tanto los procesos sustitutivos fueron finalmente capturados por la acción del capital transnacional a partir de un reposicionamiento que evitó la complejización de la estructura productiva y el despliegue de una mayor y necesaria autonomía en la inserción global.

Sin embargo, al momento de reconocer las especificidades dentro de la periferia, encontramos que el EA, y más particularmente un grupo selecto de países en su interior, escapó a dicha dinámica, quebrando excepcionalmente su inicial posicionamiento periférico. La observación de la forma diferencial que adquirió la formación de los núcleos y sus relaciones durante la posguerra proporciona argumentos explicativos de este «escape selectivo».

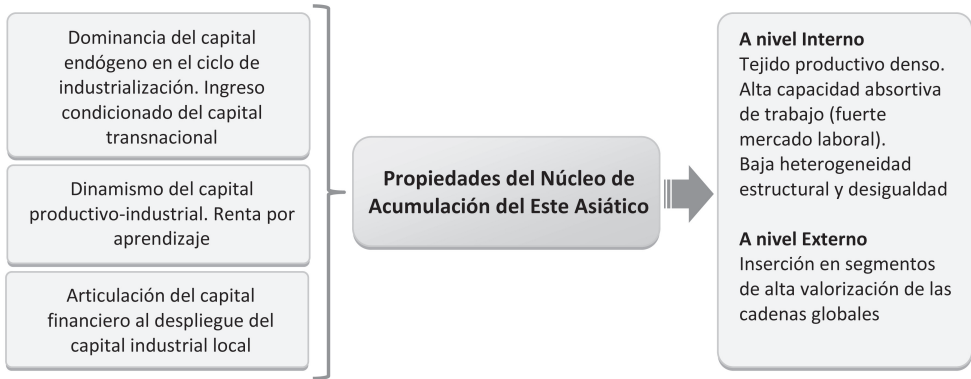
5.3.1. La formación de los núcleos de acumulación en la periferia durante la fase del capitalismo monopolístico

Los cambios más significativos en el siglo pasado en lo que respecta a la formación de los NA tanto en EA como en AL vino de la mano de la sustitución de importaciones que acompañó al nuevo patrón de inserción internacional erigido a partir de la posguerra y el proceso de reconstrucción de los países bajo el capitalismo monopolístico. Bajo lo que denominamos «variación temporal de la periferia», tanto AL —especialmente los grandes países como Argentina, México, Brasil— como el EA —especialmente Japón, Corea y Taiwán, y más recientemente China— se revincularon al centro a partir de un proceso de reconstrucción e industrialización que configuró un nuevo NA con características de las que antes carecían.

No obstante el punto de partida común en la dinámica sustitutiva (Medeiros, 2011), las experiencias del EA, reflejadas en las exitosas trayectorias en la posguerra de los tres países antes mencionados (Wade, 1992, 2004), lograron configurar —también con sus especificidades internas— un núcleo de acumulación endógeno y dinámico (NEnD), mientras que las experiencias de LA, con todas sus diferencias y especificidades internas, permanecieron bajo las limitaciones de un núcleo exógeno y rentista (NExR).

Ambos núcleos se correspondieron a trayectorias diferenciadas de los actores en lo que respecta a la capacidad de operar internamente. En el caso del NEnD, las experiencias desplegadas por el EA en la posguerra, lograron estratégicamente la conformación de una base endógena del capital (productivo y financiero), sobre la que se formó esencialmente el NA, base que al mismo tiempo adquirió un dinamis-

FIGURA 11



FUENTE: elaboración propia.

mo fundado en la ampliación —y retención— del excedente por medio de un proceso continuado —y explícitamente direccionado— de aprendizaje. Se edificó, en los términos de Fajnzylber (1983), un núcleo endógeno de dinamización tecnológica apuntalado por un sistema financiero, también de fuerte base endógena y con direccionamiento estatal hacia el proceso productivo (Zysman, 1983; Amsdem, 1989; Papanek, 1988). En tal contexto, el capital transnacional fue asimilado condicionadamente como fuente para la captura endógena de conocimientos a través de aprendizajes institucionalmente estimulados/orientados (Amsden, 1989, 1994; Wade, 1990; Katz, 2008; Weiss, 1998).

La base endógena y la integración condicionada de los actores transnacionales conllevó, desde el plano interno, la posibilidad de avanzar en el conjunto de eslabonamientos (Hamilton y Biggart, 1988; Orru y Baggart, 1991) que dan densidad al sistema productivo, generando por parte de este último, y a nivel interno, una fuerte capacidad absorbente de la fuerza de trabajo (empleo formal) (Lu-Lin y Gereffi, 1994), aspectos esenciales en la superación de la heterogeneidad socioeconómica y la disminución de la desigualdad social (Birdsall *et al.*, 1995).

Desde el plano externo, el dinamismo del NA permitió una inserción creciente en las vías altas de los encadenamientos globales, asumiendo progresivamente posiciones de comando en las CVG y fortificando para esos posicionamientos a actores transnacionales de origen local (ver Capítulo I).

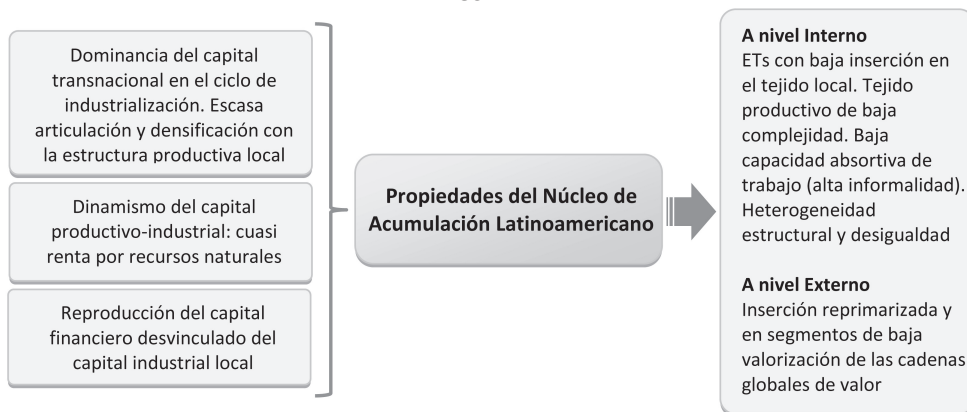
Por su parte, y a diferencia de la forma endógena y dinámica de los NA del EA consolidados con continuidad durante toda la posguerra, en AL, en línea con lo que sucedió en el resto del SG a excepción del EA, se conformó en general una base endógena endeble y de escaso dinamismo innovador dada la inalterada inserción internacional periférica como proveedora de recursos naturales en la que se vieron envueltas las economías nacionales en su formación histórica. Al integrarse activamente las ETs al proceso de la ISI durante la posguerra (1950 y 1960), las mismas dieron lugar a un proceso de desnacionalización (Sunkel, 1969, 1971) que, al tiempo que profundizó la debilidad del NIE, dejó inalterable el NA. Dicho patrón quedó aferrado a las cuasi rentas de privilegios vinculadas a la explotación concentrada de los recursos naturales y la escases de comportamientos innovativos locales (Schuldt

y Acosta, 2006; Nochteff, 1996; Dabat *et al.*, 2007; Lacabana, 2006), y acompañado de una capitalización privilegiada por parte de las ETs de una estrategia de crecimiento hacia adentro, alentaba por la fuerte protección mercado internista del período ISI (Fajnzylber, 1983).

A la escasa endogeneidad y dinamismo que acompañaba el liderazgo obtenido por las ETs, se sumó su escasa articulación a la base productiva nacional (Chudnovsky y López, 2007; Fajnzylber, 1976; Bair y Peters, 2006), lo que contribuyó por lo tanto a mantener la escasa diversificación, autonomía, densidad e integración de los sistemas productivos nacionales/locales, así como a estimular muy limitadamente los procesos de aprendizajes e innovación local que imprimen dinamismo tecnológico endógeno (Fajnzylber; Tarragó, 1976; Katz, 2008).

Los efectos desde el punto de vista interno, ligados a la estructura socio-productiva, estuvieron asociados a la expansión de la heterogeneidad —aspecto distintivo respecto del centro y característica de la periferia latinoamericana— con diferenciales de productividad a nivel de ramas, sectores, ingresos y empleo (Pinto, 1970, 1971, 1976). En el último caso, con tasas altas de subocupación e informalidad que reflejaban la escasa capacidad absorptiva del —descomplejizado— aparato productivo. Desde el punto de vista externo, dichos efectos se ligaron a la incapacidad crónica de alterar el patrón de inserción exportador basado en los recursos naturales, y enfrentar la dependencia de las divisas de esos recursos para superar el paso desde las formas fáciles de sustitución de importaciones al desarrollo de etapas más complejas.

FIGURA 12



FUENTE: elaboración propia.

5.3.2. La formación de los núcleos de implicación estatal (NIE)

El conjunto de experiencias del EA —con Japón como uno de los pioneros, Corea del Sur, Taiwán y Singapur como modelos, y China como un «tigre en ascenso» —aún despertando— han sido posiblemente la más sobreestudiada plataforma para considerar la forma en que los Estados desarrollistas (Kholi, 2004) han actuado en la configuración de los NA a través de la industrialización. Desde los clásicos

aportes iniciados por Johnson (1982), quien acuñó el término *the developmental state*, un amplio cuerpo de autores (Woo-Cumings, 1999; Amsden, 1989; Chibber, 2003; Evans, 1995; Haggard, 1990; Wade, 1990; Weiss, 1998) se han encaminado a analizar la importancia de esa configuración estatal en los procesos de industrialización. Con sus especificidades, este cuerpo de trabajos aportó elementos empíricos para dar cuenta de la —excepcional— forma en que, durante todo el período de posguerra, los Estados con calidades organizativas, cohesividad y autonomía, asumieron una presencia fundamental para actuar como agentes con capacidad estratégica de incidir en la formación de las modalidades endógenas y dinámicas de acumulación por industrialización.

En tal sentido, la forma de industrialización y la conformación de actores locales capaces de insertarse dando profundización al proceso de industrialización, tuvo lugar en esos selectivos países del EA a partir de realizar exactamente lo que el Banco Mundial ordenaba no hacer: seleccionar y disciplinar industrias, conectar burócratas con actividades de negocios y «obtener precios relativos incorrectos» (Amsden, 1989; Kim, 2009: 384). En términos agregados, la estrategia de industrialización y su sustento en una activa política industrial, supuso un articulado y sostenido proceso de selección de actores y sectores, así como las combinadas acciones de asistencia, condicionalidad y disciplinamiento (Kim, 2009), para el logro de *performances* conducentes a las metas de productividad e inserción en el mercado internacional. Para ello, el objetivo fue transformar rápidamente la etapa fácil de ISI hacia una industrialización orientada a la exportación (IOE), superando las inevitables restricciones del encierro proteccionista que, como veremos a continuación, dominó en otros escenarios como el de AL.

La concreción del cambio de estrategia supuso la conformación de un NIE caracterizado por las propiedades que hemos destacado anteriormente. Es decir, mediaron instancias de intervención estatal formadas a partir de lógicas meritocráticas (Evans, 1995), y la conformación de instancias nodales o piloto desde la que se despliega la articulación y coherentización interna del Estado (Chang, 2010; Chibber, 2003; Doner *et al.*, 2005; Weiss, 1998). Sin ser una estructura monolítica y ausente de disensos (Block, 1992; Hundt, 2009), los *staff* burocráticos decisionales ligados a esas instancias, además de calificados y dotados de información, lograron imponer —siempre bajo la especificidad de las distintas experiencias nacionales y sin la ausencia de disensos y debates intestinos (Chibber, 2005)—, una perspectiva intraestatal sustentada conceptualmente en una estrategia nacional de acumulación endógena. Dicha estrategia buscaba el fortalecimiento de los actores capitalistas locales a partir de *performances* que incluían centralmente su capacidad de inserción en los mercados externos. Para ello, el Estado se transformó en un actor central en el direccionamiento de todo el NA a partir de una capacidad de organización y acción signada por la coherencia interna (Kholi, 2004), a partir de la cual se fue combinando el disciplinamiento (Amsden, 1989; Johnson, 1982; Cohen y Zysman, 1988) con el desarrollo de un proceso intergubernado (Weiss, 2003a, 2003b) y orientado por metas con los actores capitalistas locales.

En todo ese proceso, y bajo esa modalidad que otorgaba un papel central al disciplinamiento, el direccionamiento estatal fue enriquecido informacional y operativamente a partir del encastramiento y sinergización del Estado con los propios actores capitalistas (Evans, 1995; Kholi, 2004), al tiempo que evitaba el copiamiento

faccioso de sus estructuras organizacionales y decisionales por los intereses corporativos de esos actores. Eludido este último aspecto, la combinada presencia de disciplinamiento —del Estado sobre el capital— y cooperación/gobernanza interpenetrada —de ambos—, viabilizó un extensivo proceso de desarrollo de aprendizajes y profundización sustitutiva de los actores capitalistas que permitió motorizar el proceso de acumulación endógeno a partir de una inserción externa dinámica.

La ya resaltada capacidad de control sobre el sistema financiero por parte del Estado y su subordinación a las metas productivas direccionadas por este y sus agencias nodales, se transformó en una herramienta fundamental en el despliegue de todo ese proceso, abasteciendo a los actores capitalistas locales de financiamiento a través subsidios y asistencia preferencial y barata al crédito (Woo, 1991) que se acompañaban con cuotas de exportaciones para el desarrollo de sus metas (Amsdem, 1989). Ese cuadro de direccionamiento fue complementado con el facilitamiento de las condiciones infraestructurales y de coordinación requerida por el capital, así como por una fuerza de trabajo escasamente sindicalizada e involucrada en un proceso de creciente calidad educativa (Rodrik, 1995).

En tanto, producto de todo ello, el NA atravesó un círculo virtuoso de inserción externa e inversiones internas (Rodrik, 1995; Krugman, 1994) favorecidas por el crecimiento de la productividad y los retornos crecientes para el capital local, el NIE y sus estrategias interventivas (combinadamente disciplinantes y coproductivas) ganaron una legitimidad que, como veremos oportunamente, lejos ha estado de ser irreversible.

En cambio, en AL, el NIE desde su interacción con el NA asumió características sustantivamente diferentes. Precisamente, su formación y despliegue estuvo condicionado en la forma adoptada por la dinámica de acumulación y distribución desplegada durante la posguerra, y el papel —a la vez activo y confrontativo/mutualmente eliminante— que asumieron los actores representantes del trabajo y el capital a lo largo del proceso sustitutivo, lo que condicionó fuertemente la autonomía del Estado para direccionar el NA. El aceleramiento de la dinámica de la ISI se llevó adelante en el marco de una compulsa entre los actores dominantes del capital y el trabajo que condicionó su desarrollo. En tal sentido, por un lado, operaba la estructura concentrada y rentista del NA a partir del control de recursos primarios en manos de las clases dominantes locales, lo que no sufrió alteración sino refuerzo con el avance de las ETs —con tecnologías arcaicas— (Fajnzylber, 1983); por otro lado, se gestaba la apertura hacia formas redistributivas que reforzaban a sectores populares, formalmente acrecentados y organizados en el marco de las ISI (O'Donnel, 1977). El escenario resultante fue signado por una tensión creciente entre los actores colocados a un lado y otro de dicho proceso, tensión que se potenciaba desde un proceso de industrialización sustitutiva que no podía superar la fase «fácil» de bienes de consumo y desplegar un NA sustentado en la reinversión en fases más complejas, que facilite la compatibilización de la inserción externa más dinámica con un proceso de endogeneización y dinamismo compatible con un patrón de consumo e ingresos que viabilice una mayor capacidad inclusiva y homogeneidad social (Pinto, 1970; Tavares y Serra, 1971).

Mientras en el frente externo se erigían las limitaciones vinculadas al dominio de un sector primario exportador que capitalizaba ventajas comparativas nacionales y operaba con patrones de productividad divergentes respecto del industrial, en

el frente interno se imponía un mapa de heterogeneidades productivas y sociales no corregido a partir de las indicadas limitantes en las propiedades de un proceso productivo/industrial heterogéneo y dualizado (Pinto, 1970).

Ese autolimitado proceso de conformación del NA y la dinámica de tensiones por la que atravesaron, no acotó sus efectos internamente, sino que impactó en las características del NIE. No obstante su creciente protagonismo y expansión a nivel de las estructuras, la administración y el control de recursos sucedido con posterioridad a la década de 1930 (Whitehead, 1998), el NIE fue incesantemente penetrado y externamente configurado a partir de la irresuelta dinámica de tensiones protagonizadas, por un lado, por la fuerza de trabajo sindicalizada, las pequeñas y medianas formas del capital —crecientemente urbanizado— como participante y demandantes de las formas protectivas y redistributivas, y, por otro lado, del capital concentrado de origen nacional, las oligarquías locales controlantes de la tierra como principal factor de competencia externa y generador de divisas, y el capital extranjero, actor crecientemente activo desde la crisis de la sustitución fácil en la ISI.

En tanto ninguno de esos «bloques» lograba un dominio estable o, en todo caso, procuraban imponerse dominios transitorios, el Estado quedó posicionado en un estratégico pero, al mismo tiempo, subalterno papel. Su presencia se distinguió por lo que algunos denominaron matriz estadocéntrica (Cavarozzi, 1991), asumiendo centralidad como instancia de regulación económica, social y política (Iazzetta, 2007), orientada a resolver provisoriamente los requerimientos derivados de esas complejas tramas de intereses y tensiones. Pero, la atención de esos requerimientos lo convirtió en un espacio institucional colonizado, obligado a internalizar y luego a abastecer las demandas corporativas y fraccionales (Esser, 1993; Portantiero, 1989; Iazzetta, 1997; O'Donnell, 1977) proveniente de los actores sociales, ligados al capital y el trabajo, que, crecientemente organizados, buscaban a través del Estado preservar sus posiciones o capturar nuevas rentas. El propio Estado se convirtió en receptor de empleo, derivado de la internalización estatal de una lógica en la que imperó el corporativismo fragmentador y formas patronales que obstaculizaban u horadaban su perfil meritocrático (Smith, 1997; Malloy, 1979).

A diferencia de la experiencia asiática, todo ello alejó al Estado de la posibilidad de estructurar y direccionar una estrategia acumulativa desde un marco cohesivo y disciplinante. El Estado emergente, salvando todas las, por cierto, ricas especificidades nacionales de AL, fue signado por el desarrollo en su interior de un largo cuadro de inestabilidades institucionales, que llevó en determinados momentos desde la posguerra a desarrollar inorgánicamente una forma de atención redistribucionista y convertirse en un «atendedor inorgánico» de las demandas corporativas —incluyendo las que daban protección a la ISI— y, en otros, bajo reacciones autoritarias ligada a los requerimientos del capital, a dismantelar los cuadros protectivos de la industrialización y distribución para favorecer selectivamente los intereses particulares de actores concentrados locales y externos (O'Donnell, 1977). En todos los casos, y para viabilizar tanto una como otra lógica en ese juego de tensiones, se impuso la ausencia de instancias estatales estables y coherentizadoras, dotadas de capacidades de direccionamiento disciplinante de los actores sociales y económicos, combinado con la inalterabilidad de las formas predominantes de clientelismo y patrimonialismo estatal en todas sus escalas y, por ende, la fragilidad extendida en el tiempo del servicio civil (Grindle, 2010; Lacoviello y Zuvanic, 2006) para enfrentar las exigentes tareas que fue

imponiendo el escenario global. La inestabilidad y cambiante acción a la que fue sometido el Estado, y su copamiento corporativo, abonaron a la fragilidad y clientelización de sus burocracias, así como a la ausencia de instancias coherentes, dotadas de una estructura conceptual y operativa estratégica centrada en la acumulación nacional. Bajo tal contexto, el irregular florecimiento de instituciones involucradas en el desarrollo industrial naufragó por su incoordinada multiplicidad (Macomber, 1987) así como por el abatimiento de esas instituciones operando al interior del Estado cuando el capital local concentrado y extranjero lograban destrabar las regulaciones que podían condicionar o amenazar la expansión de sus intereses.

5.3.3. Resultado de la configuración de los núcleos y sus interrelaciones en la especificidad de sus trayectorias históricas

Como resultado de la observación comparativa resulta que, mientras en la experiencia asiática se dieron las condiciones retroalimentarias para formar un NIE capaz de direccionar —con diferentes especificidades nacionales— la constitución y transformaciones del NA, en AL ese NIE quedó sujeto a la capacidad impositiva de actores societales que operaban cíclicamente en la obstaculización no solo del proceso de acumulación, sino también en la formación de una estatidad capaz de doblegar los intereses corporativos y sus lógicas e imprimir al proceso acumulativo una dinámica más integral, dinámica e inclusiva.

La vulnerabilidad de un NA concentrado, extranjerizado y con escaso dinamismo —por su propensión rentista— como el dominante en AL —no obstante sus especificidades nacionales—, dispuso en lo externo una frágil y vulnerable inserción exportadora, atada inalteradamente a una forma primarizadora que desestimulaba la complejidad de la estructura productiva interna y disparaba los déficit de divisas, necesarias estas en lo interno para financiar la «fase compleja» de la ISI (Díaz Alejandro, 1965; Furtado, 1963; Baer, 1972). En línea a lo indicado, la imposibilidad de enfrentar —y superar— esta «fase» operó como causa y efecto de una estructura socioproductiva —a pesar del crecimiento— heterogénea, excluyente y desigualadora (Tavares y Serra, 1970) que potenciaba las causaciones acumulativas del subdesarrollo productivo y la incapacidad institucional de revertirlo.

En claro contraste, en el EA la formación en los países mencionados de un NA endógeno y dinámico, basado en un proceso de industrialización, representó en los hechos la capacidad de avanzar hacia fases complejas que compatibilizan la densificación de la estructura productiva con una inserción externa dinámica, sustentada en el aliento y la predisposición a los aprendizajes (Medeiros, 2011; Palma, 2009). La complejidad y dinamismo del NA fueron en dirección de solventar dos aspectos esenciales ligados al desarrollo y el abandono de la condición periférica: en primer lugar, un patrón inclusivo y progresivamente igualador (Jomo, 2006); en segundo término, producto del dinamismo, una inserción externa en segmentos críticos de los encadenamientos globales que resolvían los estrangulamientos externos que dominaron el mapa latinoamericano.

Por lo tanto, la divergente configuración en las propiedades de NA y NIE en el EA y AL a lo largo de la fase del capitalismo monopólico dominante en el centro desde la posguerra, y los comentados efectos en los patrones de inserción externos y reproducción internos, dieron cuenta de claras variaciones al interior de la perife-

ria desde las cuales se conformaron plataformas claramente diferentes desde el interior del escenario periférico para desplegar, a partir de lo indicado, su capacidad de respuesta —como en el EA— o su sujeción subalternizadora —como en AL— ante la acción de las REyPG que dominan la fase globalizadora del capitalismo.

En el EA, al menos en las señaladas experiencias que lideraron su dinamismo, y a partir de las calidades adoptadas por ambos núcleos y sus retroalimentaciones se fueron forjando las bases para actuar como *centros de respuesta*, con autonomía para decidir cohesivamente un tipo de inserción que encontró, en principio, mayor potencia nacional y macrorregional para refrenar las formas de financiarización y autodesplegar sus propias REG. Ello importó no solo de la diferenciadora continuidad y progresivo avance de la inserción exportadora a través de las manufacturas (Palma, 2009), sino también, en el nuevo escenario de fragmentación y deslocalización de los procesos productivos que formaron las REG, la particular idoneidad para actuar frente a las mismas a partir de la generación y retención de las funciones (tareas) más dinámicas y de más alta valorización (WTO, 2013).

Como veremos más detenidamente en el próximo capítulo, las «capacidades almacenadas» en sus núcleos durante la fase de posguerra permitieron a las experiencias líderes del EA realizar esta compleja tarea aun en un poco hospitalario escenario de reformas neoliberales impulsadas bajo esa nueva fase del capitalismo por las fracciones productivas y financieras del capital global y sus soportes institucionales transnacionales, que actuaron agresivamente procurando dismantelar las restricciones y condicionamientos a las lógicas de flujos financieros y productivos.

Contrariamente, AL corrió una suerte claramente diferente. La ausencia de núcleos acumulativos con las calidades y capacidades retroalimentarías, como las exhibidas en el EA, viabilizó la captura selectiva de sus activos (básicamente recursos naturales y empresas estatales monopólicas) por las estrategias de «acumulación por desposesión» y la subordinación a los procesos de financiarización y las lógicas de flujos que dominaron las REG, lo que conllevó el agravamiento de las condiciones de inserción primarizadora y la fragilidad de la estructura productiva transnacionalizada y predominantemente rentista.

En el plano político institucional, primó una predisposición de los Estados —frágiles, amenazados por los déficits externos y endeudamientos— a acoplarse al complejo dispositivo neoliberal de técnicas, conceptos e imaginarios impuestos hegemónicamente desde las organizaciones supranacionales, en consonancia con los nuevos y nacionalmente externalizados actores económicos transnacionales.

5.3.4. Desde la constitución e interrelación de los núcleos nacionales a la configuración macrorregional

Ahora bien, el singular dinamismo macrorregional del EA al interior del SG, destacado en el Capítulo I, no debe considerarse a partir de endogámicos comportamientos intranacionales. A partir de la conformación de los núcleos bajo esas características e interacciones por parte del grupo selecto de países mencionado, se fue gestando un escenario macrorregional jerárquico y asociativo, vinculado a la difusión y transferencia de sucesivos procesos de industrialización y *catching up* intranacional dentro de ese escenario. Ello fue sustentado en la original combinación de procesos sustitutivos de importaciones con promoción de exportaciones

(Akamatsu, 1961, 1962; Ozawa, 2001, 2010), habilitando el cumplimiento por parte de las unidades nacionales que se fueron sumando interactivamente en el marco macrorregional, y de los pasos formativos de las «*ladders* del desarrollo económico» a partir de una lógica de «economías de concatenación jerárquica» lideradas por Japón (Kasahara, 2004).

La asociatividad jerárquica desde la combinación de procesos sustitutivos con inserción exportadora sustentada en manufacturas, que de forma alguna incompatibilizó —sino que retroalimentó— con la «perforación de los mercados occidentales, esencialmente de EE.UU.», permitió a lo largo de toda la fase del capitalismo monopolístico desarrollado en el centro, ir conformando desde este escenario periférico del EA el esquema del «vuelo del ganso» (*flying geese*) (Kojima, 2000; Korhonen, 1994; Kasahara, 2004). A través del mismo, un complejo de «naciones base», formado bajo el liderazgo de Japón, y luego el soporte de Corea del Sur y Taiwán (Woo-Cumings, 1999), consolidó y fortaleció la endogeneidad y dinamismo de sus NA, incorporando en formas sucesivas y jerárquicas al proceso industrializador a un complejo de unidades nacionales integrantes del ASEAN-4,¹⁸ y más recientemente por China y Vietnam. Con sus particularidades —y debilidades diferenciales—, a partir de ello tuvo lugar un sostenido proceso industrializador macrorregional, bajo un cuadro asociativo, dominado por una «jerarquía de economías que se encuentran en diferentes y escalonadas etapas del desarrollo económico». Es decir, se desarrolló una configuración jerárquica, con división interna del trabajo, pero bajo un generalizado proceso de industrialización generado a partir del liderazgo japonés —no obstante la también participante influencia de EE.UU. y China— (Tsui-Auch, 1999).

En AL, en cambio, la ausencia de instancias nacionales forjadoras de NA con capacidad de superar los cuellos de botellas emergentes desde el agotamiento de la «sustitución fácil» y viabilizar una inserción externa dinámica compatible con una estructura productiva inclusiva e igualadora, implicó la imposibilidad de expandir macrorregionalmente un proceso con aquellas características sustitutivas y altamente exportadores en un marco jerárquico y asociativo, como el del EA. Es decir, AL no encontró «plataformas nacionales» capaces de actuar; como en aquel escenario, como lanzadera para la formación de un área de acumulación macrorregional industrial, endógena y dinámica, respaldada en Estados efectivamente dotados de capacidad directiva sobre el proceso de acumulación y los actores que lo motorizan.

Esos impedimentos para el despegue de un cuadro de compatibilización macrorregional facilitó —y al tiempo fue facilitado por— una satelital y fragmentaria vinculación respecto de la unidad hegemónica comandada por EE.UU. (Palma, 2009). Como resultado de todo ello, cuando la fase globalizadora encontró su plenitud, cada unidad nacional quedó sujeta a operar desarticuladamente, cooptada por las acciones desmantelatorias de las lógicas de flujos del CW, y más recientemente, por las renacidas arquitecturas productivistas de la gobernanza neoliberal, igualmente fragmentantes e impulsadas a partir de las reformas del post CW por la clase transnacional y sus RPG —promotoras de selectivas y subordinantes integraciones a las CVG.

18. La Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (Association of Southeast Asian Nations), es una organización regional de estados del sudeste asiático compuesta por 10 países miembros: Malasia, Indonesia, Brunéi, Vietnam, Camboya, Laos, Myanmar, Singapur, Tailandia.

Desde sus diferenciadas trayectorias bajo la fase monopólica, las analizadas experiencias del EA fueron capaces no solo de ir posicionando sus actores en funciones de alta valorización en las REG, sino también de forjar intrarregionalmente sus REG (Kimura, 2006) contando con el soporte progresivo de sus propias RPG (como las impulsadas a través de Banco de Desarrollo Asiático). Ello dio a las instancias nacionales de esa macrorregión, hacia el inicio del embate neoliberal desarrollado desde los años setenta y aun bajo el CW en los noventa, una capacidad de refreno respecto de los embates dismanteladores desplegados por el capital productivo y financiero global en el resto del SG.

En AL, en cambio, la subalternidad y asilamiento respecto de las REG fue a la vez condición y resultado de la captura temprana, no solo financiera sino conceptual e institucional de sus Estados por las RPG, y su intrincada formación por la expansiva «clase transnacional» y los propios Estados centrales. Estados débiles y endeudados, resultantes de las incapacidades de dirigir el proceso acumulativo y paralelamente de autodañarse a partir de su involucramiento en generación de las dificultades de ese proceso, al colapsar el patrón ISI finalizaron como facilitadores del fragmentario acoplamiento de las «lógicas territoriales» de la periferia a las «lógicas de flujos» impulsadas desde el centro por las fracciones financieras y productivas del capital global.

Conclusivamente, los *performances* diferenciados que emergen al interior del SG, y que vimos en el Capítulo I para impulsar nuestros interrogantes, descansan en la diferencial capacidad adquirida por el EA de formar plataformas macrorregionales operando como *centros de respuesta* a los procesos de globalización, a partir de autonomías adquiridas para elaborar estrategias por parte de los «cabezales nacionales» que conformaron NA y NIE sólidamente retroalimentarios. Frente a ello, en el resto del SG, particularmente en AL, no obstante las variaciones nacionales, emerge un área intranacional e internacionalmente fragmentada, donde la debilidad y los mutuos condicionantes naturales de los núcleos restringió su vinculación global, quedando sujeto desde la fragilidad de su patrón acumulativo y debilidad en el soporte y la capacidad operativa de sus Estados, a un *subalterno y selectivo acoplamiento* a las REG, dentro del contradictorio pero siempre subalternizante y desigualador escenario global.

5.4. *La divergencia contextualizada: elementos condicionantes de permisividad externa y viabilidad interna en las trayectorias diferencias del EA y AL*

Las trayectorias diferenciadas a partir de la diferencial constitución de los núcleos marca variaciones al interior de la periferia y, a partir de ello, posicionamientos divergentes ante las transformaciones operadas en las fases del capitalismo, reflejadas en la capacidad de actuar como centros de respuesta (EA) o de acoplamiento (AL), como resultado de una diferencial autonomía para vincularse a las dinámicas de las redes de flujos que se impulsan desde las REyPG.

¿Qué elementos operaron contextualmente para favorecer u obstaculizar esa autonomía y, respectivamente, en la constitución de los elementos constitutivos de los NA y NIE y sus interacciones que los configuran? ¿Cuáles son los condicionantes en la periferia para constituirse como un centro de respuesta en el escenario

dominante de las REyPG? Como hemos adelantado, la diferencial constitución de los NA y NIE encuentra sustento en la presencia de un conjunto de elementos históricamente construidos, que operan externamente como permisividad geopolítica y en lo interno como viabilizadores de las trayectorias de la estructura social y las condiciones naturales de ambas macrorregiones y sus países (viabilidad).

5.4.1. *Permisividades y restricciones geopolíticas*

La dimensión geopolítica se vincula a las permisividades externas para el despliegue histórico de determinados procesos, y resulta —como destacaba Jaguaribe— un elemento imprescindible al momento de analizar una trayectoria de desarrollo. En tal sentido, buena parte de la literatura desarrollista —y en particular del Estado desarrollista— mostró como una de sus visibles limitaciones la asunción de una perspectiva metodológicamente nacionalista (Medeiros, 2010) que relativiza —cuando no desplaza— la presencia de los factores externos contextuales que operaron en la producción de las permisividades. Como bien indica Gore (1996), el nacionalismo metodológico es una perspectiva coherente de explicación solo si las economías nacionales son completamente aisladas y cerradas respecto de las influencias externas. Su principal debilidad es que «...aisla y separa la influencia de los factores externos sobre los factores internos [...], se asume que las economías nacionales son entidades abstractas y son (en varios grados) abiertas pero no situadas respecto de otras economías. La existencia de cualquier estructura en la economía mundial es desconsiderada y se asume que todos los países enfrentan el mismo ambiente externo» (Gore, 1996: 80-81).

La presencia de esta desviación metodológica, compartida también por los enfoques liberales sobre el desarrollo asiático (World Bank, 1987), impide apreciar que el fenómeno industrial y dinámico del EA a partir de la formación de las propiedades de los NA y NIE y sus particulares vinculaciones, ha tenido como un aspecto fundante inicial la permisividad del contexto geopolítico marcado por la especial relación de EE.UU. con ese escenario, dominado por la guerra fría. Envuelto este en las acciones ofensivas y defensivas de esta última, necesitaba la construcción en posguerra de «un(unos) porta-avion(es) de acumulación» sólido(s) y amigable(s) en un escenario complejo dominado por la guerra fría y las cercanía de escenarios nacionales inhóspitos al dominio americano (China, Vietnam, Corea) (Glassman, 2011; Medeiros, 2001).

Dicha situación geopolítica favoreció la decisión estratégica de EE.UU., como unidad hegemónica mundial, de promover en el EA, y para el selecto grupo de países mencionados, un «desarrollo por invitación» (Arrighi, 1994), que contemplaba una selectiva tolerancia a ese grupo reducido de países liderante del EA para el desarrollo de un «capitalismo neomercantilista» que enfrentaba su impronta liberal y su restricción al intervencionismo a las periferia (Stubbs, 2005). Esa tolerancia se tradujo en un conjunto de «permisividades» para la configuración endógena tanto de los NA como de los NIE. En claro contraste, la geopolítica de EE.UU. hacia AL nunca contempló la formación de plataformas autónomas de decisión y acumulación, por lo que ambos núcleos sufrieron una fuerte configuración exógena y procuraron ser adaptados a lógicas externas dominadas en este caso por esa impronta liberal.

En cuanto al NA, las permisividades en el EA y las contrastantes restricciones en AL pasaron por:

a) la posibilidad, en el primer caso, de generar un proceso de industrialización sobre la base del desarrollo de actores endógenos, a partir de una estrategia nacionalmente coordinada (Zysman y Doherty, 1995) para consolidar un desarrollo industrial externamente competitivo fundado en aglomerados y grupos empresariales locales. Frente a ello, en AL prevaleció el soporte externo —e interno— a sus propios actores transnacionales para posicionarse monopolícamente en los segmentos más dinámicos, estratégicos para la profundización del proceso ISI. Aunque ello incluyó en muchos casos alianzas eventuales con actores capitalistas locales y el propio Estado (Evans, 1979), el proceso en su conjunto estuvo asociado a una escasa articulación con la estructura productiva local (Sunkel, 1970). La geopolítica norteamericana de protección a su capital transnacional y su lejanía a facilitar el papel de una industrialización liderada por el capital local terminó de esa forma favoreciendo la consolidación de una estructura de poder elitista, con bajo control endógeno de los resortes sensibles de los encadenamientos, y creciente distancia entre el proceso de crecimiento y la inclusión e igualdad social (Evans, 1979).

b) El soporte geopolítico al desarrollo industrializador del EA antes indicado, encontró como complemento y herramienta viabilizadora una tolerancia de EE.UU. al condicionamiento del ingreso del (de su) capital a los comportamientos demandados para el desarrollo de aprendizajes y el fortalecimiento de los actores locales (Wade, 1990). Muy diferenciadamente a ello, en AL prevaleció la pulsión —y la imposición cíclica— de la potencia hegemónica por destrabar las restricciones a los ingresos de capital, y dismantelar la protección de la fuerza de trabajo y el capital local. Prevaleció, antes la sujeción a los requerimientos/condicionamientos estatales para la endogeneización del proceso de acumulación, la subordinación del Estado a las demandas de las fracciones transnacionales del capital y aquellas fracciones locales finalmente asociadas a aquel.

c) La permisividad a la formación de grupos locales se extendió al despliegue de una estrategia sustitutiva espacialmente expansiva que, como vimos, no se restringió a un país, sino que cobró un alcance macrorregional, que excede en términos concretos las especificidades nacionales (Ikeda, 1996). Frente a ello, la acción geopolítica de EE.UU. en LA conllevó no solo una resistencia a la formación de plataformas industriales nacionales que pudieran propagar autónomamente un proceso de integración macrorregional autónomo, así como el desarrollo de alianzas entre países para la extensión de dicho proceso (Fiori, 2007).

d) Finalmente, el diferencial comportamiento a la penetración de su capital transnacional y la viabilización de la formación de un núcleo de actores capitalistas locales con base industrial, se complementó con una selectiva apertura del propio mercado de EE.UU. al EA para viabilizar la inserción externa de su creciente producción manufacturera (Pempel, 1999a; Medeiros, 1997). En contraste, destacó la impenetrabilidad del mercado norteamericano no solo a las manufacturas latinoamericanas sino a sus productos primarios, con mucho de los cuáles también sostuvo una competencia histórica.

A nivel del NIE, los contrastes entre permisividades y restricciones pasaron, básicamente:

a) No solo por la admisión sino también por la contribución de EE.UU. a la selectiva y excepcional conformación de estructuras estatales con los niveles necesarios de centralización y coherentización, que capitalizaron una herencia histórica de servicios civiles meritocráticos (Kholi, 2004), así como la creación de agencias centralizadas para direccionar el NA a través de regulaciones y condicionamientos que afectaban su propio capital. En AL, en cambio, la implicación geopolítica desde la posguerra, dio aval a las respuestas institucionales autoritarias, orientadas al dismantelamiento de aquellas estructuras regulativas e interventivas que podían afectar la penetración de sus ETs y fortalecer autónomamente al capital local, sin que necesariamente ello conlleve el desplazamiento de la tradición de patronazgo, clientelismo y copamientos corporativos que, como fue destacado, formó parte de un Estado crecientemente colonizando en su configuración orgánica (O'Donnel, 1977).

b) En segundo lugar, fue central la tolerancia geopolítica no solo al señalado condicionamiento al ingreso del capital externo (Amsden, 1989; Wade, 1990) sino también al control estatal del sistema financiero como constante y nervio motor de la estrategia de intervención estatal del EA (Johnson, 1982; Woo Cumming, 1999), particularmente en las experiencias de Taiwán y Corea (Chang, 2010). Ello contrastó con las permanentes presiones por los procesos desregulativos y la eliminación de restricciones al capital financiero externo a la regulación estatal que se procuró imponer en el SG en general (Wade, 2007; Panitch *et al.*, 2009) y en AL en particular (Palma, 2012).

5.4.2. *De las permisividades externas a las viabilidades internas*

Ahora bien, esa situación de permisibilidad (o restricción) internacional o extranacional ha convivido —y se ha retroalimentado— con situaciones diferenciadas de variable viabilidad interna construidas sobre la base de determinadas trayectorias históricas, y donde los factores internos vuelven a interactuar con procesos históricos de vinculación externa, impactando tanto a nivel del NA como del NIE. Con relación al NA, dos aspectos centrales marcan la características de los actores vinculados al capital y el trabajo, que terminaron afectando la posibilidad y características de las bases coalicionales con las que se configuraron y actuaron finalmente los NIE. Con referencia al capital, el papel direccionado o direccionante del NIE sobre el proceso de acumulación y específicamente sobre el capital, tiene como elemento explicativo fundamental —y complementario de la permisividad geopolítica—, la situación inicial de mayor o menor fragmentación y concentración de los actores capitalistas. La mayor fragmentación inicial sobre el cual se formaron los aglomerados locales en el EA otorgó al Estado capacidad de maniobra tanto condicionadora como cooperativa con los mismos para el desarrollo del NA endógeno y dinámico, algo que contrastó con la preservación de los actores concentrados y rentistas, con capacidad tanto de ofrecer resistencia como condicionar, característico de AL. El aspecto central que intervino en esa diferenciada capacidad del Estado y su maniobrabilidad sobre el capital fue el alcance del proceso de reformas agrarias desplegado históricamente en Japón, bajo la dinastía Mieji, como en los sucesores del dinamismo regional (Corea, Taiwán), ya bajo la poscolonialidad más reciente operada a partir de la posguerra (Dorner y Thiesenhusen, 1990; Kim, 2009). Más precisamente, las reformas agrarias tuvieron lugar en esos países antes de los

procesos de industrialización, como un antecedente y no —y con sustanciales limitaciones— con posterioridad a los mismos, como en AL (Kay, 2002).

Esos procesos aparejaron, por un lado, claros efectos a nivel de la distribución de los ingresos y los recursos, algo que, al no tomar existencia en AL, terminó condicionando el éxito de su proceso de industrialización y por tanto las calidades y características de su NA. Dentro de los muchos elementos involucrados en ese resultado, ese diferencial en la temporalidad y alcance de las reformas, asociado a la contrastante tenencia de recursos naturales y la abundancia de estos en AL cumplió un papel fundamental en la determinación de una matriz de actores, necesidades y lógicas claramente diferentes y, a partir de ello, en la diferencial capacidad de condicionamiento y acuerdos cooperativos por parte del Estado así como de resistencia y «condicionamiento inverso» por parte de los actores capitalistas.

En tal sentido, la mayor y pretérita fragmentación de los actores agrarios en el contexto de la industrialización ofreció en el EA una mayor capacidad de condicionamiento por parte del Estado a los actores capitalistas, sin representar ello una lógica unidireccional y secuencial, sino de coproducciones mutuas entre el Estado y los actores capitalistas locales. Estos no solo deben ser considerados como actores afectados por el disciplinamiento impuesto por el Estado, sino también como parte de una base de coalición en el marco de la cual se mixturaron los condicionamientos de los *performances* —derivados de ese disciplinamiento— con los juegos cooperativos para capitalizar las ventajas geopolíticas (Chibber, 2005), y enfrentar conjuntamente las condiciones de vulnerabilidad sistémica que comprendían la escasez de recursos naturales, la amenaza externa y la condiciones de sublevación social internas (Doner *et al.*, 2005). Ese poder fragmentado derivado de las reformas agrarias posteriores a la descolonización (Kim, 2009) —y compartida vulnerabilidad de estado y capitalistas locales—, favoreció la formación de un patrón de organización estatal coherentemente articulado, que dio cohesividad a su despliegue (Chibber, 2003; Khohli, 2004) en el direccionamiento de su estrategia tanto disciplinar como cooperativa con el capital. Dicho patrón organizacional contó con una estructura burocrática predominantemente meritocrática, a la que contribuyeron aspectos históricos específicos como, en el caso de Japón, la tradición Meiji (Johnson, 1982) y, en el caso de Corea y Taiwán, la impronta militar-colonial (Kohli, 1994), así como aspectos específicos de las trayectorias que tenían lugar al interior de la elite directiva (Vu, 2007). En AL, en cambio, la ausencia de esas reformas agrarias —con esos tiempos y alcances favoreció la —temprana— consolidación de actores capitalistas vernáculos más concentrados y poderosamente propensos a aferrarse a la explotación rentista de esos recursos y con una visible mayor capacidad de resistencia a los intentos de redirigir sus acciones hacia una industrialización schumpeteriana por parte del Estado.

Esos factores, sumados a la abundancia de recursos naturales y un contexto geopolítico externamente no amenazante, alejó la posibilidad de encontrar en los actores capitalistas locales una base coalicional dirigible y cooperante como en el EA, al tiempo que dotó a estos actores de capacidad de imposición o direccionamiento sobre el Estado más que de un respaldo para el despliegue de un proyecto conjunto y compartido, como en el EA. A diferencia de este último escenario, esa lógica no fue hospitalaria con la conformación de un Estado con capacidades organizacionales y operativas para el direccionamiento e interacción retroalimentaria con el capital para la cualificación edogeneizadora y dinamizadora del NA, sino que

abonó al mantenimiento y retroalimentación de su tradición patrimonialista (Zabludovsky, 1989) y el dominio de diferentes formas de patronazgo y acciones clientelares. Estas formas y esa tradición, como se indicó, acompañaron el proceso de colonización corporativa del Estado que corrió paralelo a su creciente protagonismo durante la fase monopólica de posguerra y la implementación de la estrategia de industrialización sustitutiva. Aumentando su intervención pero disminuyendo su eficacia y autonomía (Smith, 1997; Malloy, 1979), producto de su parcelante y colonizante práctica de penetración por asistencia a múltiples actores de intereses diversificados, esa forma de configuración estatal resultó finalmente inalterada y, muchas veces, funcional al mantenimiento de las oligarquías vernáculas, las formas de legitimación distribucionistas de la intervención populista y los intereses neocoloniales y extrarregionales del capital transnacional.

Ahora bien, todos estos procesos diferenciales en lo que respecta a las viabilidades internas que surgen al comparar ese grupo selecto de experiencias del EA y AL no logra comprensión completa sino es incorporada a la fuerza de trabajo. En el EA todo el proceso fue edificado sobre una estructura institucional predominantemente autoritaria que, al tiempo que configuró la base coalicional con el capital, subalternizó a la fuerza de trabajo (Gray, 2015) y la excluyó institucionalmente. La necesidad de contar con una fuerza de trabajo competitiva de bajo costo como condición de competitividad externa supuso una fuerte inversión en su cualificación (Rodrik, 1995) pero también un control estatal autoritario y disciplinado de la misma (Deyo, 1987), así como, en general, el mantenimiento de una sociedad civil débil (Leftwich, 1995). El Estado direccionador del NA desplegado en la fase monopólica, era viabilizado de esa forma en el EA no solo por su capacidad —geopolíticamente tolerada— de combinar disciplinamiento y cooperación con el capital local, sino también de evitar quedar preso —y ser penetrado— por la conflictividad del capital y la fuerza de trabajo, como sucedió en AL. En este último escenario, la mayor organización colectiva y activación cíclica de esa fuerza de trabajo, resultado de su progresivo fortalecimiento del proceso sustitutivo y requerimientos redistributivos que amenazaban al capital dominante, la convirtieron en un actor demandante sobre el Estado, que forzaba su intervención no solo para desactivarle autoritariamente en forma cíclica (O'Donnell, 1977) sino para atender esas demandas bajo la considerada lógica corporativa y fragmentante que penetraba al interior del Estado y contribuía a su creciente pero desarticulada implicación.

Por lo tanto, y conjugando las dimensiones de la permisividad externa y la viabilidad interna que conforman las especificidades nacionales, a partir de sus efectos sobre los NA, los NIE y sus relaciones, los Estados meritocráticamente configurados del EA (Jonshon, 1982; Evans 1995; Kholi 2003; Akyüz *et al.*, 1998) interactuaron con una estructura capitalista local más fragmentada y condicionada que, por su escala restrictiva y carencia de recursos naturales, encontraba como salida necesaria la aceptación de las condiciones estatalmente fijadas para desarrollar un proceso de inserción global clara y excepcionalmente favorecido por la resaltada dimensión geopolítica (Chibber, 2005).

Tanto esa estructura capitalista de base endógena como el Estado, operaron asociadamente bajo una vulnerabilidad sistémica (Doner *et al.*, 2005) alentada por la necesidad de los capitalistas vernáculos y del propio Estado de evitar las convulsiones sociales y enfrentar un escenario geopolíticamente complejo y desafiante

que, al tiempo que amenazaba la existencia mismas de los Estados, llevaba la singular compañía de la potenciadora y privilegiada protección americana, que evitaba bloquear las estrategias endógenas de industrialización y aseguraba sus mercados internos como reductos de la producción del EA (Pempel, 1999a). Estas condiciones de permisividad —y necesidad— externa y viabilidad interna facilitaron la aceptación del direccionamiento de Estados relativamente autónomos (no cooptados), hacia comportamientos compatibles con esas estrategias (Chibber, 2003). En la viabilización de todo ello, y la formación del NA endógeno y dinámico a que dio resultado, la subalternidad y exclusión de la fuerza de trabajo y su funcionalización a la base coalicional entre el Estado y el capital local cumplió un papel fundamental.

En contraste, AL desplegó un escenario interno dominado por Estados que, hereditariamente influenciados por prácticas patrimonialistas —y extraccionistas— (Acemoglu y Robinson, 2012), operaban la etapa industrializadora bajo la cooptación corporativa y fragmentante de una multiplicidad de actores (Esser, 1993), inviabilizando su papel de NIE con capacidad de direccionar el proceso de acumulación. Por un lado, por el inalterado poder de los capitalistas locales que preservaron su posicionamiento concentrado atento a la señalada limitación en los alcances y tiempos de las reformas agrarias y luego los actores transnacionales crecientemente presentes a medida que se extendían las restricciones del proceso sustitutivo. Por otro lado, por la presencia de una fuerza de trabajo activa que trasladaba su conflictualidad distributiva con el capital al interior del Estado, abonando a la formación de una estructura estatal amplia, fragmentada y crecientemente colonizada.

Ello dio a la región, más allá de sus especificidades, escasa viabilidad interna para construir un NIE activo, orientador y condicionante de los actores capitalistas, a partir del cual a su vez desarrollar un NA denso, endógeno y dinámico. Esa realidad fue alimentada, asimismo, por un medio geopolíticamente más inhóspito que el del EA, signado por la impenetrabilidad del mercado americano por parte de los productos latinoamericanos, y la intolerancia —hasta el derribo institucional—, en concomitancia con actores oligárquicos internos, de aquellos proyectos liderados por el «nacionalismo industrializador» que podían condicionar la integración subordinada e internamente descomplejizadora de los *commodities* y, más aún, desplegar un proyecto macrorregional contrahegemónico.

Por lo tanto, permisibilidades externas y viabilidades internas emergentes de las trayectorias históricas, y particularmente de la forma de construcción estatal y acumulación industrial en la posguerra, impactaron en las calidades de los núcleos y sus relaciones, dando lugar a estructuras de reproducción interna y *performances* externos divergentes que explican el diferencial dinamismo del EA y AL —con todas sus especificidades internas— y, con ello, las variaciones que tuvieron lugar desde la fase del capitalismo monopolístico al interior de la periferia.

6. Conclusiones: las nuevas ventanas hacia la incorporación —dinámica— de la dimensión subnacional/regional

A lo largo de este Capítulo III hemos visto que un enfoque teórico como el de VC —al igual que el de CVG abordado en el Capítulo II, ambos producidos en el norte y también difundidos con crecientemente relevancia hacia la periferia— encuentra

restricciones a través de su origen y evolución al momento de dar cuenta de los complejos procesos de transformación global y de la forma como, en tal escenario de transformaciones, se configura la especificidad de las trayectorias nacionales y su articulación a los procesos globales.

Esas restricciones vuelven a hallar sustento en la ausencia de precisiones sobre su objeto de análisis, tomando como dado y sobreentendido al capitalismo, y sobre esa ausencia, el aferramiento analítico a un complejo institucional-regulatorio, nacionalmente edificado, que no atiende a los fundamentos conceptuales del capitalismo y sus relaciones sociales constitutivas y, por lo tanto, a las formas contradictorias de dicho sistema. Se ha procurado a lo largo de este capítulo mostrar que al contemplar esos fundamentos e identificar esas formas contradictorias se hace posible considerar el despliegue de múltiples dinámicas globales y diferenciadas articulaciones nacionales que afectan las variedades y variaciones temporo-espaciales del capitalismo y permiten un análisis más específico de estas.

También, ello exigió superar otras limitaciones y, por lo tanto, incorporar complementariamente otros (tres) aspectos fundamentales:

a) En primer lugar, propusimos superar las limitaciones del nacionalismo metodológico con el que se procura analizar las variedades capitalistas, las que operan desde un recorte nacional dentro del que se pretende precisar aquellos elementos institucionales que dan especificidad —autoinmunológica— a las formas de organización y funcionamiento del capitalismo en los distintos espacios nacionales. Ello restringe la comprensión del papel de las REyPG y su compleja y retroalimentaría relación con los Estados nacionales, cuyas acciones, flujos y estrategias no solo han perforado sino también coconstituido, desde una combinación de hegemonía y disciplinamiento, los procesos nacionales en la periferia. El complejo de actores y elementos económicos e institucionales que operan a través de esas redes adquieren, por lo tanto, una importancia central tanto para comprender las actuales transformaciones globales como las formas en que esos elementos se instalan al interior de las trayectorias nacionales y condicionan la configuración y articulación de estas con los procesos globales y sus transformaciones.

b) En segundo lugar, destacamos que, al igual que el enfoque de CVG, el enfoque de VC vuelve a fallar en la consideración tanto del Estado como de la fuerza de trabajo, como actores específicos y, a su vez, neurálgicos en el procesamiento de las particulares dinámicas funcionales y espaciales de la reestructuración capitalista, quedando diluidos en un cuerpo lógico de instituciones y sus complementariedades.

c) En tercer lugar, también en consonancia con el enfoque de CVG, resaltamos la visible subteorización del poder y sus estructuras, y, desde ello, las formas de dominación y subordinación que se constituyen y circulan en las REyPG, a partir de los diferenciados posicionamientos y funciones asumidos en y ante las mismas por el capital, la fuerza de trabajo y el Estado tanto del centro como de la periferia. Resaltamos que la recuperación de noción de poder y su significancia en el entendimiento de la dominación resultan esenciales para comprender los desiguales cambios estratégicos por los que atraviesan esos actores y sus relaciones.

Al incorporar los aspectos señalados en *a*, *b* y *c*, el análisis realizado a lo largo del capítulo pretende sobrepasar las restricciones del sobreinstitucionalizado, bi-

modélico y metodológicamente nacionalista enfoque dominante de VC e impulsar en cambio una perspectiva que parte de reconocer la forma como el capitalismo, a partir de las relaciones constitutivas que marcan su dinámica contradictoria, opera globalmente, redefiniendo desigualmente, a través de esas redes, la lógica reproductiva y las estrategias de los actores que conforman y se integran —desigualmente— a las mismas a partir de determinadas trayectorias nacionales.

Hemos situado el análisis de esa lógica y estrategias en el marco de las variaciones temporales del capitalismo y como parte de la superación de las crisis que disparan esas dinámicas contradictorias, observando la forma como ello tiene lugar en el tránsito de la fase monopólica construida en la posguerra a la más actual y transformativa fase de globalización. Al considerar esta última fase, fue resaltada la innovadora capacidad de alteración selectiva en el uso de las relaciones tiempo y espacio por parte de unas fracciones del capital (globalizado), las que han podido externalizarse en forma excluyente y excepcional respecto de los compromisos que condicionaban su dominio y lo posicionaban defensivamente durante la fase monopólica del capitalismo, colocando progresivamente en dicha externalización las formas financieras de valorización del capital —financiarización— como modalidad crecientemente dominante del proceso de acumulación.

Esa excepcional capacidad de externalización, potenciada por las nuevas condiciones de reproducción tecnológicas, ha significado la renovada potestad de los actores trasnacionales —y los Estados centrales—, a través de las funciones estratégicas de las REG, de desplegar una «acción ofensiva» sobre los actores nacional y regionalmente enclavados en diferentes *territorial fix* de la periferia. Apelando para ello a la inédita capacidad de recentralizar y ensamblar multilocalizaciones productivas en tiempo real, ya destaca en el Capítulo II, una multiplicidad de flujos —materiales e inmateriales, productivos y financieros— que se combinan para realizar apalancamientos reproductivos en diversos emplazamientos territoriales, integrados bajo una modalidad selectiva, fragmentante y subalternizadora.

La operacionalización de ello, ha sido viabilizada por un emergente cuadro regulatorio e institucional que encuadra el funcionamiento de las RPG y el papel de los OI y los Estados centrales, que los controlan y articulan horizontal y multiescalarmente. A través de una compleja relación de esos actores y una selectiva extensión espacial (desde el NG hacia el SG), se ha venido desplegando a través de esas redes un proceso combinado de disciplinamiento y consensualidad, equipado sobre la base de la fusión de ideas, tecnológicas de aprendizaje y formas de organización que priorizan el acoplamiento y los juegos «yo gano - tú ganas» (*win-win*). Estos juegos, fueron auspiciados por un relativamente amalgamado complejo de directivos de negocios y ETs, funcionarios de OI —e instancias estatales centrales—, consultores y capacitadores en un sin número de campos, divulgadores periodísticos, etc., conformantes colectivos de una creciente clase trasnacional que propugna hegemónicamente —como una edificante salida del desarrollo—, un acoplamiento armonioso y virtuoso de las «lógicas territoriales» de la periferia —en la que actúan las fracciones no globalizas del capital, la fuerza de trabajo y el Estado con su complejo regulatorio— a las «lógicas de flujos» que campean en las REG y sus dominantes actores trasnacionales posicionados en el centro del sistema mundo capitalista.

Como también indicamos, situados en ese escenario crecientemente dominado por la lógica del capital financiero, el análisis de las *variedades* y de las *variaciones*

del capitalismo gira hacia el desafío de considerar la forma como naciones y Estados (nacionales) se vinculan a este complejo proceso a partir de recuperar una perspectiva que, al tiempo que pretende reconocer la dinámica global y contradictoria que acompaña la reestructuración del sistema —y toda su periferia—, procura eludir las tentaciones homogeneizadoras del transnacionalismo provenientes tanto del discurso neoliberal (Omahe, 1995), como de las perspectivas críticas post y neo marxistas (Hardt y Negri, 2000; Robinson, 2006).

Compelidos a entender las variedades del capitalismo a partir de su múltiple constitución contradictoria, resaltamos como una de sus principales formas la contradicción gestada espacialmente a partir de la escisión histórica entre centros (dominantes) y periferias (dominadas), conviviente con las otras contradicciones fundantes, ligadas a las relaciones capital-trabajo, capital-capital y las tensiones entre la apropiación privada y las formas sociales de reproducción. Constitutiva de una variedad histórica del capitalismo, la variedad centro-periferia resulta no solo omitida por el enfoque de VC sino pretérita a las formas exploradas por el mismo para analizar comparativamente el capitalismo y condicionante para realizar dicho análisis desde sus propias estructuras. En tanto el múltiple proceso contradictorio resulta determinante para el entendimiento en el «centro» de las diferentes fases —y crisis— que redefinen los patrones de acumulación y sus formas de regulación, la consideración de las variedades de capitalismo *de* y *en* la periferia remite a dos tipos de variaciones fundamentales: aquellas «variaciones temporales», representadas por los cambios de sus formas de inserción global ante las «variaciones» del centro en sus distintas fases, y las «variaciones espaciales», que toman lugar al interior de la periferia y marcan las trayectorias diferenciadas de macrorregiones y procesos nacionales.

Conceptualmente, mientras la *variedad* aparece como un resultado, el concepto de *variaciones* remite a un elemento dinámico, es decir al desafío de mostrar diferenciaciones/cambios de un espacio (periferia) durante un período en que la dinámica contradictoria altera las formas de acumulación y regulación en el centro. Al interior de esa periferia, por su parte, se conforman variaciones entre espacios nacionales —y macrorregionales— al momento de configurar formas de acumulación y regulación con las que enfrentar su estructuración interna y desplegar su inserción externa. Acorde a lo argumentado, son las formas de acumulación y regulación —con epicentro en la implicación estatal—, las que marcan una diferencial capacidad de constituirse como centros —autónomos— de respuesta respecto a las formas subordinantes de penetración de las REyPG, o bien como instancias que reafirman el acoplamiento subalterno. Apelando a los conceptos de NA y NIE, hemos observado cómo, en función de su configuración histórica y geopolítica al interior del SG, emergen una variación específica y excepcional: las escasas experiencias de salida de posicionamientos periféricos en el EA. Estas experiencias de cambio estructural dentro del capitalismo, no solo producen una alteración —excepcional— en el posicionamiento sistémico, sino que forman los centros de formación de un escenario macrorregional que, como vimos en el Capítulo II, lidera el dinamismo a escala global.

El análisis de esta última variación —*en* la periferia— es el que nos sitúa estratégicamente en la capacidad de dar cuenta, al interior del SG, de esas diferentes trayectorias de escenarios como los del EA y AL. Hemos mostrado, en tal sentido, las particularidades e interrelaciones de ambos núcleos (NA y NIE), precisando

tanto sus necesarias propiedades, como la presencia y desarrollo de estas última bajo las especificidades de un determinado proceso histórico, en el que se combinan las permisividades (EA) u obstaculizaciones (AL) externas y las viabilidades (EA) o inviabilidades (LA) internas. En nuestra argumentación, las instancias que operaron cohesionadamente como centros de respuesta ante las REyPG, fueron desarrolladas en el EA a partir de la posguerra, esencialmente en base a la capacidad de conformar NA dominados por la endogeneidad y el dinamismo en el proceso de generación del excedente. Ello viabilizó un patrón productivo y social más cohesivo y, conjuntamente, una inserción externa que alteró las formas subalternas de ingresar desde la periferia a las REG, cuestionando la inviabilidad determinista contenida en buena parte del dependentismo. En cambio, el componente exógeno y rentista del NA en escenarios como el latinoamericano, y la incapacidad de ser alterado por —y ayudar a alterar— un NIE colonizado y desarticulado por la penetración de intereses particularistas, operó conformando espacios propensos a la «selección para una acoplamiento subalterno».

Ahora bien, el dispositivo conceptual entorno a los núcleos (NA y NIE) y sus vínculos constituyen no solo un herramental para el análisis histórico de las diferenciadas trayectorias del capitalismo al interior del SG, sino que también contiene la capacidad de introducir —dentro del análisis de variedades— la consideración de las pautas o elementos que viabilizan dentro de determinadas trayectorias nacionales el desarrollo de un «cambio mayor» conducente, bajo la lógica contradictoria de reproducción del capitalismo, a una salida al posicionamiento periférico. Más allá del condicionamiento histórico y la irreplicabilidad de estas experiencias, emergente de las consideradas condiciones de permisibilidad y viabilidad, ese dispositivo aproxima los vectores centrales a tener en cuenta desde un punto de vista estratégico por parte de aquellos escenarios del SG que no han quedado comprendidos en las formas virtuosas de los núcleos. Es decir, contribuye a esclarecer cuáles son las condiciones de acumulación e implicación estatal —al menos nacionales— que deben reunirse en los *territorial fix* de la periferia para compatibilizar patrones de cohesión interna e inserción/coproducción dinámica en las contradictorias y conflictuales formas de reproducción de las REyPG, aspectos ausentados tanto en el enfoque de CVG analizado en el Capítulo II como en el de VC considerado en este Capítulo III.

Sin embargo, el ejercicio comparativo de las variedades a partir de las propiedades de los núcleos y su inserción dinámica considerando tanto las trayectorias históricas —como se gestaron en la posguerra y como impactó en la trayectoria contemporánea— como su utilidad estratégica para quienes permanecen en posiciones periféricas, no puede considerarse —tanto en el EA como AL— desde un punto de vista: *a)* estático; *b)* homogéneo; y *c)* escalarmente reducido al análisis nacional de los *territorial fix* en el proceso global, y su inadecuación con la equidad y los requerimiento acumulativos de un NA socioespacialmente inclusivo.

a) Las configuraciones históricas diferenciadas, de las que resultan trayectorias nacionales capaces de actuar como de centros de respuesta (EA) o centros de acoplamiento (AL), no representan escenarios —y por lo tanto variedades— inalterables. Una renovada dinámica de neoliberalización y nuevos embates del capital global operan sobre la multiplicidad de los *territorial fix*, incluyendo en dicho proceso no solo los más vulnerables de esos escenarios, sino también aquellos que, en

función de lo indicado, han operado con mayor capacidad de respuesta autónoma a las REyPG. En tal sentido, las fuerzas que gestan los procesos de acumulación y regulación institucional de los mismos se encuentran enclavados, como ya analizamos, en un proceso contradictorio, crecientemente transnacionalizado y globalmente penetrante, que impide considerar los arreglos territoriales nacionales formados por las trayectorias históricas como mojones inamovibles, justamente por el carácter dinámico que le imprime dicha lógica contradictoria del capitalismo. En esta lógica, las fuerzas transnacionales —crecientemente financiarizadas— del capital global intentan en su proceso expansivo operar sobre todos los *territorial fix*, desmantelando, desde el comando de las REyPG, los procesos regulativos que restringen su operatoria y el acoplamiento subordinado y selectivo (Wade, 2006). Particularmente, las formas financieras del capital —y sus lógicas de financiarización— han encontrado una expansiva capacidad de penetración en el SG, mostrando cómo el proceso de transnacionalización del capital, y sus múltiples y renovadas lógicas de recomposición espacial, no resultan un «poder estático» que enfrenta formas de «respuestas o acoplamientos inamovibles». Por el contrario, opera como un «tren sin frenos causando estragos» (Harvey, 1995), procurando expandir sin restricciones los procesos de acumulación por desposesión (Harvey, 2003), a partir de renovadas formas de condicionar y desmantelar aquellos escenarios endógenamente consolidados. Se trata de formas de neoliberalización, capaces de actuar tanto sobre los que han venido operando en la forma de centros de acoplamiento como sobre aquellos escenarios donde antes se gestaron centros de respuesta con autonomía.

En escenarios como el de AL, esa dinámica penetrante ha venido de la mano de nuevos dispositivos de *roll out* neoliberal,¹⁹ que se impusieron como recreación luego de los efectos productivos y socialmente desmantelatorios del CW. Dichos dispositivos, a los que nos referimos en el Capítulo II para considerar el ingreso del enfoque de CVG, han tomado lugar como nuevas formas de colonización microkeynesianas (Sheppard y Leitner, 2010), que impulsan renovadas y fragmentarias formas de mercantilización con acento en la productividad, la competitividad y las formas de cooperación. Alentadas desde las RPG, las nuevas, selectivas y subalternizantes formas de penetración a través de esas formas imponen —a diferencia del CW— una modalidad de «neoliberalismo inclusivo» (Ruckert, 2006), que capitaliza la fragilidad de las condiciones de acumulación y la fragilidad de sus Estados, para desplegar renovadas formas de fragmentación y selectivo acoplamiento a las REG (Fernández y Cardozo, 2012).

19. Peck identifica dos dinámicas temporales de la neoliberalización: *roll-back* y *roll-out*. Los procesos de *roll-back* son más evidentes con la aparición inicial de la neoliberalización, cuando los procesos de reestructuración se centran en la aplicación de los principios básicos o fundamentales del neoliberalismo, como el desmantelamiento de las instituciones, la desorganización de los centros alternativos de poder, la desregulación de las zonas de control y disciplinamiento burocrático a sujetos potencialmente ingobernables (Peck, 2010: 22). La fase de *roll-out* [...] se basa en la fase de *roll-back*, pero difiere sustancialmente. Peck sostiene que «se asocia típicamente con una explosión a las incursiones regulatorias de «ajuste de mercado» —desde el empoderamiento selectivo de las organizaciones comunitarias y las ONG como proveedores de servicios (flexibles, de bajo costo, no estatales), hasta la gestión por la auditoría y la gobernanza desarrollada para el abrazo de las asociaciones público-privadas— en la forma de un destinado redescubrimiento y reinención de una ética ordoliberal» (2010: 23).

Ahora bien, ese proceso dinámico de penetración de los actores que comandan las REyPG y sus lógicas de flujos no se ha circunscripto a los escenarios donde campea la endeblez de los núcleos. No obstante el diferencial en la calidad de estos en el escenario del EA, esa penetración se ha hecho igualmente presente en forma más reciente, con resultados claramente desfavorables en términos de igualdad y crecimiento (Crotty y Lee, 2005). Es decir, el empoderamiento del capital transnacional y sus lógicas reproductivas financiarizadas refuerza un poder condicionante y potencialmente desmantelador de aquellas —excepcionales— formas, nacionalmente coordinadas, que lograron alinear la implicación estatal con las pautas de acumulación endógenas y redistribución social (Joo-Hyoung Ji, 2013). El «poder del capital» (expresado en sus fracciones globales financiarizadas) pasa a incluir incluso a aquellos capitales corporativos nacidos endógenamente y nucleados en torno a grandes grupos empresariales que sinergizaron con el Estado, como el japonés o el coreano en el EA. Estos no solo han logrado independizarse de los condicionamientos estatales sino que, en dirección inversa, se transforman a través de sus redes económicas multilocalizadas en condicionantes/demandantes del Estado para respaldar sus estrategias reproductivas (Park, 2013). En los términos conceptuales de los núcleos, los NA *endógenos* y *dinámicos*, han sido crecientemente capturados por el poder transnacional (Pempel, 1999b; Park, 2013) —del que pasan a formar parte los propios grupos locales—, pulsando a partir de ello por una «transnacionalización del estado» que afecta seriamente las lógicas desarrollistas de este (Glassman, 2009). Ello implica un redireccionamiento progresivo de los NIE hacia formas que tensionan con el desarrollo y la redistribución (Kim, 2013), así como con el despliegue de una estrategia territorialmente equilibradora (Park *et al.*, 2013), al tiempo que entroncan con renovadas formas de neoliberalización y mercantilización en las que están ausentes los controles disciplinares del Estado (Cho, 2012).

b) El segundo aspecto clave, tiene que ver con la heterogeneidad misma de los espacios macrorregionales conformados a partir de los centros *de respuesta* y de *acomplamiento*. En tal sentido, si el escenario latinoamericano esconde en su tratamiento un sin número —casi inagotable— de diferencias, el EA no resulta un contraejemplo de homogeneidad. La división del trabajo al interior de esta macrorregión ha tenido lugar sobre la base de una heterogeneidad interna, fundada en el desarrollo del trípede pionero (Japón desde los años cincuenta y luego Corea y Taiwán desde los sesenta hasta la actualidad) donde los NA y NIE desplegaron sus calidades e interrelaciones más calificadas, expandiéndose en la forma del «vuelo del ganso» al ASEAN, a partir de una integración jerárquica y progresivamente menos profunda en términos de vulnerabilidad del proceso de industrialización y capacidad de direccionamiento estatal (Li, 2007). En ese contexto, y aun con muchos parecidos de familia con esas expresiones más calificadas del modelo desarrollista (Baek, 2005), la imponente emergencia de China a partir de las reformas de los años ochenta y su dominante papel en la última década, se destaca por las tensiones entre el indoblegable peso de la escala económica y —crecientemente— militar, y su posicionamiento como un país pobre —per cápita— sostenedor de un NA que, si bien ha sido crecientemente cualificado y localmente controlado en sus segmentos de actividad más dinámicos (conocimiento), dista en sus calidades de alcanzar el proceso de los «pioneros» (Beeson, 2009). Este último aspecto cobra también realidad en las más recientes experiencias ampliatorias del ASEAN —con la agregación

de Vietnam, Laos, Birmania, etc.— durante este siglo. En este proceso ampliatorio, si bien como indica Jomo, «hay pocas dudas que la transformación estructural y la industrialización de esas economías han ido bien más allá de lo que hubieran alcanzado de descansar exclusivamente sobre las fuerzas del mercado y las iniciativas del sector privado» (2001: 481), no es menos cierto que las calidades del patrón acumulativo y las capacidades estatales, así como los contextos geopolíticos en los cuales se inscribe la ampliación del «vuelo del ganso», han dado lugar a procesos menos consistentes desde el punto de vista del desarrollo. La mayor endeblez del patrón industrializador endógeno desprendida tanto de la subordinación con la que se integran a los encadenamientos globales, como la tensión aperturista y desmanteladora que impulsan empresas y actores políticos globales, conforma internamente no solo un patrón productivo, sino también —y articuladamente— socioeconómicamente menos cohesionado, y, externamente una más restringida capacidad de ofrecer alternativas/resistencias sostenibles a las penetrantes redes globales, controladas por actores que presionan crecientemente por la internacionalización del Estado (Glassman, 1999; Robinson; Harris, 2000).

FIGURA 13

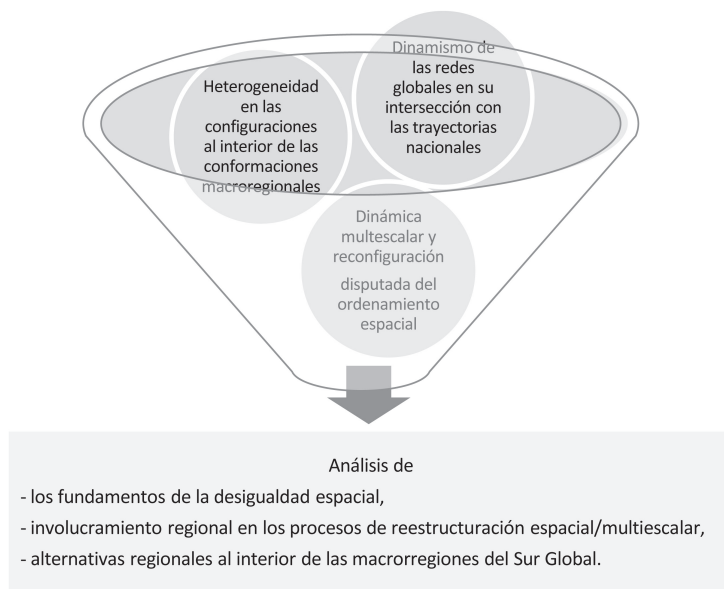


FUENTE: elaboración propia.

Los aspectos indicados en *a*) y *b*) constituyen elementos importantes para explorar/encontrar fundamentos al proceso de desigualación social que, como vimos en el Capítulo I, se da en el mismo contexto de la dinámica emergente del SG. Por un lado, la asimilación de ese carácter dinámico señalado en *a*), destacando la «penetración desmanteladora, transnacionalizadora y financiarizadora» del capital global —y sus lógicas de flujos— sobre los «centros de respuesta» otrora más autónomos (Japón, Corea, Taiwán), constituye una base sugerente para explorar el proceso de regresión o desigualación económico social que se ha impuesto en la macrorregión desde mediados de los años ochenta (Kwang-Yeong, 2010; Zhuang y Kanbur, 2012; Feng, 2011). Ello ha incluido al grupo de países pioneros en la formación macrorregional, forjadores de un proceso de mayor cohesión y equidad social relativa dentro de la periferia (Jomo, 2003) y excepcionales «desertores» de este último escenario. Por su parte, la heterogeneidad que ha acompañado el proceso expansivo indicado en *b*), forma una base plausible de análisis para considerar la forma en que se vincula la mayor regresividad y desigualdad socioeconómica e institucional con la mayor vulnerabilidad de los NA y los NIE en los países a través de los que se ha expandido la macrorregión.

c) Ahora bien, finalmente, la matriz de análisis de los *territorial fix* nacionales en sus heterogéneas configuraciones —y vínculos con los procesos globales— no apor-

FIGURA 14



FUENTE: elaboración propia.

tan muchos elementos explicativos en los aspectos desarrollados hasta aquí en lo que refiere a la estructura y dinámica espacial subnacional. Es decir, sobre aquellas estructuras productivas y dinámicas de los *territorial fix* subnacionales que interactúan variablemente con los actores que controlan las redes —y flujos— globales e integran selectivamente esos *territorial fix* nacionales en las particulares constituciones de los NA y NIE que arrojan las diferentes trayectorias nacionales. En la configuración de esas trayectorias, la dinámicas subnacionales (regionales) experimentan diferentes procesos de transformación, y quedan sujetas a las distintas estrategias emergentes bajo las tensiones y movimientos contradictorios que hemos analizado desde las intersecciones globales/nacionales.

No obstante la relevancia de estos aspectos, tanto el enfoque de CVG como el de VC, a los que hemos sometido a un análisis crítico y alternativo en este y en el anterior capítulo, carecen de elementos conceptuales —y metodológicos— para su consideración. Su abordaje, demanda, por un lado, el reconocimiento de la dinámica multiescalar del capitalismo y, dentro de ello, la compleja y disputada forma en que esas dinámicas subnacionales (regionales) se involucran —variadamente— en las estrategias de los actores que controlan las redes globales y en las configuraciones y reconfiguraciones nacionales a partir de las diferentes fases y variaciones del capitalismo —tanto en el centro como en la periferia.

La consideración de estos aspectos, en el marco del dinámico y contradictorio proceso de penetración y redefinición de las redes globales en los *territorial fix* nacionales, así como de las heterogéneas formas de asimilación dentro y fuera de las macrorregiones del SG pasa a ser un elemento neurálgico para un doble y concate-

nado propósito. Por un lado, para dar respuestas a nuestro último interrogante central, ligado a fijar un marco de exploración, desde el SG, de los fundamentos de los procesos de desigualdad espacial que conviven con el dinamismo de ese escenario. Por otro lado, para identificar los elementos fundamentales en la elaboración de estrategias de articulación espacial que permitan revertir esas desigualdades y articularse con dinámicas nacionales de construcción de «centros de respuestas» sostenibles.

En búsqueda de ello, y tanto esa dimensión regional/espacial, como se indicó, ha estado ausente en los marcos teóricos hasta aquí examinados, en el siguiente y último capítulo emprendemos la recomposición —una vez más, crítica y desde el SG— del enfoque Nuevo Regionalista, desplegado especialmente en la década de los noventa desde el centro hacia la periferia. Lejos de hacerlo en forma aislada, procuramos cubrir los propósitos antes mencionados a partir de una articulación de los elementos que fueron surgieron del análisis crítico desplegado en los dos últimos capítulos.